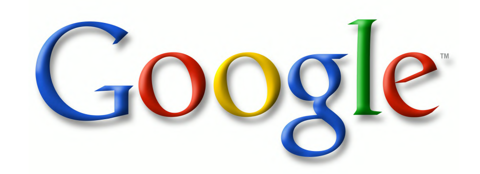
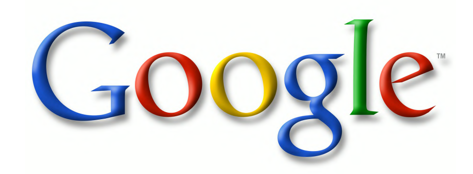
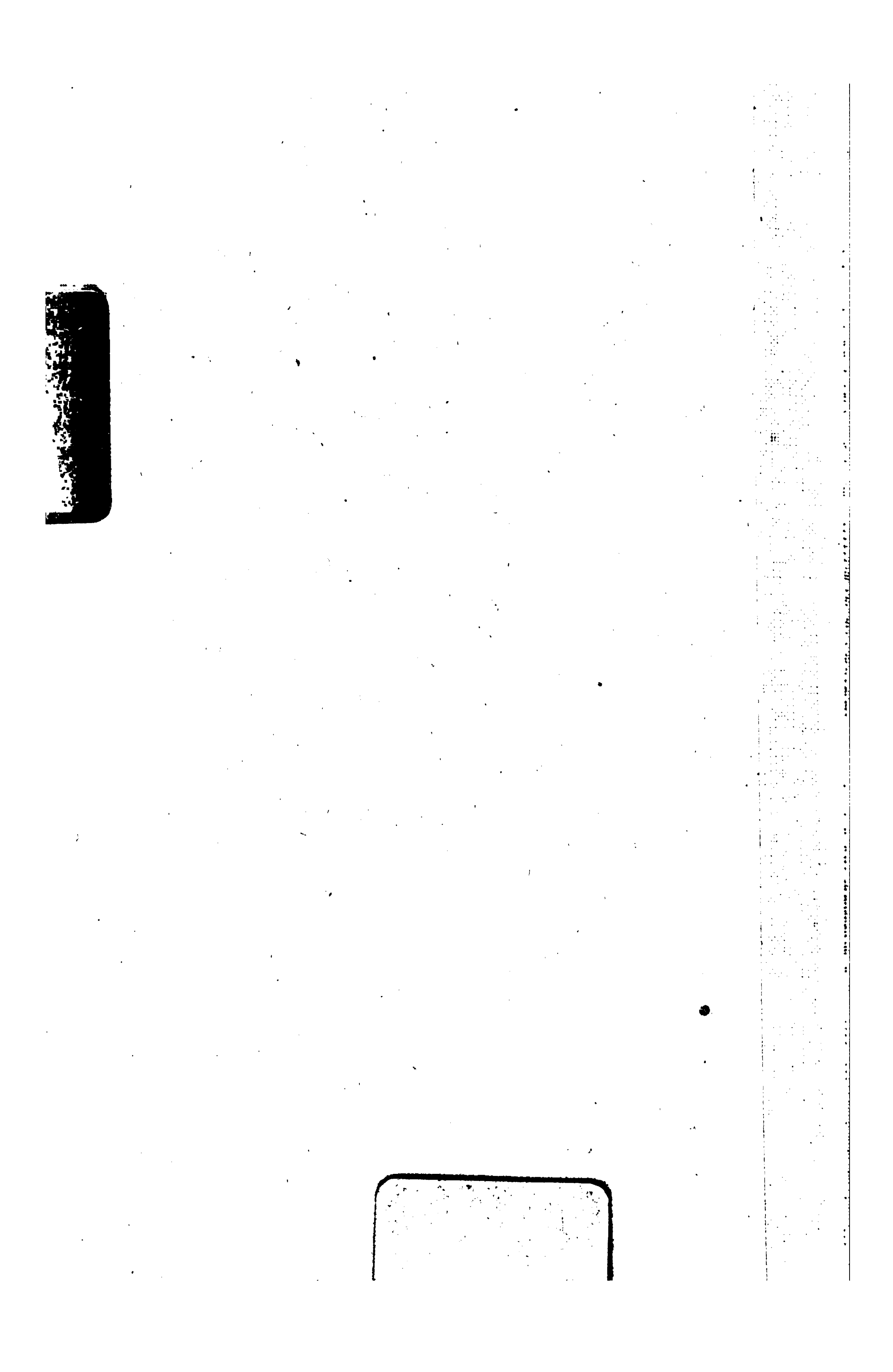





NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437063 0



BROCHAZOS Y PINCELADAS

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

FÁBULAS Y OTROS EXCESOS



F. Romero Fajardo

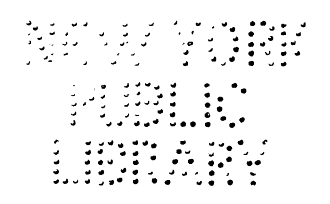


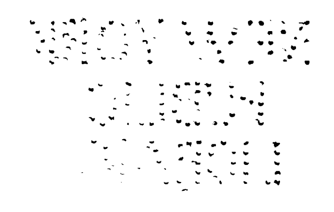
PRIMERA EDICION

MATANZAS

IMPRENTA AURORA DEL YUMURÍ, MEDIO 29.

1891





Dedicatoria.

Sr. D. Basilio Diaz del Villar.

Muy apreciable Sr.

Coloco esta humilde ofrenda en el altar de la amistad que nos une,

Suyo affmo.

F. Romero Fajardo.

Cuban literature.-Misc.



MUCHACHOS MALCRIADOS.

Hay tres clases de muchachos malcriados.
De primera
De segunda y
De tercera.

Comenzando por la clase tercera,—la más inocente,—diré que á ella pertenecen los que, estimulados por una curiosidad, *tonta* la mayor parte de las ocasiones, no se cansan de hacer preguntas, vengan ó no vengan al caso

Corresponden á la clase segunda los que lloran, bufan, patean y ponen el grito en el cielo por cualquier motivo y

Son de la clase primera,—y de esa clase *libera nos*,—aquellos muchachos que no vacilan en amarrar una lata al rabo de un perro, aquellos que *sueltan* una desvergüenza con la mayor desfachatez, aquellos que se burlan de los ancianos y contrahechos, aquellos que se *van encima* del que los reprende,—quien corre riesgo de recibir una *trompetilla*, cuando no una pedrada que le haga ver las estrellas;—aquellos que engañan al chino dulcero, á la negra *bollera* &, y aquellos, en fin, que son el terror de los

maestros, la pesadilla de los salvaguardias, y la gran calamidad de los vecinos que habitan en la misma cuadra que él.

Siguiendo el órden establecido, presentaré á ustedes á Periquín Pituita, chicuelo de nueve Abriles, á quien su padre, el viejo Pituita, tiene por un genio, atribuyendo el afán que por preguntar domina al hijo á ese noble deseo de saber que ha servido de fundamento al progreso de la humanidad.

¡Demonio con Periquín Pituita, lectores!

Un día me *trancó* por su cuenta, aprovechándose de la oportunidad de tenerme que hacer los honores de la recepción en su casa, pues sus papás habían ido á una visita, de la cual pronto tenían que volver, según me dijo el mismo Periquín, razón que me movió esperarlos, halagándome la idea de que el tiempo pasaría veloz en compañía de aquel chicuelo.

¡Ay, que no supe en lo que me metí!—como dijo un general que quiso moralizar la Administración de cierta colonia.

—¿Por qué te tiñes los bigotes?—comenzó preguntándome Periquín.

—Porque es muy feo un bigote con pelos blancos y pelos negros,—le respondí sin encontrar ni pizca de gracia á la pregunta.

—¿Y por qué se pondrán los pelos blancos?—volvió á preguntarme.

—Porque.... porque se enferman.

—¿Y por qué se enferman?

- Porque.. ¡caracoles!... porque Dios quiere que se enfermen.

—¿Tu leontina es de oro?

- Sí.

—¿Cuánto te costó?

· Cuatro onzas.

—¡Caramba!.... ¿Y de qué se hacen las onzas?

—De oro.

—¿Y de dónde se saca el oro?

—De las minas.

—¿Y quién hace las minas, vamos á ver?

—Dios.

—¿Y á Dios quién lo hizo?

—Nadie.

—¿Y cómo pudo ser eso?

- Porque Dios siempre ha existido, Periquín.

—¿Antes de haber mundo?

—Antes de haber mundo.

—¡Caramba!... ¿Y dónde estaba Dios antes de haber mundo?

—Estaba.... ¡caracoles!.... estaba.... en todo lugar.

—¿Pero si no había mundo, cómo es que había lugar?

—Te diré ... ¡Pero qué bonito retrato!

—Es el de mamá.

—Está muy bien retratada tu mamá, Periquín.

—¿Y tú tienes madre?

—Sí, á Dios gracias.

—¿Y tu madre te *soba?*

—No.

—La mia tampoco ... ¿Cómo se te rompió ese zapato?

—El uso, chico, el uso.

—¿Dónde lo compraste?

—En una zapatería.

—Parecen de la Plaza.... ¿Cuánto vá que te costaron lo mismo que á mi padre?

—Puede ser.

—A mi padre le costaron los suyos tres pesos en la Plaza.... ¿Sabes que tú tienes un ojo más grande que otro?

—¡Imposible, Periquín; no me digas esas cosas!

—¿Y eso que tiene?.... ¿A tí nunca te han hecho mal de ojo?

—Nunca.

—¿Por qué habrá hombres feos, eh?

—Por la misma razón que hay muchachos bonitos como tú,—contesté á Periquín adulándolo, pues le cojí miedo á la pregunta.

—¿Y tú eres feo ó bonito?

—Regularcito, Periquín, regularcito.

—Pues entónces, ¿porqué dice mamá que tú te pareces á la estampa de la heregía?

—Mira, Periquín, tus papás se tardan y yo tengo que hacer. Diles que estuve aquí y que les dejé muchas memorias.

Lector, ¿conoces á *Cucusito* Lagrimón, el hijo de D. Casimiro Lagrimón y de Dª Rita Pucheritos?

¿No? Pues felicítate por ello

Esa familia era vecina mía y nuestras relaciones no pasaban del ceremonioso saludo que por *cumplimiento* se deben los vecinos que no se han tratado

Un día se paseaba *Cucusito*, que tendría unos nueve ó diez años, por la acera de mi casa, y lo llamé cariñosamente.

—¿Tú eres hijo de D. Casimiro el de aquí al lado?—le pregunté.

—Sí,-me respondió *aguándosele* los ojos.

—Entra, niño, que te voy á dar unos dulces.

Penetró en la casa y tomándolo por la manita le dije con meloso acento:

—¿Còmo te llamas, hijito?

—*Cucusito*,—me respondió el chico haciendo *pucheritos*.

—¿Ya sabes leer?

—*Entoavía*.

– ¡Ah, pues es preciso que te apures! Los niños deben de apurarse por saber leer y escribir.

Cucusito acentuó más sus *pucheritos*.

Temí haberme expresado duramente.

—Vaya,-le dije,-dejemos á un lado eso, que yo sé que tu eres un niño aplicado.....

Cucusito lanzó un sollozo.

—Pero, ¿porqué lloras, hijito?

A mala hora le hice tal pregunta.

Cucusito arrojó un berrido que puso en fuga á un gato que dormitaba en un sillón.

—Pero ¿que tienes, *Cucusito*?

—Jí, jí jí.

—¡Pero, *Cucusito* .. !

—Ah, ah, ah!

—Tranquilízate, *Cucusito*.

—¡Jé, jé, jè!

—Toma dulce s, *Cucusito*.

—¡Jó, jó, jó!

—¡*Cucusito*, querido *Cucusito*!

—Jú, jú, jú

- Aquello era un mar de lágrimas, un torrente de sollozos, un volcán de alaridos

Vamos, anda para tu casa en donde está mamá, niño bonito, *Cucusito* de mi vida,—le dije encaminándolo á la puerta de la calle.

Dª Rita Pucheritos se hallaba asomada á su ventana y cuando vió á su hijo exclamó:

—¡Mírenlo como se fué á casa del vecino!

—No, señora,-le dije aproximándome con *Cucusito* á la ventana;-yo lo llamé y lo hice entrar. pero de repente comenzó á llorar no sé porqué motivo.

- Esa es *maña* de él ¡pobrecito! .. Pero, pase V. adelante, caballero, que mi esposo tendrá mucho gusto, lo mismo que yo, en ser amigos de un vecino tan amable como usted

—¡Oh, señora, usted me favorece demasiado!

—Adelante, caballero,-dijo á esta sazón D. Casimiro Lagrimón saliendo á la ventana.

Penetré en la casa

Cucusito ya se habia serenado y jugaba con una perra en el patio.

Cuando más distraidos estábamos conversando, oímos Dª Rita, D. Casimiro y yo un penetrante chillido lanzado por *Cucusito*.

—La perra debe de haber mordido al niño,— dije seriamente alarmado.

—¡Cá, no es nada!–repuso Dª Rita.-Es la hora de que *Cucusito* acostumbra á tomar su café con leche lo habrá pedido, no se lo habrán dado pronto y es todo

En aquel instante salió *Cucusito* á la sala en donde nos hallábamos y después de gritar:–¡Yo quiero mi café *coleche!* se arrojó contra el suelo bufando y pateando como un condenado.

D. Casimiro Lagrimón se limitó á decirle con el mayor cariño:

—Ahora te lo darán, hijito. Levántate del suelo, mira que te ensucias.

—¡No me dá la gana; yo quiero mi café *coleche!* -replicó *Cucusito*.

D. Casimiro quiso reanudar la conversación interrumpida, pero era del todo imposible entenderse á causa de los salvajes alaridos que daba aquel muchacho.

—¡Juana, tráele el café con leche al niño!–gritó Dª Rita.

Al fin se apareció la criada con una taza. *Cucusito* se tranquilizó; pero no bien probó el café con le-

che comenzó de nuevo á llorar diciendo que estaba amargo. Le pusieron más azúcar al líquido y las lágrimas del chico se secaron como por encanto.

—Dame pan,—le dijo á la criada.

—No hay pan, lo que hay es galleta,—le respondió la fámula.

Aquí fué Troya.

La taza rodó por el suelo y *Cucusito* fué á parar encima de una silla gritando como si le hubieran dado un *trancazo*.....que bien se lo merecían sus padres por no saber educar al *dichoso Cucusito*.

Salí de aquella casa dando al diablo á todos los muchacos malcriados de *segunda clase* habidos y por haber.

***

Si quieren saber los lectores quien es *Capirote* que se lo pregunten á mi amigo Juan Sufrido.

Capirote es un muchacho de once años; malo como un tiburón, pendenciero como una cotorra, *descarado* como un chivo y pillo como un cangrejo en tiempo de seca. Es hijo de Dª Coleta, no reconoce padre y ya ha sido espulsado de tres colegios. En el primero rompió la cabeza á dos condiscípulos, en el segundo llenó de excremento de gato el sombrero del maestro, en el tercero colgò, á guisa de rabo, un trapo de la levita del *pasante*, y como este lo penitenciara por semejante abuso, se vengó de él arrojándole piedras en la calle.

Vivía en una casa atlátere á la que ocupaba mi expresado amigo.

No había tiestos ni inmundicias que encontrase *Capirote* en el patio de su casa que no tirase al de éste.

Mi amigo se quejaba á Dª Coleta pero Dª Coleta se conformaba con decir que su hijo era el *mismísimo* demonio y de ahí no pasaba.

Repetidas veces sonaban fuertes golpes en la morada de mi amigo Sufrido: la criada abría la puerta para ver *quien era* y se encontraba con *Capirote* que le hacía señas desvergonzadas desde la mitad de la calle.

- Sra. Doña Coleta,-gritaba Sufrido desde el patio de su casa,-dígale á su *Capirote* que me deje en paz!

—¡Es el *mismísimo* demonio ese diantre de muchacho!—le contestaba Dª Coleta sin interrumpirse en lo que estaba diciendo.

Capirote era el terror de los niños decentes de aquella cuadra, y el que cobraba el barato á los muchachos con quienes jugaba.

Una vez mi amigo Sufrido lo reprendió en la calle y mi pobre amigo tuvo que retirarse insultado y befado por aquel infelíz, y conste que lo califico así porque de los criminales existentes en el mundo, el cuarto por ciento fueron, cuando niños, *malcriados de tercera*, como Periquín; el uno por ciento, *malcriados de segunda*, como *Cucusito* y el veinte por ciento, *malcriados de primera*, como *Capirote*, el hijo de Dª Coleta.

2

ASI ES EL MUNDO.

De la fuente clara y pura
Agua bebe todo el mundo,
Y del charco nauseabundo
Nadie se atreve á beber.
Resultado: que la fuente
Es en breve consumida,
En tanto que larga vida
Goza el charco á su placer.

En el fecundo terreno
La azada constante hiere,
Y en el estéril.... ¿quién quiere
En el estèril sembrar?
Resultados: el martirio
Para el noble y generoso;
Para el estéril y odioso
Nada que le haga penar.

Al dócil potro se abruma
Con un trabajo constante,
Y al corcel fiero y pujante
Pocos montan por temor.
Resultados: que el primero,

Quiero decir, el buen potro,
Rendido muère, y que el otro
Jamás conoce el dolor.

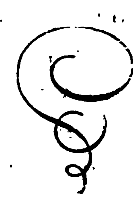
"Juega con la mariposa,"
El padre al niño aconseja,
Y le añade: "Con la abeja
Nó que te puede picar."
Resultados: que á la pobre
Mariposa el niño mata,
En tanto que nadie trata
A la abeja de matar.

No se huella la montaña
Que el camino acortaría
Y todos siguen la vía
Que en la llanura se vé.
Resultados: que esta humilde
Vía se convierte en fosa
Y la montaña orgullosa
Sigue siendo lo que fué.

Fuente pura y cristalina,
Charco sucio y pestilente,
Terreno feraz y ardiente,
Ingrato y odioso erial.
Dócil potro, corcel fiero,
Mariposa que no engaña,
Fuerte abeja, gran montaña,
Vía franca y liberal.

Lo que pasa con vosotros
También con los hombres pasa
Por una injusticia crasa
Que prueban ejemplos cien.
Al bueno no se vacila
En dañar....¡si es un bendito!
Pero al malo... ¡cuidadito,
Que puede dañar también!

Pero ¿qué mucho, á los pueblos
Otro tanto no resulta,
Siendo esto, y no se oculta,
Una histórica verdad?
¿Qué conquistó el pueblo manso.
Y qué el inquieto en la historia?
El inquieto .. ¡fáma y gloria!
Y el manso ...¡la oscuridad!



MIRAOS EN ESE ESPEJO.

JUANA Aspiración es hoy una jamona que tuvo, ahora treinta años, unos *quince* muy deliciosos.

Su primer novio fué un primo, á quien *correspondió* sólo por el placer de *llevar relaciones*.

Su segundo novio fué un estudiante de medicina, á quién dejó por un farmacéutico, el que á su vez fué *despachado*, entrando á ocupar su lugar un abogado recien recibido. Este encontró una rica heredera con quien casarse y vengó á su antecesor dejando *plantada* á la bella Juana.

Después la pretendió un maestro carpintero pero Juana que pertenecía á la *clase media*, la cual *pica muy alto* aquí en Cuba, sin embargo de que entre la tal clase existen muchas familias, pero muchas, que viven no sabe cómo, pues no se les conoce *entradas* que compensen las *salidas* que tienen por el lujo que aparentan; Juana que pertenecía á esa clase, repito, mandó á su enamorado carpintero á que fuese á untarle sebo al *serrucho*, aceite al *cepillo* y á sacarle filo á la *trincha*.

Llamarse mujer de un carpintero le pareció nauseabundo.

Enamoróla después el sobrino del conde Fierabrás, y Juana le dió el *sí* con el espíritu lleno de locas esperanzas.

Pero ¡ah! que Juana no contaba con un rival temible y este rival fué Baco, de quien era acérrimo partidario el expresado sobrino del referido conde Fierabrás.

El mozo *cojió* cierta noche una *picúa* de aquellas que no sueltan el *curricán* por más que le aprieten la *ventrecha*, y en ese estado se le presentó á Juana, precisamente en los momentos en que ésta se hallaba rodeada de varias amigas que la felicitaban por el *buen partido* que la buena suerte le había deparado.

Juana creyó morirse de vergüenza cuando vió entrar á su novio *haciendo eses*.

En cambio sus amigas, aquellas que la acababan de dar la enhorabuena, esperimentaron una secreta alegría.

¡Ah, las mujeres . . . . !

¡Siempre serán las mujeres los peores enemigos de las mujeres mismas!

El aristócrata novio hizo atrocidades aquella noche en casa de Juana.

Escuso decir que con tal motivo quedaron cortadas las relaciones amorosas entre ambos.

Poco después, Toribio Penitencia, *pasante* de un colegio, comenzó á hacer el amor á Juana.

Haber llevado *relaciones* con el sobrino de un conde y resignarse luego á ser novia de un *pasante* de colegio pareció ridículo á Juana, por lo que el po-

bre Toribio Penitencia cargó con unas *calabazas* mayores que aquellas á quienes diariamente tenía que tomar las lecciones de memoria.

Así las cosas, un dia la mulata Ramona, cocinera del vecino, le entregó una carta del bodeguero de la esquina

Abrió la epístola Juana y leyó lo siguiente:

"Dª Juana, el hombre pone y Dios dispone. Lo dice el refrán y tengo reparado que es verdad. Yo pensaba volver á mi tierra con los cuartos que he podido reunir trabajando como un condenado en esta bendita Isla, y casarme con mi prima Petra, que hace tiempo que me aguarda para echarme garra y hacerme su marido pero la verdad es que Dª Juana me gusta más que la prima Petra y un rayo me parta si no me casaría mejor con ésta que con aquella. Maniféesteme su voluntad, que á mí ella me sobra por casarme y dentro de quince dias será Vd la dueña de todo lo mío, inclusives la bodega y mi corazón. Besas sus manos.

Feliciano Puerto de Pajares.

Juana se quedó pensativa.

Acababa de cumplir veinte y nueve años y á esa edad encanta la posesión de una bodega bien surtida acompañada, probablemente, de un efectivo numeroso, depositado en un gran Almàcén

Ya estaba á punto de decidirse por D. Feliciano, pues éste era un *cuarentón* de grandes bigotes, anchas

espaldas y miradas dulces y tranquilas, cuando al volverse para llamar á la mulata portadora de la carta y darle una favorable contestación, vió su imágen en un espejo inmediato. El demonio quiso que jamás se encontrase Juana tan bella como en aquella ocasión. Es verdad que la lectura de la carta de D. Feliciano le había coloreado las mejillas y comunicado á sus miradas una expresión fascinadora. Con adorable coquetería llevóse á sus risueños lábios el dedo índice como enviándose á sí misma un beso, y al ejecutar esta acción notó que la carta de D. Feliciano olía á petróleo.

Del espiritu de Juana desapareció toda intención favorable para el bodeguero de la esquina, y éste fué condenado á serle fiel, mal de su grado, á su prima Petra.

—¡Llamarse mujer de un bodeguero debe de ser horrible!—se dijo Juana componiéndose el polisón.

Transcurrieron algunos dias.

Un teniente de caballería comenzó á rondar por la cuadra en que vivía Juana.

Dias pasan y dias vuelven, centinelas van y centinelas vienen, el teniente logró al cabo tener una entrevista con Juana en la que declaró su pasión á ésta.

Juana pidió tiempo para pensar y como resultado de sus reflexiones se dijo:

—¡Casarse con un *militronche!*....si fuese siquiera coronel....!

El teniente de caballería tocó retirada y en pos de él vino un empleado civil, quien, sin embargo de no tener más que ochocientos pesos de sueldo anual. se permitía el lujo de gastar mil seiscientos todos losmeses, gracias á la espuma del *chocolate* que tomaba.

Juana se deslumbró y hételo aquí novia de aquel *milagroso.*

Los vapores correos fueran la cosa más inocente é inofensiva del mundo si no costasen tanto y si no fuesen portadores de tantas cesantías.

A los cuatro meses de hablar *correspondido* Juana al empleado de mi historia, el nombre de éste aparecía en el *índice* como uno de tantos que tenían que abandonar la *mamadera* oficial.

El pobre cesante no quiso perder el derecho que tenía á retornar gratis et amores á esa tierra de bendición que se llama *Los Madriles*, y en el correo inmediato se embarcó, habiendo depositado antes en los oidos de Juana esta consoladora promesa:

—Volveré con un empleo mejor que el que he tenido. Cuento con el apoyo de...., con las influencias de...., y, pierde cuidado, que no tardará en subir al poder D. Ciclano y con él tengo lo que quiero.

¡Ay, que pasaron dos años y las esperanzas que abrigaba Juana se desvanecieron como el humo!

Así la sorprendieron los treinta y ocho Abriles.

Un dia se miró al espejo y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Su cútis había perdido la frescura que tantas lisongeras exclamaciones arrancara, y entre sus blondos cabellos se asomaban, terribles y amenazadoras, varias canas, hilos de plata que fabrica el tiempo en colaboración con los tristes desengaños.

Quiso entónces sobreponerse á las señales de la edad y pidió ayuda á los afeites, cosméticos y tinturas

Esto por lo que hacía al físico, que por lo que tocaba á su decaimiento moral, pretendió engañarse á sí misma por medio de una exagerada coqueteria, hasta que al cabo hubo uno que le cantó la siguiente décima al pié de su ventana:

Eran ayer. Juana ardiente,
Tus amores lisongeros
Los resplandores primeros
Que lanzaba un sol naciente:
Hoy que la edad inclemente
El cútiz te va arrugando
Y continúas coqueteando,
Hoy son tus viejos ardores
Los últimos resplandores
Dé un sol que se está ocultando.

Juana devoró el espantoso sufrimiento que le hiciera experimentar esta décima y arrojando un profundo suspiro se dijo:

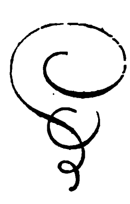
—¡Ay de mí, ya pasaron para no volver los dias de mi hermosa juventud! ¡Adios, benditas ilusiones, adios, esperanzas arrobadoras, adios, encantadores

ensueños y poéticos delirios, adios, todo eso que forma la explendida aureola de los años juveniles!

Después, como si la estuviesen escuchando prosiguió diciendo:

¡Miraos en este espejo, vosotras que, sin otro capital que vuestra belleza, se os importa poco perder el tiempo, aspirando locamente á un ventajoso *partido*. ¡Ojalá yo me hubiese casado con el bodeguero de la esquina: hoy no me llamaría Srita. Juana Aspiración á secas, sino la Señora Dª Juana Aspiración de Puerto de Pajares!

Desde el siguiente dia Juana se consagró á vestir santos.



LA SALVACION DE CUBA.

Lo que en Cuba está pasando
No me lo atrevo á esplicar;
Dicen que va adelantando,
Pero á mi me va escamando
Tal modo de adelantar.

El azúcar, ¿qué adelanta,
Y qué adelanta el café?
Y el tabaco, rica planta
Que á las naciones encanta,
¿Qué adelanta por mi fé?

Dirán que tienda la vista
Por otras cosas, archivo
Del anhelo progresista....
¡Venir á un positivista
Con lo que no es positivo!

Es gran verdad que contamos
Con el *billete* en progreso,
Que en *Sport* adelantamos,
Que en política avanzamos ...
Más, ¿qué tenemos con eso?

También es cierto, á mi ver,
Qué tenemos mucho nuevo,
Luciéndose el pretender
Que no ignore la mujer
Donde el *jején* puso el huevo.

Con pura sinceridad
De esto nada negaré,
Más niego la realidad
Fuera de la trinidad·
Tabaco, Caña y Café.

De amarguras un enjambre
Sentiría, y lo confieso,
Al verme hecho un alambre
Por un Progreso con hambre....
¡Yo no estoy por tal Progreso!

De ese adelanto me quejo,
Y con razón por demás;
Ese adelanto es reflejo
Del que practica el cangrejo
Al caminar para atrás.

¿De qué valiera el billete
Del Banco sin haber pan?
Lo que valiera el ribete
De manteca que el pillete
Se luce con sucio afan.

¿Quién en los *Sports* pudiera
Brillar por su habilidad?

¡Habría tanta *pelotera*
Al comenzar la *carrera*
Por pura *necesidad!*

¿Qué político, por fiel
Que fuese y de grande treta,
Querría un digno laurel
Si no conseguía con él
Tan siquiera una galleta?

Confesemos, pues señores,
Que es juiciosa mi opinión;
Los *Sports* y otros primores,
Ya expuestos, serán amores,
Pero no buena razón.

Por tanto repetiré
Lo dicho, y que al cielo suba
Mi voz hija de la fé:
¡Caña, Tabaco y Café,
Salven ustedes á Cuba!



LA GRAN CALAMIDAD.

Lector, tu mujer es celosa?

¿Sí?

Pues . .

Iba á recomendarte el suicidio como el digno y único remedio de un mal tan grave, pero me arrepentí al recordar que la Iglesia trata, según he oido decir, de elevar á nueve las Bienaventuranzas, adicionando á las ocho que existen la siguiente:—Bienaventurados los que tengan mujer celosa, porque ellos irán de cabeza á la Gloria.

¡Ah, que si no fuera por esta dulcísima esperanza, ya se hubiera pegado seis tiros con media docena de revolvers, y ahorcado con cinco varas de soga y una arroba de sebo, y envenenado con una cuarta de arsénico y un garrafón de láudano, mi buen amigo Bruno Caricato, á quien su fatal estrella dió por esposa y grillete, digo, por esposa y compañera, á Casiana Trancapito, la cual, si no es una Ana exacta y cabal, como lo indica su nombre, se excede de los límites de una *tranca* y de *un pito* regulares, cuando le pica el bicho de los celos, bicho que se ha hospedado en su alma para hacer el tormento de ella y el

de su pobre marido. En esos instantes Casiana no es una tranca, sino un poste del alumbrado eléctrico, y ni tampoco un pito, sino una corneta de mayor dimensión que la de un aprendíz,—vecino mío, por desgracia,—que se ha propuesto echarme á perder la trompa de Eustaquio, la membrana, el tambor acústico y demás *instrumentos* que tenemos en los oidos.

Bruno Caricato es una verdadera víctima. Raro es el día en que su *Cuidemonio* no le arma una *pelotera* de huye, galleta, que te coje el diente, pues la tal mujer no se conforma con pellízcos, fiel expresión de femeniles celos, sino que hasta apela á los mordizcos, terribles argumentos que han puesto los *molleros* de Bruno con más *sellos* que los que se lucían en una carta que me escribió un amigo desde Bejucal, carta que, dirijida al pueblo del Aguacate, en donde yo me encontraba, llegó á mi poder después de darle la vuelta al mundo, como para probarme que en cuestión de comunicaciones nos hallamos al *pelo* con todos los paises de la tierra, ménos con el Aguacate.

Y sigo mi cuento.

Bruno está colocado en una oficina gubernamental.

A las ocho de la mañana vá á su destino, regresa á almorzar á las diez, á las doce vuelve á la oficina, de donde se retira á las cuatro de la tarde, hasta el dia siguiente.

Diez minutos que se tarde en llegar Bruno á su casa, pasada la hora de costumbre, es motivo sufi-

ciente para que Casiana lo espere detrás de la puerta y no bien entra el pobre hombre se le arroja arriba como una pantera, diciéndole:

—¿Dónde has estado hasta ahora, demonio? Malaya sea la hora en que me casé contigo!

—Pero, Casiana.....

—A ver, déjame olerte la ropa..... ¿Cómo es que estás oliendo á esencia de jazmín? No, de jazmín nó, es violeta; nó, no es violeta, es bergamota, nó, no es bergamota, es...

—Casiana, por Dios, son ilusiones tuyas. Yo no debo de oler más que á tinta y á sudor, pues hoy he *largado el quilo* escribiendo.

—A ver, á ver, ¿Còmo tienes el pelo tan *alborotado?* ¡Bruno, tú te has entretenido en alguna parte!

—¿Mujercita mia, si en la oficina no hay con que entretenerse ni cosa que se le parezca!

—¿Y cómo te has tardado tanto, vamos á ver?

—Por que quise llenar una *cara*....

—¿Llenar una cara? ¿Qué cara fué esa? ¿De al guna mujer? ¡Ah! ¿De qué la quisiste llenar? ¿De besos, verdad? ¡Ah, *perro!*

Y Casiana aplica á su esposo tres pellízcos que harían brincar á un elefante.

—¡Fué una *cara* de papel la que escribí, Casiana; no seas *majadera* por los huesos de tu madre!

—¡Eso es mentira! ¡Quién sabe conqué *anastá* te habrás entrenido, conversando hasta ahora! Pero descuídate y verás quien es Casiana Trancapito!

Escenas como estas....... ¡á millares!

Cuando Bruno sale de su casa, Casiana hace como que se vá para el interior, pero no bien su marido traspasa el umbral de la puerta de la calle, ella, veloz como un pájaro, se asoma á la ventana y ¡ay de Bruno cuando regrese si se atreve á saludar amablemente á cualquiera de las vecinas jóvenes que habitan en aquella cuadra!

Si Bruno se mira alguna vez al espejo con más atención que de ordinario, ¡malo!

—¿Qué tienes que estarte mirando tanto?-le pregunta Casiana arrebatándole el peine ó cepillo que tiene en la mano.-Tú no tienes que parecer bien á nadie más que á mí. ¡Miren el muy presumido lo que se habrá figurado!

Cartas que escriban á Bruno y vayan dirijidas á su casa, seguro pueden estar los remitentes que, antes que aquél, las leerá Casiana, y desventurado de Bruno si en alguna epístola se consignan frases misteriosas ó de doble sentido, ó que sencillamente Casiana no las entienda, por que esto será lo bastante para que en aquella casa se arme la *gorda*.

¿Qué resultó una ocasión en que yo escribí á Bruno diciéndole entre otras casas: "Fina ha parido dos; uno es tuyo."

Casiana concluyó de leer este parrafito y como una loca se comenzó á tirar del pelo y á dar vueltas por toda la casa, diciendo:

—¡Ah, infame, infame, infame, ahora sí que has llenado la medida. Ya has muerto para mí!

Una idea se irguió en su cerebro, en el que se

desencadenaba la tempestad de los celos, y presa de ella exclamó:

—¡El divorcio, sí, el divorcio!

En un instante se mudó de ropa, se echó la manta á la cabeza, salió á la calle, cerró la puerta con la llave y con precipitada marcha se dirijió á la celaduría.

—¿Qué se le ofrece, señora?—se apresuró á preguntarle el celador leyendo en el descompuesto semblante de Casiana que algo grave le ocurría.

—Tengo pruebas de que mi marido me es infiel y quiero divorciarme.

—¿Dónde vive usted?

—Calle de tal número tantos.

—Está bien, señora; citaré á su esposo para que concurra con usted al Juzgado.

—Pero divórcienos usted ahora mismo: tengo pruebas, Sr. Celador.

—Eso no me compete á mí, señora. Esas pruebas se las dará usted al Juez y él resolverá.

—¿Y tendré que esperar hasta mañana?

—Hasta mañana á las doce. Dentro de una hora haré la citación.

—Está bien: esperaré. Adios, Sr. Celador.

—A los piés de usted, señora.

Cuando Bruno llegó á su casa encontró á Casiana con los ojos enrojecidos por el llanto y la cabellera medio suelta.

—¿Qué tienes, esposa mía?

Casiana le arrojó una mirada terrible.

—¿Estás enferma?–insistió Bruno.

Casiana por toda contestación, abandonó bruscamente el asiento que ocupaba y se arrinconò en uno de los cuartos interiores.

—¿Qué le habrá pasado?–se preguntó Bruno muy distante de adivinar lo sucedido.

Llamaron á la puerta y un salvaguardia le entregó un papel. Figúrense ustedes la sorpresa de Bruno al ver que el papel aquél era una citación que por pedimento de Casiana se le hacía para que compareciesen ámbos ante el Juez á las doce del día siguiente.

—¿Qué significa esto, Casiana? Habla, por Dios, esposa mía, la gente hablando se entiende. ¿Qué ha ocurrido aquí durante mi ausencia? ¿Qué quiere decir esta citación? Vamos, Casiana de mi vida, esplícame lo que me está pasando.

Casiana se lanzó como una furia sobre el pobre Bruno y le dió un mordizco en un brazo sin proferir una sola palabra.

La noche que pasaron aquellos dos infelices fué *de perro*. Ni uno ni otro cerraron un instante los ojos.

A la una de la tarde del siguiente día Bruno y Casiana se hallaban delante del Juez.

—¿Qué tiene que exponer en contra de su esposo?–preguntó á Casiana el representante de la Ley.

—Que me es infiel,–respondió Casiana con firmeza.

—¿Infiel?

—Infiel, perjuro, traidor: es un adúltero, un infame, un canalla.

—Tranquilícese, señora, y vamos al caso.

—El caso es que una mujer que se llama *Fina*, y á quien no conozco, ha dado á luz un niño hijo de este bandido, de este *perro*, de este indigno, de este....

—Tranquilícese, señora,–repitió el Juez,—y vamos á las pruebas.

Bruno, entre tanto, no cesaba de hacer señas al Juez, dándole á entender que, segun todas las apariencias, Casiana estaba *chiflada*.

—Tengo una gran prueba, Sr. Juez —dijo Casiana sacando magestuosamente la carta de su seno:-héla aquí.

Y desplegando dicha carta mostró al Juez el parrafito que saben los lectores.

El administrador de Justicia leyó el referido párrafo y volvièndose para Bruno, le dijo:

—Y bien, caballero, qué significa esto?

—No sé de lo que se trata, Sr. Juez,—contestó Bruno más pálido que un cadáver.

—Lea usted.

Bruno tomó con temblorosa mano la carta, y así que la acabó de leer, repuso:

—¿Y qué dice en contra mía este papel?

—¡Hipócrita!—exclamó Casiana arrebatándole la carta y mostrándole el parrafito expresado.—¿Qué dice aquí?

Bruno leyó.

—"*Fina* ha parido dos: uno es tuyo."

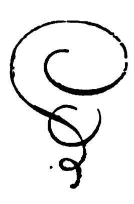
—¿Te atreverás á negarlo ahora?—le preguntó Casiana tirando con disimulo un pellizco á su marido.

Bruno levantó la cabeza, en sus ojos brilló un relámpago de alegría y en seguida se echó á reir como un bendito de Dios.

—Perdone esta falta de respeto, Sr. Juez,—dijo Bruno así que concluyó de reirse, - y sepa Usía que esa *Fina* es una perra de casta cuyo dueño, amigo mío, me ofreció un cachorrito de la misma. *Fina* ha parido dos cachorritos y mi amigo cumple su palabra dándome uno de ellos. He aquí la esplicación de todo este lío formado por los celos de mi mujer.

¿Creerán los lectores que con esto se curó Casiana?

Otro dia referiré á ustedes las locuras que ha hecho después de aquel suceso, como para demostrar que la mujer celosa ni aprende, ni se arrepiente, ni se enmienda.



ARITMETICA DE LA VIDA.

SUMAR, RESTAR, MULTIPLICAR Y DIVIDIR.

A MI INOLVIDABLE AMIGO

CLAUDIO DUMÁS Y FRANCO.

Salimos á la escena de la vida,
Aumentándose así la humanidad,
Y exclama la Estadística al instante:
"¡Contemos uno más!"
Y servimos entónces de *sumandos*
En esa operación de *adicionar*.

Nos casamos más tarde, nos *sustrae*
De mil placeres un deber social,
Y dicen los alegres compañeros:
"¡De *ménos* uno ya!"
Y servimos así de *sustraendos*
En esa triste cuenta de *restar*.

Luego vienen los hijos siempre amados
Y el mundo nos los cuenta con afán,
Diciéndonos con tono picaresco:
"¡Creced, *multiplicad!*"
Entónces nos volvemos los *factores*
De un *producto* que es harto natural.

Llega al cabo la muerte y con fiereza
Destruye nuestra hermosa dualidad;
El alma vuela á la celeste altura
Y el cuerpo á tierra va;
Entónces nos hallamos *divididos*,
Y aquí teneis la *operación* final.



FILO-SPORT-MANIA.

Cuba puede felicitarse por la extraordinaria afición al *Sport* que se ha desarrollado en ella, pues esa afición ha ejercido muy ventajosa influencia en las costumbres y en la constitución, física de sus habitantes.

Antes,—y al decir antes salto por encima de un lustro, que á más tiempo no se remonta el orígen de la afición referida,—en las tertulias, en las veladas íntimas, en el teatro durante los intermedios, en el seno del hogar, en donde quiera, en fin, en que brillaba la juventud y no se hablaba de negocios, el tema de las conversaciones, era el baile, único género de *sport*, sin ser reconocido como tal, que privaba, entónces.

Iba usted á casa del marqués H. y en tanto que éste discutía en voz baja con dos ó tres comerciantes acerca de la subida del azúcar, Matilde, hija del citado marqués, sostenía con encantadora tenacidad que el *Cotillón* era más aristocrático que la *Cuadrilla*, en lo que no estaba de conformidad su prima Josefita, partidaria ardiente de *Los Lanceros*.

Visitaba usted á la familia Coscorrón, de la clase media y que se permitía el lujo de *recibir los miér-*

coles, y después de los cumplidos de costumbre, no faltaba uno ó una que iniciase la conversación sacramental, preguntando:

—¿Qué tal de baile?

—¡Bien que nos divertimos!—respondía una de las Sritas. de la casa.—La música estaba de primera.

—Ya lo creo: ¡cómo que tocaba la orquesta de Pipisigallo!

—Yo bailé hasta la última,—saltaba diciendo otra.

—¿Y V. no bailó, amigo Caracolillo?

—¡Como mono! ¡Digo, y que me tocó cada compañera de *flor fina!*

—No lo dirá usted por mí con quien bailó la segunda.

—Usted fué la mejor de todas, señorita.

—Mil gracias, Caracolillo. Cuando se baila con un compañero como usted, en un instante se aprende á bailar.

—Favor que usted me hace, Enriquetica.

—Pues yo, *china*, las bailé todas, pero en la cuarta me tocó un *limón* del demonio. No le dije que me sentase porque me lo presentó mi hermano Tomeguín, ¡que si nó!

—¿Y ahora cuando volverá á haber otro baile?

—¿En dónde?

—En la sociedad K.

—El domingo; pero nosotras no esperaremos al domingo para bailar, porque mañana pensamos ir á un bautismo, en el que se bailará al son del piano.

—¿Y quién se va á esperar hasta el domingo? Pasado mañana habrá *baileteo* en casa de las Guacarnacas, que recibe los viernes, y es seguro que allí estaremos.

—¡Hombre, una idea! Ya que aquí habemos cuatro *parejas* completas, vamos á ensayar el Rigodón.

—¡Admirable idea!

—¿Pero sin música?

—Que la negrita Rosalía coja un peine y un pedazo de papel.

—¡Perfectamente para todo hay remedio ménos para la *pelona!*

Por supuesto que después del ensayo del Rigodón seguía un valsecito, y á continuación un danzoncito, cuando no dos y hasta cuatro; todo dependía de que la garganta de la negrita Rosalía no se diese por vencida.

Si iba usted á casa de Pancho Bollofrito, padre de Catunga, Belica y Susa, Pancho Bollofrito empuñaba la bandurria y sus hijas cantaban unas cuantas décimas con gran contentamiento de los mozos presentes, muy en particular de los *enamorados* de las cantadoras, los cuales llevaban el compás con el par de cucharas de que se hallaban provistos para el caso.

Cuando Doña Cachuza, madre de Catunga, Belica y Susa, se encontraba de humor,–que casi siempre lo estaba,–abandonaba su asiento, y haciendo mil *refistolerias* le decía á su marido:

– A ver, Pancho, *reviéntame* un zapateo ahí, *pá*

que vean los muchachos de ahora como en mi tiempo se *jilaba* más fino que hoy.

Y comenzaba á *escobillar* con una agilidad que contrastaba con sus años.

Al final recibía una ovación.

El ejemplo de la vieja despertaba los deseos de los jóvenes, por lo que el bueno de Pancho Bollofrito les tocaba el danzón *Juana la Cayuca*, el de *Cambujá*, el del *Como baila el muñeco*, &c. Esto cuando no se aparecía Cleto con su órgano, mandado á buscar furtivamente por uno de los enamorados. Entonces se armaba la *bacha*, en la que, si la moral, no se resentía, pues que aquella familia no era acreedora á otro dictado que al de *gente de orilla*, la cultura no salía bien librada, tales eran los *dicharachos* que allí se oían, dictados por el frenesí coreográfico que á todos dominaba.

¡Qué diferencia entre esa época y la presente!

Hoy......

Hoy vá usted á casa del marqués H. y aquella Matildita que antes elevaba el Cotillón hasta las nubes, discute con su prima Josefita, no porque ésta prefiere "Los Lanceros" al expresado Cotillón, sino porque no opina como ella acerca de las magníficas condiciones que reune el yacht "Rompe Mares", sin embargo de haber perdido en el regateo que sostuviera con "El Guabinita", del que era partidaria Josefita.

—Mira, Josefita, si en la primera *orzada* le hu-

bieran *arriado* más *escota*, de seguro que triunfa "Rompe Mares."

—¡Imposible, Matilde, el viento no daba para otra cosa sino para que ambos llevasen la *botavara* donde las llevaban.

—¡Qué le hubiera tocado al "Rompe Mares" navegar al *barlovento* de "El Guabinita"; ya hubieras visto!

—"El Guabinita" lo hubiera *sotaventeado* á su gusto. Desengáñate, Matilde, cuando "El Guabinita" hace así y mete los *penoles* en el agua, tal parece que su *tajamar* grita orgulloso: ¡El que quede detrás que *ize* todos los *trapos* si no quiere perderme de vista! Es como el caballo "Relámpago": no hay quien se le ponga al costado.

—Por eso perdió el domingo y ganó la yegua "Veloz"

—¡Bah, esa fué una galantería de "Relámpago!"

—Bien: ¿quieres apostar tu terno de brillantes y esmeraldas contra quinientos pesos á que el domingo vuelve á perder "Relámpago."?

—Queda hecha la apuesta.

—Estrecha esa mano y ahora vámonos al salón de armas, pues pretendo darte unos cuantos *botonazos* con el florete.

Por lo que hace á la familia Coscorrón, hoy va usted los miércoles á visitarla y lo primero que nota es el contraste que presentan los colores que con extremada profusión ostentan Enriquetica y Cachita, las dos señoritas hijas de Coscorrón. En el tra-

je de la una todos los adornos son azules; en el de la otra, carmelitas.

Caracolillo es *novio oficial* de Enriquetica, pero ya no es aquel Caracolillo de hombros encojidos y de estrechas espaldas que conocíamos ahora tiempo. Caracolillo levanta hoy un quintal con la mayor facilidad, sus espaldas han robustecido de un modo extraordinario y no bien cualquiera le toca uno de los *molleros*, el brazo de Caracolillo se contrae, ofreciendo la dureza de *guayacán*. Tira el sable, pistola, florete, &c. y es citado como uno de los más entusias- *sportsmand* de la Isla.

Ya la negrita Rosalía no se vé obligada á tocar el peine con la boca para que Enriquetica, Cachita y visitantes ensayen el Rigodon. La tal negrita no ha podido sustraerse al espíritu de la época y, sentada en el umbral de la puerta de la calle, discute con Sarampión, morenito cochero de la familia de enfrente, y *player* del Club "Culebrina", acerca de la parcialidad del *umpire* que declaró buena la *cojida de la tercera basa* en el último *match.*

¿Qué simbolizan los colores que se lucen en el vestido de Enriquetica y Cachita?

Facil es adivinarlo. Enriquetica es *Almendarista* porque Caracolillo es de los azules y Cachita prefiere el color carmelita porque Tiracurva, que la está enamorando y que no tardará en ser correspondido, es de los que se hallan dispuestos á *largar* hasta las narices por el club "Fé."

Allí no se habla más que de *flais*, *carreras*, *bata-*

zos jonrones, *rólins*, *catcher*, *pitchers*, &. &., cuando no son las manoplas, la careta, el filo, contrafilo, punta, guardia en tercera, mandobles, quites, desarmes, &. el asunto de la conversación.

¿Y qué me dicen ustedes de Pancho Bollofrito y familia?

El bueno de Pancho Bollofrito ya ni se acuerda de la bandurria.

La natación es su delirio y ya ha ganado cuatro apuestas en los baños de los fosos.

No habla más que de zabullidas, de nadar braceando, de nadar boca arriba, de nadar boca abajo, de nadar de costado, de *abollarse*, de tirarse de cabeza, de pié, de barriga, de dar zapatazos y del demonio y &.

La vieja Doña Cachuza la ha dado por *excursionar*, haciendo el gasto los futuros yernos, por supuesto.

—Hay que seguir la moda,—dice siempre que se prepara para irse á comer un lechón tostado á cualquier lugar de los alrededores de la Habana, cuando no es en la loma de la Cruz en Guanabacoa.

Las muchachas Catunga, Belica y Susa, por su parte, saben caminar en zancos, y en aquellas excursiones se entretienen en tirar piedras á un *blanco* cualquiera.

¡Oh, el sport!

¡Qué bueno fuera el sport sin exageraciones!



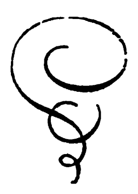
LA CLAVIJA Y LA CUERDA

FABULA

AL SR. D. FERNANDO HEYDRICH.

Templando estaba su violin un dia
El buen D. Sisebuto, y la *segunda*,
Decir quiero, la cuerda así llamada
Que da la nota *lá* que rige en música,
Al mirarse enrollada en la clavija
Sufriendo mil torturas,
Dijo á aquella en un tono que expresaba
El sentimiento de terrible angustia:
—"¿Porqué me martirizas de ese modo?
¿Porqué tiras de mí con fuerza ruda,
Y sin moverte mi mortal quebranto
Inflexible en tu puesto te aseguras?"
—¡Voto á sanes,-responde la clavija,—
Que has estado infeliz con tus preguntas!
¿Qué pretendes, qué deje á tu albedrío
La nota que á capricho se te ocurra?
¡Adios concierto musical entonces!
Adios las hermosuras

Del armónico son! ¡Todo sería
Por tu culpa insufrible baraunda!
El arte me previene, pobre cuerda,
Que te estire hasta dar la nota justa;
Cumpliré su mandato en bien de todos
Y á todos salvaré, por más que sufras."
Es la Ley la clavija de mi cuento
Y del hombre es la cuerda imágen pura:
Si aquella á este no pusiese en tono
El concierto social seria una murga.



EL HOMBRE QUE RONCA.

Don Celedonio Rebufa es uno de los séres más desgraciados que existen en este valle de risas y de lágrimas.

D. Celedonio Rebufa es viudo, pero su desgracia no consiste en la eterna ausencia de la que fué su esposa, mujer bigotuda que hizo pasar muy malos ratos al bueno de D. Celedonio. Así lo dicen malas lenguas, y así lo repito yo á fuer de cronista que no se pára en pelillos.

D. Celedonio Rebufa es pobre, pero esta circunstancia, agravante siempre, no es tampoco la que constituye la inmensa desgracia que pesa sobre D. Celedonio. Bien considerada, la pobreza tiene su lado bueno. ¡Bienaventurados los pobres por que para ellos no se inventaron los secuestros ni los ejecutores de apremios!

D. Celedonio Rebufa es feo como un trompetazo fuera de compás, pero esto no preocupa ni poco ni mucho al malaventurado Señor. El sabe que la feal-

dad se ha generalizado de un modo bestial, gracias al pésimo gusto que impera en todo, y esta consideración lo tranquiliza cuando, de pasada, se vé en algun espejo, sin embargo de que el primer impulso que le acomete es el de huir de la atroz imágen que se le presenta en el azogado vidrio.

D. Celedonio Rebufa apenas si sabe leer de corrido y firmar sin detenerse en cada letra para recordar lo que sigue; pero esta ignorancia tiene muy sin cuidado á nuestro personaje. La gravedad de que sabe revestir su semblante lo hace aparecer como muchos á quienes el mundo tiene por sábios sòlo por el hecho de haber aprendido á decir *sí* ó *nó* con severa magestad. Buenos ejemplos de tales existen en los tiempos literarios que alcanza la populosa ciudad capital de Cuba.

Si no es el estado de viudéz, si no es la pobreza, si no es la fealdad y si no es la ignorancia lo que hace extremadamente desgraciado á D. Celedonio Rebufa, ¿qué es entónces lo que forma su fatal estrella?

¡Ah, lector, lector benigno, lector sensible, lector piadoso, compadécete del infelíz D. Celedonio Rebufa, porque en verdad te digo que nadie es más digno de lástima que él!

¡D. Celedonio Rebufa ronca de una manera fenomenal!

¿Has oido el bramido del toro?

Pues ese bramido es nada comparado con los ronquidos que deja oir D. Celedonio Rebufa cuando está durmiendo

¿Has oido el rugido del tigre?

Pues ese rugido es un *pianísimo* en comparación con los ronquidos de D. Celedonio.

El ruido que produce el veloz tren ferro-carrilero al pasar por encima de las bóvedas de un puente, el aterrador concierto de los desencadenados vientos del huracán, el vozarrón del demonio, tal como se lo imaginan las viejas beatas, son ridículas parodias, paupérrimas imitaciones de los ronquidos que lanza don Celedonio Rebufa cuando se entrega en brazos de Morfeo, el único que puede sufrir los ronquidos de D. Celedonio.

¿De qué murió la mujer de D. Celedonio, según aseguran las malas lenguas que mencioné antes?

Murió de desvelo.

Los ronquidos de D. Celedonio no la dejaban dormir con sosiego. De *resultas* de eso se le afectaron los nervios y se fué á descansar tranquilamente al otro mundo.

El defecto fisiológico de que adolece D. Celedonio es causa de que se vea obligado á vivir en un *chiribitil* que se halla en las afueras de la ciudad, en un sitio aislado y de donde se alejan á pasos redoblados cuantos se aproximan á él y sienten los ronquidos de don Celedonio.

Una vez tuvo necesidad éste mi D. Celedonio de quedarse á dormir en casa de un pariente suyo. Esa noche hubo la de Dios es Cristo en aquella casa. Al primer ronquido que formalizó D. Celedonio despertó

el hijo del pariente lleno de miedo, y al oir el segundo le acometió una terrible alferecía.

Otra ocasión se hospedó en un hotel. Llegó la noche y D. Celedonio se acostó, se durmió y, como siempre, comenzó á roncar. No bien lo oyó un viajero inglés que ocupaba una habitación inmediata, disparó varios tiros al aire gritando:

—¡Aquí *haber* un tigre de Bengala!

Otra vez se quedó dormido en un parquecito, y como de costumbre, empezó á roncar *que se las pelaba.* A la media hora la policía sitiaba el expresado parquecito, persuadida de que iba á darle caza á un oso que hacía pocos días se le había huido á un italiano que se buscaba la vida con él.

Dos colocaciones se le proporcionaron á D. Celedonio y en ninguna de ellas se mantuvo más de veinte y cuatro horas.

La primera fué de *profesor interno* en un Colegio. Su obligación consistía en enseñar la cartilla á los menores y en cuidar á los pupilos. Para lo último tenía que dormir en el mismo salón que éstos. Le ofrecieron sesenta pesos de sueldo, además de la mesa. Durante el dia no tuvo novedad; todo pasaba á pedir de boca, sin embargo de que D. Celedonio solía confundir la B con la R, pero llegó la hora de recogerse y aquí dieron principio las angustias de D. Celedonio, pensando en como serían recibidos los escándalos que producía cuando cerraba los ojos. El cuitado esperó á que los muchachos se quedasen profundamente

dormidos y entonces se acostó. Minutos después reinaba en el salón el más completo desórden.

Bruscamente despertados los muchachos por los *bufidos* de D. Celedonio, unos comenzaron á dar alaridos, otros á pedir socorro, hubo voces de ¡fuego! ¡ladrones! ¡asesinos! Muchos se escondieron debajo de la cama y no pocos se echaron á la calle en camisa sin saber de lo que huian.

Averiguóse al fin la causa y al dia siguiente el pobre D. Celedonio recibía lo que alcanzaba del sueldo prometido

—Siento mucho tenerlo que despedir, amigo mío,—le dijo el Director del Colegio entregándole dos pesos.—Pero es Vd. una calamidad con sus ronquidos.

La segunda colocación fué de portero

De acuerdo con el dueño de la casa en las condiciones conque entraba á desempeñar aquel cargo se instaló en la casa con su catre y baul. La actividad que desplegó desde el instante en que inauguró sus tareas y su amabilidad y solicitud para con todos le conquistaron presto las simpatías en aquel lugar. Pero ¡ay! que los dias tienen noches y las noches se han hecho para dormir, según repite el vulgo. Vino la noche y los habitantes de la casa susodicha se acostaron. Don Celedonio, cuyo dormitorio era el zaguán, hacía esfuerzos inauditos por no cerrar los ojos, á la vez que buscaba allá en el fondo de su caletre un medio para inutilizar las brillantes condiciones acústicas que po—

seían sus narices. Probó amarrárselas con una de las puntas de la sábana, pero tropezó con la gran dificultad de que sus tales narices eran eminentemente *achayotadas* y resbaladizas, motivos que hacían imposible el afianzamiento de toda clase de nudos en ellas. Al cabo resolvió–¡admirable idea!–rellenárselas con algodón, y así lo hizo, quedándose dormido pocos minutos después, plenamente confiado en el felíz pensamiento que se le había ocurrido. Al principio todo iba bien: la respiración de D. Celedonio producía en la garganta del mismo un ruido semejante al de las gárgaras; pero la docilidad del algodón vino al fin á echar por tierra un plan tan brillantemente combinado, pues con los contínuos esfuerzos que hacía el aire lanzado por los pulmones buscándose paso por las narices, resultó que las dos bolas de algodón se fueron extendiendo hasta figurar dos chorros de blanquesino humo que subían y bajaban siguiendo los impulsos que les comunicaban la aspiración y la respiración de D Celedonio. Casi libres las narices de aquellos obstáculos, los ronquidos dijeron: "Aquí estamos nosotros." Excuso decir que todo el mundo se despertó, pero no me calleré por cierto lo que hizo el negro cochero á la vista del *humo* que salía por las narices de D. Celedonio. El muy bruto,—hablo del citado negro cochero,–le *aflojó* un cubo de agua en la cara á D. Celedonio, creyendo que el pobre portero se habia incendiado por dentro.

Al día siguiente el infelíz D. Celedonio oia de boca del dueño de la casa estas palabras:

—Usted no nos conviene, amigo mio. Vd. duerme como una locomotora á todo vapor

¡Pobre D Celedonio!

Vean Vdes. si pueden aliviar su estado consiguiéndole una colocación en el escenario de Albisu.

Para imitar el ruido del trueno no hay aparato comparable á las narices de aquel buen hombre, cuya compañía te deseo, lector amable, en las noches aquellas en que te convenga estar en vela.

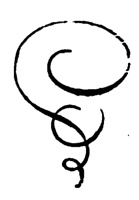


LA MOSCA Y LA HORMIGA

FABULA

"¡Una hormiga!....¡Qué enemiga
Una hormiga para mí!
¡A una hormiga le hago....así.....
Aleteo y ¡fuera hormiga!"
Una mosca, no te asombres,
Así se llegó á expresar,
(Las moscas suelen hablar
Cual suelen hablar los hombres.)
Una hormiga que la oyó
Le hizo presa en una pata,
La mosca arrojarla trata
Y la lucha se trabó.
Volaba la mosca y
La hormiga más se aferraba.
Se sacudía, se posaba.
Y la hormiga siempre allí.
Como fin de aquella guerra

Tan tenáz como atrevida,
La mosca casi sin vida
Cayó rodando en la tierra.
Allí murió, y su enemiga
De su cadáver tirando
Una lección iba dando,
(¡Qué lección la de la hormiga!)
A los que tienen empeño
En demostrar que no es nada
Ante su baladronada
Un enemigo pequeño.



ASI ES.

Entre las frases llamadas de cajón hay que incluir las siguientes, que frecuentemente se oyen en boca de los maridos:

"Si desgraciadamente llegase á enviudar"

"Tengo una mujer *redonda*."

"Dios me ha dado una señora lo más conforme del mundo."

"Mi mujer es un alma de Dios....¡me sufre...!"

Y otras por el estilo.

¡Ah, lector carísimo, si fuésemos á juzgar por las tales palabras, raro, muy raro, sería el matrimonio desgraciado que existiese, porque en verdad te digo que raro, muy raro es el marido que no formula una de las cariñosas expresiones referidas siempre que se le ofrece hablar de su cara mitad!

Pero no te guíes por esas melosas frases, prudentemente te lo aconsejo.

La experiencia me ha probado que una cosa es con violín y otra con guitarra.

Si conocieses como yo á Pantaleón y á su esposa Blasa; si hubieras sido testigo, como yo lo he sido, de las *rebufas* que se arman entre los dos por quítame allá esos granos, que no siempre han de ser pajas las que se han de quitar, y sí, como yo también, hubieras estado presente cuando Pantaleón, dirijiéndose á varios amigos, les decía, por venir al caso: Yo no me casaría en segundas nupcias ni con la diosa Vénus, y conste que no tengo por qué quejarme del matrimonio, porque Dios me ha dado una mujer que es la bondad personificada;" si hubieras visto y oido todo esto, lector, de seguro que habías de abrigar la misma experiencia que yo abrigo.

¿Tampoco conoces á Toribio Leñazo, verdad?

Pues ahí tienes otro que bien baila, ó mejor dicho que bien hace bailar á su mujer, tales son las palizas que le aplica, por nada y cosa ninguna, como dice la infelíz al echarse aguardiente en las señales que le dejan las caricias de su esposo, á quien más de una vez he oido decir, y cuando aún no hacía una hora que le había propinado á su pobre costilla una receta del *Dr. Guayabo*: "Mi mujer y yo jamás tenemos un sí ni un nó: nos comprendemos en el modo de mirar."

¿Y qué me dicen ustedes de Perico Aguacate?

¿No conocen ustedes á Perico Aguacate?

Perico Aguacate es un pobre diablo á quien su esposa lo tiene *metido en un puño*.

Perico ha de estar recogido á las nueve de la noche.

Se ha de vestir como su mujer quiere.

Há de comer lo que á su mujer se le antoja

Y de vez en cuando algunos pelos del bigote del infelíz Perico quedan entre las manos de su consorte.

Esto, sin embargo, oigan ustedes á Perico Aguacate cuando se halla en una tertulia en que se hable de las mujeres.

Que me emplumen si más de veinte ocasiones no he oido decir á Perico: "Tengo una mujer que parece una malva."

Lo mismo que Juan Buchito.

¿Tampoco lo conocen ustedes, verdad?

Pues felicítense.

Juan Buchito es un *perdido*, que cuanto se bus ca lo gasta en *mojo*, por lo que su pobre mujer Maria de la O pasa la de Dios es Cristo.

Y óiganlo después decir á medio *palo*, por su puesto:

—Mi *hèlmano*, tengo una *mujel* que le sabe dar á la pelota en tratándose de hacer milagros. Cuando estoy de *ojo* y *ojo* y no le *puéo* dar más que dos ó tres *ripios*, yo no sé como se las compone, la cosa es que se arregla y almorzamos y comemos como *toos* los dias. Esas son las mujeres que valen; voy á *largarme este fuetazo* á su *salú*.

Quien me hizo reir grandemente noches pasadas fué Casiano Pomarosa.

Por la mañana había tenido una *pelotera* mayúscula con Timotea Rompefuego, que así se llama su

esposa, mujer de pelo en pecho, resultando lesionado el marido,—que diría un escribiente de celador.

Casiano Pomarosa se presentó con un ojo *abollado* en la tertulia que formábamos todas las noches.

Quiso la casualidad que la conversación rodase acerca de las mujeres dóciles.

Demás estará decir que los casados que se hallaban presentes sacaron á relucir á sus respectivas esposas como otros tantos ejemplares.

Pero el que con más entusiasmo habló fué Casiano Pomarosa.

—Mi mujer por ese lado es una malva,—dijo sin atreverse á tocar el ojo que aún le estaba doliendo.—

Pocos maridos tendrán la suerte que yo, -añadió;-Timotea es de aquellas que si le digo es de noche, siendo de dia, conviene conmigo en que es de noche: es la esencia de la bondad.

¿Figúrense ustedes el efecto que me harían esas palabras, enterado como estaba de la *pelotera* consabida y del ojo *apabullado* por añadidura?

Lectora casada que te vienes fijando en estas líneas, creo adivinar en tus labios una sonrisa de aprobación á todo lo expuesto.

¿Verdad que es cierto lo consignado?

Es verdad sí, pero.... ten la bondad de entregar este libro á tu esposo para que continúe leyendo lo que sigue. Deseo que él me diga si es verdad tambien lo que voy á estampar.

Rara, muy rara, es la mujer que al hablar en una tertulia de su marido confiese que este es bueno, aunque su pobre marido sea un Santo

¡Ay, que las casadas tienen sus frases de cajón en este respecto, lo mismo que la tienen los maridos!

¡Pero qué diferencia entre unas y otras!

—¡Catalinita, eres digna de felicitación; tienes un esposo que te quiere mucho.

Catalinita sabe que es verdad lo que le dicen, pero para no faltar á la *consigna*,–que tal parece una *consigna*,–responde:

—¿Qué me quiere? ¡Ay, hija, no hay que creer en el cariño de los hombres!

Díganle ustedes á Bibiana que tiene un marido cuyas costumbres son muy morigeradas; díganselo y verán como Bibiana replica:

—Ese es un *mátala callando*. Dios me libre de los hombres que parecen que no rompen un plato.

¿Maridos, tengo ó no tengo razón?

Ahora bien; quiénes proceden mejor, ¿ellas ó ellos.?

¿Ellos, que siempre hablan ien de ellas, aunque ellas les *abollen* un ojo, ó ellas que siempre hablan mal de ellos, aunque ellos sean unos santos?

Lector, aproxima tu oido y que no salga esto de la Isla: Mejores son ellos.



LA PLUMA, EL TINTERO Y EL LAPIZ.

FABULA.

Á MI RESPETABLE AMIGO EL SR. D. ANTONIO GALINDEZ Y ALDAMA

La pluma y el tintero de un letrado
Con calor disputaban cierto día,
Creyéndose los dos con desenfado
Ser autores de cuanto el licenciado
Valiéndose de ellos escribía
—¡Yo soy quien habla en el papel, yo soy
Quien eleva al lector y lo convence!
Yo con mis manchas pregonando voy
Que nadie *puede dar* lo que yo doy:
¡La ilustración que á la ignorancia *vence!*
Así dijo el tintero con jactancia
Irguiéndose atrevido en el bufete;
Mas la pluma, severa en su arrogancia,
Contestó con idéntica importancia,
Y después de escupir sobre el tapete:
—Enmudezca el tintero nauseabundo
Que de poco valor es su existencia;

Yo con mis rasgos el saber difundo;
Y á mi vasto talento debe el mundo
Los grandes adelantos de la ciencia.
—Pues yo *liquido* el pensamiento humano
Y lo hago correr á mi albedrío.
¡Le enseño todo, porque todo es mio!
¡Oh, necia!-¡Oh, insolente!-¡Oh, malhablada!
- ¡Orgulloso infeliz!-¡Contén la lengua!
—¡Yo soy todo, sin mí no vales nada!
—¡Desprecio tu soberbia, deslenguada!
- ¡Hablar contigo para mí es gran mengua!
Un lápiz que escuchaba cabizbajo
La tal cuestiòn, interrumpióla en suma
Diciendo:-Como ustedes dos trabajo,
Y me puedo decir, sin agasajo,
Que soy tintero y á la vez soy pluma.
Natural es, por tanto, que me asombre
Al oir sus olímpicos acentos
Disputándose insólito renombre.
¡Humillémonos todos ante el hombre
A quién solo servimos de instrumentos!
Del lápiz la franqueza,
Y por una muy limpia carambola,
A los hombres granujas con firmeza
Les dice que abandonen la "cabeza"
Porque tienen su puesto allá en la "cola."



DE ELLAS LIBERA NOS.

Desde que tuve por vecinas á Doña Engracia Picadura y á Doña Brígida Tiborino, para quienes era un acontecimiento el hecho de que una familia cualquiera se *mudase* para *aquella cuadra*, hecho que presenciaban las citadas vecinas desde el postigo de sus respectivas ventanas, sin perdonar el menor detalle y sin escasear los comentarios consiguientes; desde esa época, digo, resolví no cambiar de casa hasta no estar bien convencido de que no existía ninguna doña Engracia ni ninguna Dª Brígida inmediatas al lugar en que iba á trasladar mi domicilio. Tal miedo *cojí* á las citadas vecinas que, hasta el presente, considero el alejamiento de ellas como la principal condición que ha de poseer el local que trate de alquilar para fijar mi residencia en él.

Yo aconsejo á mis lectores que hagan lo mismo, porque....

Dª Engracia Picadura vivía en una casita situada frente por frente de la que ocupaba Dª Brígida

Tiborino, por lo que era fácil á cualquiera enterarse del diálogo que ambas entablaban así que las campanillas que llevan en el pescuezo las mulas de los *carros de mudadas* anunciaban la presencia de éstos por aquellos alrededores.

Ese día los quehaceres domésticos de Doña Engracia y de Doña Brígida se suspendían por todo el tiempo que duraba la descarga de los muebles en la casa que se iba á ocupar.

Como para muestra basta un botón, contaré á ustedes lo que oí y lo que ví cierta vez, estándose *mudando* al lado de mi casa un amigo, quien, facultado por la gran confianza que entre nosotros existe, me había suplicado que dirijiese la bajada y colocación de los muebles en su nuevo hogar.

Para cumplir fielmente el encargo, no bien llegaron los carros me trasladé á la casa desocupada.

Excuso decir que ya mis vecinas se hallaban en sus observatorios.

¿Sabe usted qué familia es la que se *muda* ahí, Dª Engracia?—comenzó preguntando Dª Brígida.

—No, vecina; lo único que sé es que el último que estuvo á *ver la casa* era un hombre más feo que la estampa de la heregía y que tenía más cara de hambre que un cesante

—No, ese no debe de ser el que se *muda* ahí,—repuso Dª Brígida;—mire *pa* el segundo carro y verá un piano. Parece gente de dinero, vecina:

—¡Ay, Doña Brígida, no se fíe de las *apariencias*; mire usted que yo conozco *ca pelagatos* con mucho de

piano y de cortina *pa riba* y de *polliel pa* bajo, que no tienen tras que caerse muertos!

—No, esta gente no es de esas, Doña Engracia. *Agüeite* el aparador que están bajando ahora.

—Le repito que no se fíe, vecina. Cuando lleguen los *trastos* de *adentro* los cuartos entónces podremos hablar. A mí se me ha puesto entre ceja y ceja que esa familia está tan *pelá* como nosotras y como el vecino que está de *tarugo* ahí dirijiendo á los carretoneros.

Eso iba conmigo, lector, como habrás comprendido.

No hice caso y ellas continuaron soltando la *sin hueso*.

—¿Qué será eso que están descargando?—preguntó Dª Brígida componiéndose los enormes espejuelos de plata que tenía puestos.

—Eso se llama espérese que, lo tengo en la punta de la lengua, Doña Engracia; se llama... se llama *frugilaor*, *fregilaor*.... *defiangilaor*... una cosa....

—¡Ah, ya sé,—exclamó Dª Engracia,—eso se llama *renfrielaor!* El padrino de mi nieto *Jayuyo* tiene uno mejor que ese

—Sabe Vd., vecina, que el escaparate que van á *apear* ahora tiene más semanas santas que el gallo de la Pasión. ¡Miren que es viejo como mono!

—Y tiene una hoja *rajá*,—agregó Dª Engracia.

—Y *entoavía* esos animales le van á romper una pata con el marco de la puerta ... ¡Como lo dije!

Ya le *escafucharon* la cornisa y una pata. Por eso yo soy tan enemiga de *mudarme*. Siempre que me *mudo*, esa gente me ha de romper algún *tareco*.

—¡Tres tocadores, Dª Engracia!

Los tres son *antigüísimos* y no valen una *guayaba*. Dos tienen el *malmo rompío* y al otro le falta la *luna*.

- ¡Hum!

—¿Qué ha visto, Dª Brígida?

—Esa familia no me da buena *espina* Dª Engracia.

—¿Porqué, vecina?

—Yo se lo diré á la tarde cuando vayamos al Rosario.

—Y debe ser un *familión* de *arroba*,—observó Dª Engracia.

—¿En qué lo ha *conocío*?

—¿En qué? En lo que están *apeando* ahora.

—¡Y es verdad! Uno, dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce.... ¡catorce *servicios!* ¡Pues no es nada lo del ojo, Dª Engracia!

—Usted verá el diablo por donde trepa, Doña Brígida; á ese *condenao* hombre se ha puesto entrar por la puerta con ese racimo de sillas en la cabeza.. *¡Cataplúm*, ya se le rompió el espaldar á la del *lao* del allá! ¡Si le digo á usted que lo último es *mudarse!*

—¡Qué catres, Dª Brígida!

—¡Jesús, vecina, qué gente más *cochina* debe de ser esa! ¡Mire usted que esos catres tienen más *birriones* que la barriga de *Cabeza de coco*, el hijo de

la mulata de la esquina! ... ¿Y sabe usted una cosa Dª Engracia?

—¿Qué cosa, Dª Brígida?

—Que hasta ahora no he visto bajar más que dos cazuelas.

—Es verdad, *hija;* y ¡qué mal *pega* eso con aquellos catorce *miramuecas de las otras vez!*

—Traen ropa sucia que es un castigo.

—¡Vaya una bañadera *rejundía!*

—Esa gente come de *cantina;* mire la cantina grande de hojalata que está al lado de la jaula del loro.

—¡Ay, Dª Engracia, preparemos las orejas, porque ese dichoso animalito nos va á estar atormentando *toitico* el día de Dios!

—Sí, hasta que á mí se me *ajume* el *pescao* y le *arremeta* dentro de la jaula un *puñao* de perejil. ¡Buena es la hija de mi *mas pa* aguantar loritos!

—¡Vírgen del Cobre, vaya una cama de hierro *descuajaringá* esa que bajan ahora!

—¡Y es verdad, mujer de Dios; qué cosa más vieja! ¿Cuánto vá, vecina, á que en esa cama murió el abuelo de la mujer del hombre que ha *alquilao* esa casa!

—*Toa* ella parece una araña *pelúa.*

—¡Bien tiene *cachivaches* esa gente!

—¡No dejaron en la otra casa ni el *mocho* de escoba!

—Dª Brígida ¿cómo averiguaríamos qué familia es esa?

—¡Hombre, se me ocurre una idea; vamos á preguntarle á uno de esos carretoneros.

—¡Y es verdad! Voy á preguntarle á aquél que tiene una gorra *colorá* en la cabeza.

Y Dª Brígida empezó á hacer señas al referido carretonero diciendo en alta voz:

¡Oiga; hágame el favor; dispense; con usted hablo.... nó, con el otro del gorro *colorao*, con usted, sí; venga acá y dispense!

El citado carretonero se aproximó.

—¿Podría Vd. decirme qué familia es esa?

- ¿Cuál?

—Esa que se *muda* ahí.

— ¿Familia que se *muda?*..... ¡No la veo!

—*Cristiano*, usted no me ha *entendío*. Yo le pregunto á usted si conoce á la familia, dueña de esos muebles.

—Sí que conózcola. Son un hombre, una mujer, un viejo, una vieja, ocho rapaçes, tres criados, dos perros, un gato y un loro.

—¡Pero su nombre, su nombre, eso es lo que quiero saber!—repuso Dª Brígida.

El carretonero después de lanzar un chorro de salida ennegrecida por el tabaco que mascaba, y de extender un brazo para recostarse contra la pared, dijo:

—Por lo que tengo de oído, el gato nómbrase *Monono*, el perro macho *Trabuco*, el perro hembra *Marquesa*, el loro......

—¡Habráse visto el hombre, de Dios como me

viene *encajando* los nombres del gato y de los perros!-exclamó Doña Brígida.-¡Bendito, yo le pregunto por el dueño, por el amo, por el principal! ¿Me ha entendío usted ahora

—*¿El prencipal?*-repitió el carretonero.-El *prencipal* se llama D. Emeterio Zuguiburritorremeleteguigoicoelemequechea.

—*¡Malhaya sea Judá!* ¿Y hay alguien que se llame así, *condenao?*

El carretonero no oyó estas palabras porque ya se había marchado de allí.

—¿Averiguó usted algo?-preguntó Dª Engracia reanudando la conversación con su vecina.

—¡No me diga usted *ná*, que ese *endiviblao* me acaba de *soltar* un apellido de siete varas y media de largo!

—¿El apellido de la familia que se va á mudar ahí?

—Sí; dice que el padre se llama D. Emeterio Fufo-fufi-cuco-caqui-burro torre-leche-requechea y ¡el demonio! Por poco ese animal no acaba en *too* el día de decir el apellido de esa gente.

Concluía Dª Engracia de decir esto, cuando se le aproximó de nuevo el mismo carretonero y entregandole una tarjeta le dijo:

— Apuntaciones aquí nombrando establecimiento y nombre del *prencipal*.

Dª Engracia leyó suficientemente alto para que oyeso Dª Brígida, lo que sigue:

"La Mulata Betozona" Tren de Mudadas de

D. Emeterio Zuguibúrritorremeleteguigoicoelemequechea. Calle de los Trapitos número 100."

—¡Qué *plancha*, D.ª Engracia!

—¡Hemos hecho las dos, D.ª Brígida!

– Paciencia. Ya sabremos por otro lado *qué pata puso ese huevo*.

—Ya se van los carros.

—Tal vez ni los paguen. ¡Gente de piano y escaparate *rompío* le dan el *cuero* al pinto de la paloma!

—Conque dígame si averigua algo, D.ª Brígida.

—Lo mismo le encargo, D.ª Engracia.

—Hasta luego, D.ª Brígida.

—Si Dios y la Virgen lo permiten, D.ª Engracia.

Y desaparecieron del postigo las vecinas de mi historia, porque historia es lo que te he contado, pacientísimo lector.

¿Quieres la prueba?

Pues la prueba es que tú conoces á más de cuatro Brígida Tiborino y á otras tantas Engracia Picadura, á quienes Dios confunda. Amén.



EL ZAPATERO Y EL ZAPATO.

FABULA

A MI BUEN AMIGO VICTOR RAUSCHMANN.

Jamás olvidaré,—decía un zapato,—
El dolor que sufrí cuando me hicieron;
¡Oh, qué terrible y doloroso trato
Aquellos brazos que se abrían me dieron!

¿De quién eran los brazos de que hablaba
El zapato quejoso y lastimero?
Del que al abrirlos del cordel tiraba;
Que así es como trabaja el zapatero.

¡Ay, cuántos hombres al abrir sus brazos
Al zapatero de mi cuento imitan;
Aprietan al abrirlos, y en sus lazos
Hasta el resuello al protejido quitan!



LOS BARBEROS OYEN.

Amable lector, figúrate que estamos paseando.

¿Ya te lo figuraste?

Pues ahora imagínate que nos sorprende un aguacero.

¿Ya?

Perfectamente: ahora supónte que nos guarecemos en una barbería, y que en ella nos ofrecen un par de sillas, que nosotros aceptamos.

¿Ya?

Pues siéntate, oye, mira y calla.

Se están afeitando un hombre gordo y un hombre flaco con cara de bobo.

Se están pelando un jóven rubio y un jóven trigueño.

El personal de esa barbería se compone de Ambrosio, el dueño; *Mamertin* y *Nico*, oficiales, y *Jaboncillo* y *Espumarojo*, aprendices.

Nombre de la barbería: "La Flor de la Siguaraya."

Ambrosio afeita al hombre gordo, y próximo á éste se halla *Jaboncillo*, con la boca abierta, haciendo como que no pierde ninguno de los movimientos que ejecuta Ambrosio; y digo que *haciendo* como que no pierde ninguno de los movimientos del maestro, porque en realidad los ojos de *Jaboncillo* están en la navaja que maneja Ambrosio, pero su imaginación está en los *flais* que piensa *cajerle*, al negrito de la esquina cuando, al ir en busca de la *cantina* para la barbería, se encuentre con el tal negrito, furioso *sporman* que tiene constantemente con el credo en la boca á los vecinos inmediatos, pues la pelota del aficionado ha hecho más de una docena de desaguisados por aquellos alrededores.

Mamertin, á quien una enorme *concha* cubre casi toda la frente, por lo que más que *concha* parece esa *concha* un carapacho, afeita al hombre flaco con cara de bobo, é inmediato á éste se halla *Espumarajo*, sério como guabina en agua turbia, á consecuencia del *aletazo* que recibiera minutos ántes de Mamertin, á quien había llevado un cepillo en vez del *asentador* que le pidiera.

Nico, que luce unos pantuflos bordados sin calzar, *tijeretea* en la cabeza del jóven rubio, y Canuto, exageradamente peinado á la inglesa, hace lo mismo en la del trigueño.

—¡Demonio de agua!—exclama el hombre gordo aprovechando la ocasión de que Ambrosio le levantaba la barba para afeitarle el pescuezo.

—¡Ay, amigo, Vd. no sabe el bien que hará á

nuestros campos esta *agüita!*—repone Ambrosio pasando la navaja por encima de la *nuez* de su grueso marchante.

—¡Pues que llueva en el campo si allí hace falta! —exclamó Mamertin.

—Me *arrebiato*,—dice Canuto.

—Apúntenme con tres suertes,—agrega Nico.

—Yo lo que les digo,—salta diciendo el jóven trigueño,—que maldita la gracia que me haría si continuase lloviendo hasta la noche. Porque tengo una cita, ¿saben Vds. cómo?.... ¡De *yuca* y echa *cocá!*

—¿Con la *individua* aquella?—pregunta Canuto?

—¡Qué vá! ¡Aquella está *daa* de baja!

—Ya sé quién es,—dice Ambrosio.

—Y yo también,—exclama Mamertin.

—Y yo idem y Canuto también; lo que tiene que no se acuerda,—añade Nico.

—De veras que no me acuerdo,—dice Canuto, rascándose el bigote con el peine.

—¿Tú no te acuerdas de aquella *indiana* que bailaba mucho con *El Guayabero* allá en Palo Blanco, que después se *comprometió* con *Frijolancia*, quien la *dejó* por la *Pollúa*, de resultas de lo cual hubo sus *toletazos*, alcanzando uno *Majuita*... sí, hombre, *Majuita*, que se *enredó* con ella así que se puso bueno del ojo....

—¡Ah, ya sé, ya sé!... ¿Esa es Sinforosa Matalarata?

—¡La misma!—exclaman á un tiempo Ambrosio, Nico y Mamertin.

—¡Caballeros,—dice el jóven trigueño mirando con ojos espantados á los cuatro artesanos,—Vdes. los barberos lo saben todo!

A lo que Ambrosio replica con picaresca intención:

—¡Pues es claro! Los mismos marchantes son los que se encargan de decírnoslo todo. Mire usted: el primero que nos habló de Sinforosa Matalarata fué *El Guayabero*, por quien supimos que era su compañera de baile allá en Palo Blanco. Días después se nos apareció por aquí *Frijolancia* y nos dijo que estaba *comprometido* con ella. Poco tiempo más tarde vino á afeitarse *Majuita* y nos contó la historia de los *toletazos* y de la *Pillúa* y del ojo *abollao*, concluyendo por manifestarnos que se había *enredado* con Sinforosa. Antier vino Vd. aquí, y como Canuto estaba de paseo, no le oyó decir á Vd. lo que dijo de esa misma Sinforosa, confesándonos que le *andaba detrás*. Hoy, sin preguntarle nada á Vd., nos dice que tiene una cita; pues ¡tate! que es con la *mismísima* Sinforosa *publicada* por *El Guayabero*, por *Frijolancia*, por *Majuita* y por Vd . . . Agua limpia, Espumarajo, y prepara la tohalla.

El jóven de la cita parece que tiene la boca llena de pelos, porque no contesta ni *media* palabra.

Figúrate que continúa lloviendo, lector apreciabilísimo.

—¡Qué buena noche me vá á hacer si sigue esta agua!—dice en voz baja el jóven rubio á Nico, su peluquero preferido.

—¡Ah, *perrón*, qué aprovechada te vas á dar con la novia!

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Por lo que tú mismo nos dijiste el sábado pasado; por cierto que nos hiciste á todos la boca agua. ¡Tienes un modo de contar las cosas!

—Jaboncillo, pon agua en la palangana, y coge una copa, y vé por la acera al café de la esquina, y tráete dos reales de *jinkotail*, que el trigueño se va á *gorundear*. ¡Le he dejado una *malangueta* de *riñón!*

—¡Demonio con el agua!—repite el hombre gordo sentándose frente del espejo para que Ambrosio lo afeite.

—Y que lleva trazas de no acabar,—repone Ambrosio colocando el paño al recien afeitado.

—No sabe Vd. el perjuicio que me hace,—prosiguió diciendo en voz baja el gordo;—figúrese que llevo parte en la *partida* que se ha puesto hoy en casa del Licenciado Brujón.

—¿Ese que vive á tres cuadras de aquí?

—El mismo; á ese le damos tres onzas cada vez que jugamos en su casa. Cuando se empezó á jugar, hará una hora, no estaban allí más que el capitán Buñuelos......

—¿El capitán Buñuelos juega?

—¡Como mono! ¿Eso quién no lo sabe?....Pòngame un poco de polvo más en la frente.....eso es..... Pues no estaban allí más que el capitán Buñuelos, el Dr. Higadillo.....

—¿El Dr. Higadillo juega?

—Lo mismo que el capitán Buñuelos.... Hágame la raya más arriba.... Estaba el almacenista de la esquina.

—¿De veras que es jugador D. Sebastian Cuenlanzateguiturricorreamicoerdelechea?

—¡Y *punto de arranque!* Cuando se *calienta* y está de suerte hay que levantar el paño.... El otro era....¿cómo se llama ese empleado que vive á dos puertas de aquí; hombre, uno alto él, buen mozo?... ¡Ah, ya sé! D. Eusebio Cojecandela....

—¿Conque también D. Eusebio?....

—Y bien desgraciado que es para jugar....¡Demonio de agua, no vá á dejar ir otros *puntos* de *primera*, y eso nos va á perjudicar!

—Aquí está el *jinkotail*; creíamos que no vendría en todo el dia este *zopenco* de Jaboncillo.... ¡A beber, caballeros!

—Tome Vd. un trago, dice Mamertin al hombre flaco con cara de bobo acabándolo de afeitar.

El hombre flaco con cara de bobo hace señas dando á entender que no toma.

Mamertin apura su parte y luego se vuelve á su marchante, y le pregunta:

—¿Cómo quiere que lo peine?

El bobo flaco indica, también por señas, que como quiera.

—¿Usa Vd. aceite ó pomada?

El preguntado encoje los hombros como diciendo una ú otra cosa me es igual.

—Le hago la *raya* al medio?

El hombre flaco con cara de bobo mueve la cabeza negativamente.

—¿A un lado?

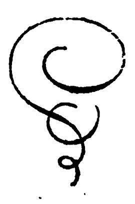
—Sí, responde por señas.

—¿Es Vd. mudo?—le pregunta Mamertín con un acento en que se traslucía la contrariedad.

El individuo con cara de bobo se levanta y dice colérico:

—¡Ave *Madia Pudísima* Yo no soy mudo, pero dice mi *agüelo* que los *baberos* no tienen la *cupa* de *sabé toitico* lo que pasa; que los que tienen esa *cupa* son los que en las *baberías* cuentan *toitico* lo que les *sucee*.

Cesó de llover; acabóse el cuento, y que te aproveche la moraleja, lector querido.



EL ESTÓMAGO Y LOS DIENTES.

FÁBULA.

A DOMINGO MORENO.

El Estómago á los Dientes
Dijo una vez con enfado:
—«¡De sufrir estoy cansado
Sus acciones insolentes!
Si es tan sólo para mí
El manjar que va á la boca,
Mis justas iras provoca
Quien no lo respete allí.
No tienen, pues, en su pró
Razón bastante y cumplida.
Para tocar la comida,
Jamás, primero que yo.
Queda prohibido al punto,
Dientes, porque así lo quiero,
El concurso majadero
De ustedes en este asunto.»

Los Dientes desde ese instante
Cesaron de masticar,
Dejando *entero* pasar
El manjar del querellante.
Quien no pudo la ración
Libremente digerir,
Viniendo al cabo á sufrir
Una fiera indigestión.

Del egoista es reflejo
El Estómago, y á fé
Que ahí lo tiene para que
Se contemple en ese espejo.



MICROBIOS DE LA INSTRUCCION.

En el apostolado de la Enseñanza Pública figura D. Espiridión Necuacuan, y su nombre se halla inscripto en la nómina de los que viven del presupuesto municipal, pues D. Esperidion tiene á su cargo una escuela gratuita.

Ignoro en qué se ocupaba este buen hombre antes de ser maestro, sòlo sé que le dieron ese título y luego la referida escuela en aquella época de triste recordación en que todo se aquilataba en la piedra de toque de la más exajerada patriotería.

D. Espiridion sabe leer, aunque no muy *de corrido*, y también sabe escribir, aunque no con el respeto debido á las reglas de Ortografía.

Por lo demás, suma con los dedos, resta con trabajo, multiplica con tropiezos y *divide*... por mitad á la justicia cuando practica alguna división, aunque solo sea por una cifra, pues hasta el presente no se ha dado un caso siquiera de que don Espiridion haya encontrado un cociente verdadero. Cuando no se equivoca por cartas de más, se equivoca por cartas de

ménos; la cuestión es que, hasta hoy, ninguno de los cocientes hallados por don Espiridion Necuacuan han podido resistir la *prueba* que garantiza la exactitud de la división aritmética.

Ayuda á D. Espiridion en las tareas escolares un jóven á quien los alumnos llaman Señor de Cucurucho, flaco como un espárrago, *prieto* como una ciruela pasa y largo como los pelos que adornan las orejas de don Espiridion.

El Sr. de Cucurucho comenzó á estudiar para sacerdote, pero el diablo metió la pata en forma de una rubia nombrada Martina, y la religiosa vocación del Señor de Cucurucho se evaporó como por encanto, trocándose sus místicos anhelos en el furioso deseo de formar una numerosa sucesión, siendo él y su adorada Martina los factores de la misma.

El deseo era muy mundanal para seguir cursando latin, por lo que el Señor de Cucurucho abandonó los estudios no bien don Espiridion le ofreció por su ayudantía veinte pesos de sueldo, casa, comida y ropa limpia.

—¡Reuniré para casarme!—se dijo el Sr. de Cucurucho después de haber cerrado el trato con don Espiridion.

Conocido ya por los lectores don Espiridion y el señor de Cucurucho, pasaré á darles una lijera idea de los alumnos de la escuela "Santa Culiambia," que tal es el nombre del plantel en que aquellos señores *difunden* los beneficios de la Instrucción.

Asisten por término medio á esa escuela veinte

y dos niños, de los cuales quince son pensionistas. Los demás son *hijos intelectuales* del Ayuntamiento, el que paga por la educación de ellos, todos los meses, cinco onzas de sueldo, dos para alquiler de casa y una para el material, total: ocho onzas mensuales por siete niños pobres.

Los veinte y dos alumnos están divididos en dos secciones, primera y segunda: la primera, á cargo de don Espiridion, la componen los pequeñuelos que están aprendiendo las letras y las sílabas; la segunda, encomendada al Sr. de Cucurucho, la forman los niños que ya saben leer, dan lecciones de memoria, cuando quieren, y asisten al plantel, cuando les dá la gana.

Si place á los lectores, giraremos una visita de inspección á ese templo de la enseñanza.

Penetremos en él y situémonos en un sitio desde el cual, sin ser vistos, nada se nos escape.

Son las diez de la mañana.

D. Espiridion y el señor de Cucurucho acaban de abandonar la mesa en la que han almorzado el contenido de una cantinita que, por haber quedado limpia de polvo y paja, ó en otros términos, completamente vacía, lo cual resulta diariamente tanto en el almuerzo como en la comida, dice con mucha claridad que sus dimensiones no corresponden al apetito de aquellos que se nutren de ella, quienes, dicho sea de paso, no concluyen por comerse la tal cantinita á guisa de complemento, por estar probado que la hoja de lata es inmasticable, intragable é indigerible.

Es la hora de la entrada de los discípulos.

—Buenos dias, don Espiridion; buenos dias señor de Cucurucho, van diciendo los muchachos entrando y tirando sus sombreros en una percha, sin volver la cabeza para ver si quedan aquellos bien colocados ó no.

A las once don Espiridion acaba de fumar su tabaco y entonces con gran calma dice á su ayudante:

—Pase lista.

El Sr. de Cucurucho abre un grasiento libro y comienza, lápiz en ristre, á leer.

—Homobono Tragaldabas.

—Presente,—grita una voz *atorada* por un pedazo de pan.

—Benito Cariburro.

—Presente,—contesta otra de agudísimo falsete.

—Nepomuceno Rabanillo.

—No vino,—responden todos los chicos á la vez.

El señor de Cucurucho hace una marca con el lápiz en el expresado libro y así continúa hasta que concluye de leer la nómina de los alumnos.

—Primera sección, á su puesto. Segunda, á escribir, dice don Espiridion lanzando un bostezo.

Los chicuelos corren á ocupar sus lugares juntos al Director y los más grandecitos pasan al comedor en donde se hallan las mesas de escritura.

El Sr. de Cucurucho reparte las carpetas, dentro de las cuales se halla un cuaderno y una pluma, y después se sienta á una mesita aparte, se le aproxima el chico Benito Cariburro, le entrega disimula-

damente una cartica de la rubia Martina; torna el discípulo á su sitio, abre la citada cartica el señor de Cucurucho, la lee veinte veces y cuando ya se la sabe de memoria la estrecha contra su pecho, la guarda luego en uno de los bolsillos, en seguida se apodera de una novela de Paul de Kock que principiara á leer por la mañana.

De vez en cuando se oye la voz apagada de don Espiridion diciendo: "Silencio y estudien"!

Después el buen maestro continúa dormitando.

De este modo pasa la hora de la escritura. Dan las doce, se guardan las carpetas, sin que el señor de Cucurucho vea las planas hechas, y se constituye la clase de aritmética.

D. Espiridion se desperezа abriendo tamaña boca y como si pidiera un vomitivo dice:

—Vengan Cantuita, Moco de Pavo, Periquito el de los Palotes, Juanico Modorro, Benvenuto Chicharrón, Tiburcio Frijolín, Catano Palucha, Lindoro Picadura y Ciro Rabo de Buey y pónganse de este lado, que les voy á tomar la lección.

Los niños nombrados son pensionistas. Estos, además de dar la lección diariamente, gozan de la prerogativa de obtener permiso inmediatamente de don Espiridion para ir al *patio* no bien levantan un dedo ó dos, segun quiera ir al *escusado* ó á beber agua, pues la presentación de un dedo indica lo primero y la de dos lo segundo.

Los otros niños, dan su lección, ó no, segun el

estado de actividad en que se encuentra el maestro, y con respecto al permiso expresado....

Ahí tienen ustedes á Caralampio Chinchorro. El infelíz, ya van cuatro veces que levanta dos dedos y don Espiridión ni se ha dado por entendido. De repente los muchachos empiezan á decir ¡fo! ¡fo! *Jin, Marin, dedó, pingüé, cúcara mácara, titere fué.*

—¡Tú fuiste!

—¡Fuiste tú!

—¡Fué Timoteo Mameluco!

—Si me lo vuelves á decir te espero en la esquina y te *abollo* un ojo.

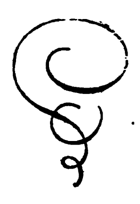
D. Espiridión siente la peste, se fija en la cara de Caralampio Chinchorro, reconoce en ella una satisfacción vergonzante y en vez de calificarse á sí mismo de cruel é inconsiderado, apostrofa al pobre muchacho, llamándolo *puerco, cochino y ordinario.*

Entretanto, ¿qué pasa en la clase del Sr. de Cucurucho?

El señor de Cucurucho, fiel al refrán, "Tal amo tal criado," ó bien "Tal principal tal subalterno," manda á la pizarra á Benito Cariburri, su alumno preferido, le hace resolver un problema esplicándoselo perfectamente, después lo llama junto á sí con cualquier pretexto, y mientras los demás discípulos *sacan* todos una misma *colosal* cuenta de sumar, restar, multiplicar ó dividir, —que es la manera más descansada de dar una clase de aritmética—él sostiene un animado diálogo con Cariburro, primo de su adorada Martina.

En las otras clases don Espiridión y el Sr. de Cucurucho se manifiestan de igual modo, y así continuarán hasta que falte un mes para los exámenes. Entonces don Espiridión hará el sacrificio de ser activo, constante y asíduo, el señor de Cucurucho no pensará tanto en su Martina, y ambos, Director y Ayudante, confeccionarán un *pastel escolar* que se lo tragará entero la Comisión Municipal encargada de presidir aquellos actos.

¡Pobre Instrucción Pública, cuántos Espiridiones Necuacan y cuantos señores de Cucuruchos tienes en tu seno!



Á CLAUDIO BRINDIS DE SALAS.

SONETO.

Claudio Brindis, las glorias terrenales
Te han tejido riquísima corona,
Rindiendo al génio que felíz te abona
Un tributo de nobles ideales.
Tu nombre entre los nombres inmortales
Repitiéndose está de zona á zona;
La egregia fama sin cesar pregona
Tus espléndidos triunfos musicales.
Todo has podido conseguir en vida
Halagando dulcísimos anhelos
Con el *arco* en tu mano bendecida,
Ese *arco*, el amor de tus desvelos,
Llave que marcha á tu existencia unida
Para abrirte la puerta de los Cielos.



¡FATALIDAD!

Corrían los tiempos en que se hacía una guerra desastrosa en Cuba.

El dia anterior á aquel en que tuvieron efecto los hechos que voy á referir, se había verificado un encuentro entre las tropas del Gobierno y los insurgentes en los campos denominados "Pedregales", inmediatos al pueblo C. habiendo sido dispersados los últimos, después de un tiroteo que hizo numerosas bajas, tanto en un bando como en el otro.

Serían las ocho de la mañana siguiente cuando se presentó en un *platanalito* adlátere á una húmilde casa de guano, situada á un poco más de dos leguas del lugar del encuentro expresado, un hombre como de veinte y ocho á treinta años, vestido con el trage que usaban los insurrectos.

Caminaba sigilosamente y con frecuencia volvía la cabeza como para convencerse de que nadie lo seguía.

Así llegó al extremo del citado *platanalito*.

Un pequeño patio sembrado de flores lo separaba de la referida casa.

Antes de abandonar aquel lugar para atravesar el patio mencionado, y en el que había de quedar al descubierto, arrojó una postrer mirada de inspección al campo que le rodeaba. Nada vió que le inspirase temor, porque resueltamente cruzó el patio y penetró en la casa.

—¡Juan, querido Juan!—exclamó una mujer jóven y bella levantándose del asiento que ocupaba después de echar á un lado el sombrero que tejía y corriendo presurosa al encuentro del recienllegado.

—Matilde, mi adorada Matilde!—respondió el hombre estrechando contra su seno á la jóven aquella.

—¿Y mi Arturo, donde está mi Arturo?—preguntó Juan con el rostro resplandeciente de alegría.

—Psi,-contestó Matilde, haciendo una graciosa señal á Juan para que bajase la voz;—está durmiendo en su cuna allá en la *barbacoa*. Pasó muy mala noche y lo he puesto ahí para que nadie interrumpa su sueño.... ¡Pero dos meses sin verte, querido esposo!

Y Matilde al decir ésto se arrojó de nuevo en los brazos que Juan le abriera con extremada muestra de cariño.

Aquel amoroso éxtasis fué interrumpido por el ruido de muchas pisadas.

Asomóse Matilde á la puerta, y pálida como un cadáver se volvió rápidamente y le dijo:

—Huye, Juan, ocúltate donde quiera; ahí viene la tropa.

Juan vió una escalerita convenientemente colocada para subir á la *barbacóa* y en un segundo se trasladó al sitio aquél.

Matilde quitó la expresada escalerita del sitio en que se encontraba y la tendió en el suelo.

Acababa de ejecutar esta operación cuando resonó un golpe en el marco de la puerta y en seguida una voz que dijo:

—¡Eh, de casa!

—Adelante, contestó Matilde.

Penetraron un oficial y cuatro soldados.

El resto de la tropa tenía rodeada la casa.

El oficial saludó cortesmente á Matilde.

—Señora, —le dijo con respetuoso acento,—tenga la bondad de excusarme la práctica de un registro que bien sabe Dios lo penoso que me sería. Dígale á su esposo que se entregue al Gobierno.

—Caballero, —respondió Matilde más muerta que viva, —hace dos meses que no sé de mi marido. En cuanto al registro que me anuncia, fácil le será llevarlo á cabo: la casa es muy pequeña.

—Paso, pues, á cumplir con mi deber y perdone usted, señora.

El registro no podía ser más fácil, según había dicho Matilde. La casa solo se componía de una sala y un cuarto.

En tanto que el oficial, jóven de arrrogante figura y en cuya mirada se retrataban la nobleza y el valor, practicaba el registro expresado, un drama verdaderamente terrible se verificaba en la *barbacoa*.

Juan con el oido atento á lo que el oficial decía, se hallaba de pié junto á la cuna de su hijo, cuyo intranquilo sueño se manifestaba por los febriles movimientos que hacía.

—¡Si despierta soy perdido! – murmuró Juan con la frente cubierta de angustioso sudor.

En aquel instante el oficial salía del cuarto diciendo casi con satisfacción:

—Me retiro convencido de que Juan no se halla aquí. A los piés de usted, señora, y perdóneme, le repito,—agregó mirando con suplicante expresión á quien sus anteriores palabras habían hecho elevar los ojos al cielo en acción de gracias,—perdóneme le repito, la acción que he ejecutado en cumplimiento de mi deber.

Se inclinó y después hizo una señal á los soldados para que lo siguiesen.

Ya iba á traspasar el umbral de la puerta cuando oyó un débil grito y á continuación un sollozo.

El oficial se detuvo y fijó su vista en el techo de donde había oido salir aquel grito y aquel sollozo.

—¿Qué significa esto?–preguntó prestando atención.

Se oyó un segundo grito más penetrante que el primero.

Matilde, con el rostro completamente demudado se dejó caer de rodillas y extendió los brazos al oficial en actitud suplicante.

Uno de los soldados levantó la escalera del suelo, la recostó en la pared y luego se inclinó como di-

ciéndole á su jefe. "He adivinado sus intenciones y me adelanto á servirlo."

El oficial subió tres peldaños y quedóse extático ante el cuadro que se ofreció á su vista

Juan con el cuerpo doblado sobre la cuna de su hijo,-quien al despertar había lanzado el gemido y después el grito que oyera el oficial,—con los cabellos erizados y con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el niño, hacía señal á éste con el dedo en los labios de que se callase. Parecía la estátua del terror, á la vez que la representación del ruego y la imágen de la desesperación.

Ante aquel supremo dolor, el oficial vaciló. Volvióse para los soldados y vió la curiosidad pintada en el semblante de todos ellos. El deber se sobrepuso á la conmiseración y dirijiéndose á Juan dijo con voz lijeramente velada por la emoción:

—Dése usted preso en nombre de la Ley.

Juan se repuso, lanzó sobre su hijo una mirada de indefinible expresión, en seguida lo besó en la frente y revistiéndose de serenidad abandonó aquel sitio en el que hubiera encontrado su salvación si su inocente Arturo no lo hubiera denunciado.

—¡Adios, Juan, adios, esposo mio!—gritó Matilde cayendo sin conocimiento en el piso.

El oficial se enjugó una lágrima y salió seguido de Juan.

Horas después se formaba el terrible cuadro en que debía ser fusilado el pobre marido de Matilde.

Al ser conducido á dicho cuadro se le aproximó el oficial que lo había capturado y le dijo:

—Juan, perdóneme: la voz del deber pudo en mí más que la lástima: ésto no se opone á que, como un hermano, le ofrezca cumplir fielmente su última voluntad.

El desventurado Juan miró al oficial con gratitud y le contestó:

—El favor que le pido es que sea usted hermano de mi adorada Matilde.

El oficial se inclinó.

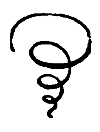
El sentenciado prosiguió la fúnebre marcha y un instante después el cielo se abría para recibir su alma.

Al siguiente día el oficial fué á la casa de Matilde.

Arturito había muerto á la misma hora que su padre.

Matilde tiene hoy dos hermanos que han logrado á fuerza de cariño borrar algún tanto de su memoria aquel día de prueba tan dolorosa.

Esos hermanos son: el oficial y su digna esposa.



LA MANZANA.

Indignado Satán porque en el mundo
Los hombres se miraban como hermanos,
Inspirándose todos en los sanos
Principios de un amor grande y profundo,
Esa unión, implacable é iracundo,
Arrebatarles quiso á los humanos,
Triunfantes hasta allí de los tiranos
Esfuerzos de aquel genio furibundo.
Al efecto con hórrida porfía
Descubrir se propuso un gran venero
De terribles discordias cada dia;
Y al fin lo consiguió, pues placentero
Acabó con la unión y la harmonía
Poniendo entre los hombres el dinero.

BILLETES DE FUERA
Y OTRAS MENUDENCIAS

Lector, le apuesto un billete de la lotería de Madrid, ó de Louisiana....

—La venta de esos billetes está prohibida aquí en Cuba, Sr. Articulista.

—¿Prohibida?

—Sí, señor; el Gobierno General de la Isla ha prohibido la venta de esos billetes. ¿A qué no oye usted pregonarlos?

—Y es verdad!.... ¡Cáscaras!....
¿Quién diablo se había de sospechar?... Pero.... ¿dice usted que nadie los pregona?

—Y lo repito. ¿Cuándo oye usted gritar á los billeteros: ¡Aquí van los de Madrid, aquí van los de Louisiana!

—Es verdad que no, pero....

—¿No hay pero que valga, Sr. Articulista!

—Es el caso....

—No hay que objetar nada á lo dicho: está próhibida la venta de esos billetes, y, por consiguiente, nadie los pregona.

—¡Pero, lector queridísimo, por los clavos de Cristo, déjeme concluir!

—Diga.

—Pues digo que la venta de los tales billetes está prohibida y *requeteprohibida* y cuanto usted guste, pero el caso es que esos billetes se pregonan.

—No es cierto.

—¿Que nó?... Oiga usted al billetero ese que va por la acera de enfrente.

—Ya lo oí. *Cantó* el setenta y siete mil novecientos catorce.

—Me alegro de que se le haya quedado impreso ese número.

—¿Por qué?

—Porque si llevamos á cabo la apuesta que le he insinuado, y quiere usted que ella consista en un billete de Louisiana, escojeremos ese número que está gritando Louisiana á voz en cuello, pues ni la lotería de la Habana, ni la de Madrid llegan á tan elevada cifra. Ya ve usted, pues, como se pregonan los billetes de la lotería de Louisiana.... Pero por allí viene otro billetero. ¿Oye usted lo que dice?

—Sí, dice que "mañana *se tumba*"

—Pues, lector amigo, ese pregón equivale á este otro: "¡Aquí llevo billetes de Madrid!" puesto que todo el mundo sabe que ayer se jugó la lotería de la Habana,

—Me ha partido usted por el espinazo, Sr. Articulista. ¡Oh, cuán ciertas son las palabras de Cristo: "Tienen ojos y no ven, tienen oidos y no oyen"

—Pero, volvamos á la apuesta indicada, amable lector.. Apuesto el setenta y siete mil de marras ó uno de los que mañana se *tumban*, á que usted conoce un tipo, ó dos, iguales á D. Fabriciano Casianimal que voy á tener el gusto de presentarle.

—Voy á que no.

—¿Vaya un Louisiana ó un Madrid?

—Va un Madrid que al fin es del *patio*.

—Pues *apriete*, y échese al coleto las siguientes líneas:

*
* *

D. Fabriciano Casianimal vive en la calle de los Trapitos número.... sépalo Dios, pues el último ciclón cargó con la plancha de hierro que se hallaba al frente de la casa en que habita D. Fabriciano, plancha que ostentaba la numeración que á dicha casa correspondía.

D. Fabriciano es casado, tiene seis hijos y está colocado de cobrador en yo no sé que Empresa que le paga un sueldo de dos onzas mensuales

La afición que D. Fabriciano muestra por los animales raya en delirio, siendo de advertir que esta afición va en aumento cada dia y á proporción que se acentúan más las necesidades de aquella familia.

Doña Antígona,–que así se llama la mujer de D. Fabriciano,–pone el grito en el cielo cada vez que éste entra por la puerta de la calle cargado, bien con

un mono, bien con un chivo, bien con un pájaro, bien con un gato, bien con un majá, etc. etc.

—¡Pero, Fabriciano de todos los demonios,—le dice Doña Antígona,—no puedes con las bocas que tienes que llenar y sin embargo te traes ese animal mas! Ya estoy hasta los ojos de perros, gatos, chivos, pájaros, culebras, ardillas, *jicoteas*, *jutias*, y demás *cáfilas* de animales con que has *atestao* la casa. No falta más sino que nos eches á la calle, pues ya no cabemos aquí.

—Te prometo que esta grulla será el último animal que traiga.... ¡Mírala, Antígona, mírala que bonita es!

—¡Jesús, si eso parece un *garabato!*

—¿Qué entiendes tú de bellezas zoológicas?

—Lo que yo entiendo es que *toos* esos animales comen como rayo y que aquí se está poniendo la cosa de chivo cojo.

—Pero, mujer, si estas pobrecitas almas de Dios se mantienen con *sobras*.

—¿Con *sobras* de qué?

—Con *sobras* de comida.

—Es que aquí no *sobra* nada, al contrario, aquí falta. Los muchachos me están comiendo por una pata.

—Bueno, bueno, ya veremos eso.

Así termina diciendo siempre D. Fabriciano, y el remedio que aplica al mal es volverse á aparecer á los seis ú ocho días con un nuevo animal.

Hay ocasiones en que la pobre Doña Antígona

se arrojara al pozo, si no fuera tan buena cristiana como es, y esas ocasiones son aquellas en que se *alborotan* los muchachos y los perros, y los gatos, y los pájaros, y los chivos, y las *jutías* y el demonio y la capa pidiendo algo que mascar.

Aquella casa se transforma en un infierno con tanto ¡Ji, ji, yo quiero pan! ¡Ji, ji, yo tengo hambre! ¡Miau! ¡Jau, jau! ¡Bé! ¡Méeee! y la mar de trinos, ahullidos, bostezos y demás manifestaciones de un apetito tan justificado como intransigente.

Por supuesto que penetrar en casa de D. Fabriciano es penetrar en un *chiquero*; tal la tienen de sucia y apestosa sus queridos animalitos, exclusivo tema de la conversación de aquel buen señor, tan digno de un diluvio que se limitase á cargar con él y su Arca, trasportándolos á cien leguas más allá del monte en que se detuvo la que le sirvió de refujio á Noé, y á su familia, y á los progenitores de los peros, gatos, chivos, *jutías*, *jicoteas*, culebras, ardillas, grullas, cigüeñas, etc. que constituyen las delicias de D. Fabriciano, el monomaniaco Noé de la época presente.

Pero para todo hay remedio ménos para la muerte.

Las *estrecheces estomacales* que se están pasando en la casa de la calle de "Los Trapitos" número.... ni se sabe, serán las que al fin y al cabo habrán de poner término á la punible inconsideración de D. Fabriciano.

Ya se están viendo los principios.

Mono de D. Fabriciano que coje el tejado, ni *frito* vuelve á la casa.

Chivo de D. Fabriciano que coje la puerta de la calle.... creo que se embarca para Cayo Hueso, porque nadie lo vuelve á ver por la Isla.

Pájaro de D. Fabriciano que se salga de la jaula, ojos que lo vieron ir. Ya puede jurar que ellos no harán lo que las golondrinas de Becker: ¡ellos no volverán!

Días pasados uno de los perros de D. Fabriciano le dió un hambriento mordizco á la cadena que lo aprisionaba y rompió uno de los eslabones de la misma. El animal se fugó por el caño, fué á parar á la cloaca y, según carta que escribió el mismo á D. Fabriciano, el pobrecito se halla resuelto á acabar allí sus dias á fin de no oir hablar siquiera de la casa de la calle de Los Trapitos.

Dª Antígona, por su parte, tuvo una felíz idea ahora días, idea que ha llevado dos veces al terreno de la práctica, y cuya repetición dará al traste con el *dichoso* Museo de su *animalado* esposo.

Una mañana se había amanecido en aquella casa con real y medio. Los muchachos pedian pan y los chivos y las jutías y los perros, y los pájaros y las grullas &, formaban un concierto atronador, en el que dominaba la sensible nota del hambre. D. Fabriciano no vaciló: compró medio de pan para sus hijos y un real de harina de maíz para los animales. Hecha esta distribución se retiró muy tranquilamente á sus quehaceres callejeros.

Escuso decir que los muchachos no quedaron ni medianamente satisfechos.

¿Sí?-se dijo Dª Antígona, presa de maternal indignación,—ahora verán ustedes.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo le apretó el pescuezo á una grulla, le arrancó las plumas, la destripó, la hizo cuartos, la puso en una gran cazuela al fuego y ¡qué *panzada* de grulla se dió aquella pobre gente!

Cuando Fabriciano regresó á su casa, supo por boca de su mujer y de sus hijos que la referida grulla había tomado las de Villadiego.

La idea de Dª Antígona agradó sobremanera á los muchachos, y tres dias después dos *jutías* corrieron la misma suerte de la grulla.

Dª Antígona y sus hijos se hallan firmemente resueltos á concluir con la *cria*, y puede el lector estar seguro de que hasta los monos y las culebras irán á la cazuela, si antes por su propia voluntad no abandonan aquella casa, en la que todos, personas y animales, han dado ya el fatal grito de ¡sálvese quien pueda!

—Lector, ¿cuántos tipos parecidos á D. Fabriciano conoce usted?

—Conozco media docena de ellos.

—¿Sí, eh? pues venga uno de esos billetes de lotería cuya venta está prohibida y sin embargo se venden y se pregonan.

¡FUERA LA NIEVE!

A NICOLAS HEREDIA.

Ya ustedes han visto que
llevó en Cuba el otro día....
Yo les juro por mi fé
Que esto ha sido un crímen de
Lesa Climatología.

Cuba, tierra que en la zona
Tórrida se encuentra ufana
En donde el calor blasona
De ser el que solo abona
La hermosa tierra cubana.

En donde hierve la mar
Junto á las playas que borda,
En donde puedo afirmar
Que si se llega á engordar
Se suda la gota gorda;

En donde el amor es *llama*
Y el oro *luz* que desvela,
En donde *ardiente* se ama,
En donde el hombre se *inflama*,
Y es la mujer de *candela*.

¡Qué aberración, Dios eterno!
¡Qué contraste singular!
Pero, ¿qué ha hecho el Gobierno
Que no ha mandado al invierno
Sus ímpetus moderar?

Protesto con fiero humor
Contra aquel que *desatraca*
A Cuba de su calor,
¡No, señor, y no, señor,
Y de aquí nadie me saca!

¿Que así como así, tan solo,
Y sin precedente igual
Prevaliéndose del dolo
Se quiere llevar al Polo
Una tierra tropical?

¿Quién con la Asimilación
Esplicar quiere el enredo
De esta grande variación?
¿Usted? Pues esa razón
A mí se me importa un bledo.

Que á mi opínión aferrado
Le diré con entereza
Que está por demás probado
Que al hombre marchar no es dado
Contra la naturaleza.

El calor se opone al frio,
Éste se opone al calor;

¡Y así quiere hacer un lío
Del Invierno y del Estío
El buen asimilador!

Vamos, usted se propasa,
O su lógica no es buena:
¿Ignora usted lo que pasa
Con lo del loco en su casa
Y lo del cuerdo en la agena?

Además y, francamente,
Con esa práctica *anfibia*,
¿Qué ganará lo existente,
Si lo frío y lo caliente
Forman juntos cosa tibia?

Rechazo, pues, tal razón,
Y con otra de más peso
Contrareste mi opinión,
Porque la asimilación
Entiendo yo que no es eso

En tanto quiero que igual
Siga mi tierra galana
Con su clima tropical,
No quiero ser esquimal
Porque no me dá la gana.

¡Fuera la *nieve* de aquí,
Que se marche desde luego
Al Polo y se aguante allí;
Cuba es fuego, y nunca ví
Juntos la nieve y el fuego!

UNA Y POR UN OJO.

Yo no sé como demonios supo Doña Cipriana que yo había resuelto ir á la Habana; la cuestión fué que se me presentó la víspera del día en que había de llevar á cabo dicho viaje, diciéndome:

—Vecino, me vá usted á hacer un *favol* que le voy á *agraecel toitica* la *vía*.

—Tome usted asiento, Doña Cipriana, y dígame en que puedo serle útil.

—Dios se lo pague y *ascúcheme* un momentico. Es el caso, *creatura*, que yo tengo que *dil* á la *Bana* por precisión. Ya debía de haber *dio*, porque es una *escretura* que tengo que *afirmar*, y *too* el mundo está esperando por mí para hacer la repartición.

—Su salud, tal vez en mal estado, le habrá impedido efectuar el viaje, ¿verdad?

—No, mi salud es buena; quitando esta pierna que á veces se me pone como una botija. Lo que no me ha *premetío* hacer el viaje es.... mire, échese *pacá* que no me gusta *decil* ciertas cosas con voz *dura*.

Me figuré que Doña Cipriana me iba á confesar que no había tenido dinero para emprender el viage, por lo que presentí un *sablazo* de contra filo.

Sin tiempo para ponerme en guardia, aproximé mi rostro al de Doña Cipriana, y ésta, después de arrojar una mirada á su alrededor, como para convencerse de que nadie más que yo la había de oir, me dijo con voz apagada:

—¡Ese rayo de Manuel García tiene la culpa!

—¿Y qué tiene usted que ver con ese bandolero? - le pregunté mirándola con extrañeza

—*Naitica*, pero tampoco quiero que él tenga que ver conmigo *pa* na.

—Explíquese, Doña Cipriana.

— Pero, hombre de Dios, ¿no ha oido usted *decil* que ese *condenao* está *descarriando* trenes?

— Sí, ¿y qué?

—¿Cómo y qué? ¿Y si se le antoja *descarrial* al tren en que yo vaya y se arma la *de no te menees*?

—¿Con que por ese motivo no ha ido usted á la Habana?-le pregunté alegremente, pues mis presentimientos habían resultado falsos.

—¿Y se ríe usted, vecino?

—Dispénseme, Doña Cipriana, y vamos al asunto. ¿Qué favor espera usted de mí?

—De que me acompañe y no se me separe de mi *lao* mientras estémos en el tren. Mire, vecino, sólo de pensar en ese maldito hombre ya estoy hecha una *temblaera*.

—Tranquilícese usted, señora. El camino está

vigilado por la guardia civil, lo mismo que los paraderos. Por lo demás con mucho gusto la acompañaré y no me separaré de su lado

—¡Ah, vecino, cuánto le voy á agradece el *favot!* Ahora *mesmito* le voy á encargar al sereno que me llame temprano *pa* estar lista *pa* cuando usted me avise. Dios se lo pague, vecino.

Y Doña Cipriana se separó de mí repitiendo sus bendiciones.

Al día siguiente, á la hora oportuna, mandé á preguntar á Doña Cipriana si se hallaba dispuesta á emprender la marcha, me dijo que sí y pasé a buscarla en un coche.

Confieso en honor de la verdad, que por más que no quise, ó hice que no quería aceptar, Doña Cipriana me entregó el importe de su pasaje.

Nos instalamos en el carro, uno junto al otro.

Sonó la campanilla, retumbó el pito de la locomotora, el tren se puso en movimiento y Doña Cipriana, después de santiguarse, dijo:

—Que Jesús me valga y Santa Rita no me abandone.

¿Quién era Doña Cipriana, preguntan los lectores?

En dos brochazos haré su retrato.

Doña Cipriana era una señora que había nacido en una finca algo distante de Matanzas. En esa finca se había criado, se había casado, y se había quedado viuda, después de lo cual, viéndose sola en el mundo, pero no desamparada, pues sus padres y el *difunto*

le habían dejado *alguna cosita*, creyó conveniente irse á vivir á la ciudad, ocupando una casa próxima á la mía.

Era vieja, lo que constituye una calamidad.

Era fea, lo que equivale á dos calamidades.

Era ridículamente nerviosa ... apunten ahí un monton de calamidades.

Poco antes de llegar á la Mocha me apretó fuertemente un brazo y me dijo:

—¡Ay, vecino!

—¿Qué le pasa, Doña Cipriana?

—Mire aquellos tres hombres á caballo que vienen por aquel palmar.

—¿Qué tienen esos hombres?

—¡Ellos son, vecino!

—¡Qué disparate, señora!

—Mire, mire, creo que uno apunta *,paquí* ¡Yo me muero!

—Ese hombre está espantando la vaca aquella con un palo.

—Por Dios que hubiera *jurao* y *retejurao* que ese *condenao* estaba apuntando con una escopeta *pa* este *lao*.

—Papeleta para la Mocha—pasó repitiendo el conductor.

—¡Ay, Dios mio!-murmuró Doña Cipriana.

—¿Qué tiene, Doña Cipriana?

—Que por la Mocha fué el negocio.

—¿Qué negocio?

—El del *descarriamiento* en que mataron al conductor.

—Vuelvo á decirle que se tranquilice, Doña Cipriana: la línea se halla muy bien custodiada.

Después de un minuto de parada, el tren se puso de nuevo en marcha.

—Papeletas para el Aguacate,-pidió el conductor.

—¡Santa Rita me valga! Ahí fué, ahí, ahí mismito; ahora me acuerdo perfectamente. ¡Ay, Dios, maldita sea la hora en que se le antojó al *piecuraól* mandarme á llamar *pa* firmar esa *escretura* del diablo!

Los viajeros no oían lo que decía Doña Cipriana, pero los gestos que la misma hacía acabaron por llamarles la atención no tardando en brillar burlonas sonrisas en los labios de todos.

Me encontré violento.

En ese instante el tren descendía por una rápida pendiente y la velocidad con que andaba por tal motivo era causa de que los carros se moviesen más de lo ordinario.

A mala hora.

No bien notó Doña Cipriana aquel descompasado jamaqueo, se arrojó á mi cuello con los brazos abiertos gritando:

—¡Vecino, nos *descarriaron*!

Los pasajeros no se pudieron contener á la vista de la acción de Doña Cipriana, y en tanto que unos se reían locamente celebrando la ocurrencia de la vieja, los otros, los más graves, me enseñaban los pu-

ños en son de amenaza, creidos de que yo estaba provocando los escesos amorosos de Doña Cipriana.

—Señora, suélteme usted, señora, tranquilícese usted, señora que me aprieta usted demasiado,–decía yo con sofocado acento haciendo inútiles esfuerzos por quitarme aquella vieja de encima.

—¡No me maten, no me maten! ¡Socorro! Manuelito García por tu *mae!* !Santa Rita, te hago la promesa de vestirme de cañamazo!

—¡Señora, me ahogo! ¡Señora, que me clavado usted un alfiler en la punta de la nariz!

El demonio de la vieja no soltaba.

Me sentí con ganas de morder.

Sonó un pitazo y el tren se detuvo.

El maquinista iba á llenar de agua el estanque del carro alijo.

Doña Cipriana levantó la cabeza, miró á uno y otro lado, y al ver que el tren se había detenido en mitad del campo, dió por hecho el descarrilamiento.

La infeliz lanzó un gemido y se desmayó.

Al verme libre de ella abandoné el tren y regresé á pié á la Mocha.

Por aquí comprenderán ustedes la disposición de ánimo en que me había dejado Doña Cipriana á quien Dios confunda.

Amen.

EPISTOLA.

Al Señor Excelentísimo
Hoy Ministro de Ultramar,
Me cabe el honor grandísimo
De escribirle afectuosísimo
En estilo epistolar.

Mi respetable Señor;
Me alegraré que al recibo
De ésta, que escribo al vapor,
Con salud se encuentre y por
Demás firme en el estribo.

(Metáfora muy común,
Que aclararé sin misterio)
"Firme en el estribo" es un
Decir.... que no venga algún
Cambio en ese Ministerio.

Por aquí estamos muy mal,
Y vá la cosa en peor;
Es raro quien tenga un real;

La pobreza es general
Y el hambre.... tambor mayor.

El azúcar.... por el suelo,
El trabajo.. . por el lodo,
Las monedas.... por el cielo,
Y la Hacienda.... con el celo
De *ejecutarnos* por todo.

¡Contribución por aquí,
Contribución por acá,
Contribución por ahí,
Contribución por allí,
Contribución por allá.

¡Qué angustiosa situación,
Oh, Ministro de Ultramar,
Con la fiera indigestión
De la gran contribución
Que tenemos que pagar!

El pueblo confía en Vuecencia
Y con motivos confia;
Sea, pues, vuestra Excelencia
La segunda Providencia
De esta pobre Cuba mia.

¿Cuba dije....? Le respondo
Que así no está bien nombrada
Esta tierra, y no me ahondo,
Pues una cuba sin fondo
No es cuba sino cabada.

La Perla de las Antillas,
Es una Antilla sin perlas
Le han metido en las costillas
Númerosas cuentecillas
Falsas que no hay más que verlas.

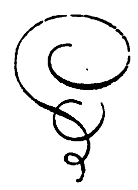
Y tantas ya le han metido,
Que en *rosario* extraordinario
Mi Cuba se ha convertido
Con cuentas que nunca han sido
De cuentas de su *rosario*.

Existe una Ley de Imprenta ...
(Detente, querido estro;
Mira que allí se presenta
El señor Fiscal, y cuenta
Que detrás viene el secuestro)

Hay un Banco Colonial....
(¡Santo Dios, de este no hablo!)
Con franqueza sin igual
Le diré, Señor, que al tal
Tengo más miedo que al diablo.

Perdonad ¡ay! si le asedio
Con mi sincero relato:
Noble es Vuecencia y el medio
Buscará para remedio
De este vivir tan ingrato.

Se darían los corazones
Mil lisonjeras albricias
Mirando en estas regiones
Las *menos* contribuciones
Y las *mayores* franquicias.



HISTORIA PURA.

Si no mienten las Crónicas, resultó que Bienvenido Escabeche, marido de Ruperta Ayuará se sacó un premio de dos mil quinientos pesos á la lotería de la siempre fiel.

Esto nada de estraño tiene: Bienvenido y Ruperta son hijos de Dios, como cualquier idem de vecino, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

Jamás habían visto tanto dinero junto ni el uno ni el otro, ni tampoco Curinga, *muchachona* de diez y siete primaveras, único vástago de aquel lejítimo matrimonio, y conste que al llamar legítimo al matrimonio de Bienvenido y Ruperta no miro de reojo á nadie, que en esto de matrimonios hay donde escoger desde el civil hasta el morgamático, y desde el canónico hasta el de por detrás de la sacristía.

Me parece que he dicho algo.

Bienvenido se ocupaba en revender localidades teatrales, en repartir invitaciones para entierros y,

según las circunstancias, en distribuir *entre sus amistades* los billetes de lotería que á *mitad de pescuezo*, quiero decir, á mitad de gabela, le daba un colector, ó subcolector, ó yo no sé quien que tenía la obligación de expender los tales billetes al costo.

Me parece que sigo diciendo algo.

El pobre Bienvenido, cuando vió que su *pedacito* de á medio peso tenia el número premiado con los doscientos mil pesos, se puso intensamente pálido y en seguida sintió unos espantosos retortijones de tripas.

—Rup.... Rup.... Rup ...!–dijo sin poder concluir de llamar á su mujer.

—¡Me muero!—gritó al fin apretándose el vientre con ambas manos, sin soltar, por supuesto, el billete ni la lista.

—¡Vírgen del Cármen, qué le pasa á mi Bienvenido!–exclamó Ruperta, abandonando la cazuela que estaba fregando y corriendo al sitio en que se hallaba su esposo.

—¡Papá, papá!-gritó Curinga, cesando de torcer cigarros y yendo presurosa al lado del autor de sus dias.

Bienvenido se sintió aliviado; pidió agua trajéronsela, bebió un trago y repuesto algún tanto, volvió á mirar la lista, luego el billete, para tornarla á ver de nuevo y en seguida otra vez el billete.

Persuadido al fin de que no se había equivocado, abrió los brazos á su mujer y exclamó:

—¡Ruperta, me la saqué!

—¿Cuánto?–preguntaron á un tiempo Ruperta y Curinga arrojándose en los brazos de Bienvenido.

—Doscientos mil.... nó, nó, doscientos mil nó, rectificó prontamente Bienvenido, pareciéndole que el cuerpo de su mujer y de su hija se doblaban bajo el peso de aquella cantidad–doscientos mil, nò; cinco mil.... tampoco cinco mil.... dos mil quinientos, eso es, dos mil quinientos, Rupertica y Curinguita de mi vida!

—¡La Vírgen del Cármen me oyó!–repuso Ruperta con los ojos radiantes de alegría.—Le ofrecí vestir su hábito seis meses si me daba un buen *pico* y miren como me oyó.

Curinga batió palmas y añadió:

—¡Qué bueno; cambiaremos de muebles, con eso no se volverá á caer Pachin, como resultó las otras noches, que en lugar de sentarse en el sillón segun acostumbra hacer, se sentó en una de las sillas, las que están de *mírame y no me toques*, y *por poquito* se quiebra el espinazo de la *caida* que se dió.

Tales fueron las primeras impresiones que causó la suerte referida en aquella familia.

Media hora despues Bienvenido guardaba en uno de los más oscuros rincones de un escritorio viejo un rollo de billetes de banco.

Al dia siguiente los muebles de la sala, consistentes en seis sillas cojas, dos sillones remendados y una mesita, que por necesidad tenía que estar arrimada á la pared, pues de lo contrario se iba contra el suelo, se sustituyeron por una docena de sillas,

cuatro sillones, un sofá y una consola, todos de reluciente caoba.

Ruperta hizo entrega de la cocina á una morena para el oficio, por veinte pesos al mes.

Bienvenido, que acostumbraba á sentarse por la tarde en seno de camisa en la ventana de su casa, se presentó aquella tarde en dicho lugar con la levita puesta y ocupando uno de los sillones recien traidos de la mueblería.

Cuando á la hora de costumbre llegó Pachin, novio de Curínga, como habrá adivinado el lector, se sorprendió del cambio operado en la casa. Por terminante órden de Bienvenido á nadie se había dicho, ni se tenía que decir, el favor que debían á la fortuna.

—Oiga, Pachin,–dijo Bienvenido interrumpiendo la conversación que sostenían los novios: —Usted me dió el plazo de un año para casarse con Curinga; faltan siete meses para cumplirse ese plazo; ¿qué le falta á usted para *redondearse*?

Ante esta salida tan inesperada, Curinga abandonó el asiento que ocupaba y Pachin se quedó como quien vé visiones.

—Conteste con franqueza,–insistió Bienvenido.

Pachin después de varios tragos de saliba contestó:

—Hombre, yo me proponía reunir tres mil pesos para el matrimonio.

—¿Cuánto tiene ya guardado?

—Hombre, tendré unos cuatrocientos pesos.

—¿Cuatrocientos nada más? Es muy poco. Sin embargo; cásese cuando quiera, quédese á vivir en la casa y yo respondo de lo demás. ¡Ah!...si supiera usted de buenos negocios por ahí, como compras de casas, hipotecas, ventas en pacto, descuento de pagarés, dar dinero sobre prendas, &, avíseme, yo me encargo de comprar, dar á interés, descontar, &, &.

Pachin creyó ver un cielo abierto y ofreció casarse antes de un mes con Curinga.

Resuelto Bienvenido á emprender en *grande escala* con su *capital*, hizo publicar en los periódicos un anuncio igual en su fondo al encargo que hiciera á su futuro yerno con respecto á compra de casas, hipo tecas, &.

Bienvenido con su bata y gorra vistosísimas se pasaba los días dentro de la casa esperando proposiciones.

Aquella casa era un entrar y salir constante de corredores, agentes, notarios, &.

Allí no se oían más que éstas ú otras parecidas palabras.

—Necesito treinta mil pesos; hipoteco cuatro casas.

—Las veré,-contestaba Bienvenido.

—Vendo diez acciones de tal ferrocarril.

—¿Cuánto?

—Tanto.

—No me conviene.

—Hé aquí un pagaré con dos firmas de primera.

—¿De cuánto es?

—De diez mil pesos.

—Venga luego por aquí

—Vendo la casa tal.

—¿Cuánto?

—Quince mil, oro, al contado.

—Conozco la casa: no me conviene.

—Tengo mil bocoyes mascabado de primera; necesito quinientas onzas al momento.

—Venga á la tarde.

—No; ha de ser ahora.

—No puede ser, tengo á mi corredor en plaza y espero noticias.

—¿Ya vió las cuatro casas que le hipoteco por treinta mil pesos?

—Sí, pero no me conviene ese negocio.

—Vengo á saber su resolución acerca del descuento del pagaré de diez mil pesos.

—No me conviene ese negocio.

—Buenos días, Sr. D. Bienvenido. Aquí vengo á que me dé seis pesos dejándole empeñada esta sortija.

—Te daré cinco, y ya sabes, á real por peso.

Quince días después de la lotería, Pachin y Curinga se casaban, apadrinándolos Bienvenido y Ruperta. El nuevo matrimonio se instaló en la casa de los padres de la novia.

Los corredores, agentes, notarios, &, continuaban yendo y volviendo á la morada de Bienvenido proponiéndole infinidad de negocios á cuales más ventajosos para él, pero los esfuerzos de aquellos dignos señores fueron vanos.

¡Ya se vé, todos ellos le hablaban de cinco mil, de diez mil, de treinta mil, de cincuenta mil pesos, y si bien es verdad que Bienvenido al verse con dos mil quinientos pesos se creyó poseedor de un tesoro inmenso, por lo cual se anunció con tanta pompa, también es cierto que sabía contar y no se le escapaba que le era materialmente imposible hacer un milagro.

Ruperta, por su parte, ya no se trataba más que con señoras de alto copete, á quienes se hacía presentar como esposa de un banquero. Curinga seguía las huellas de su madre y Pachin se daba una vida regalona, comiendo como cuatro y bebiendo como seis.

Así las cosas, transcurrieron cuatro meses desde el día en que *entrara la suerte* en aquella casa y una mañana salió del oscuro rincón del escritorio viejo el último peso de los dos mil quinientos que allí se acuartelaron.

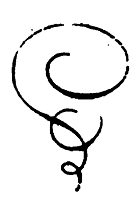
Dos negocios tan sólo había llevado á cabo Bienvenido con el dinero de la lotería. El uno fué el del empeño de la sortija por cinco pesos, y del que no cobró ni medio de gabela, pues el dueño de la expresada sortija no quiso saber más de ella, convencido de que era falsa y de que le había costado doce reales en la Plaza del Vapor; y el otro negocio fué el que hizo con el casamiento de Pachin y Curinga. Bienvenido tuvo que pagar desde el lecho nupcial hasta los derechos parroquiales por cuenta de los cuatrocientos pesos que tenía reunidos Pachin.... en la imaginación seguramente, pues nunca se le vió la

punta á la expresada cantidad, ni á ningún otro objeto de Pachin que acusase semejante valor

Hoy, siempre que se habla de la lotería en presencia de Bienvenido, éste se acuerda de la sortija falsa y sobre todo de Pachin, á quien tiene que mantener, y después de lanzar un suspiro, exclama:

—Señores, para premio gordo el que le tocó á este servidor de ustedes!

Y *colorín colorao.*



D. MÓNICO Y DOÑA ROBUSTIANA.

I

Lector queridísimo, si piensas embarcarte, conveniente te será saber que existe algo peor que el mareo, para lo cual te habrán dado centenares de remedios, tan seguro estoy de ello, como de que ninguno de esos mismos remedios te ha de valer si no tienes una cabeza á prueba de vaivenes y un estómago que se sepa mostrar indiferente al constante olor de la brea y del marisco crudo. Ese algo peor que el mareo es un matrimonio tal como el que colocó mi mala suerte en un camarote adlátere al que yo ocupaba en cierto vapor, cuyo nombre no recuerdo y en el que había tomado pasaje con dirección á New York.

El hombre se llamaba D. Mónico y Doña Robustiana la mujer.

Nacidos y criados ambos en el campo, en el que poseían varias fincas de consideración, y habiendo uno y otro alcanzado los cuarenta y cinco sin lograr tener hijos, determinaron hacer un viaje por mar, según les aconsejara el médico de *cuartón* municipal en que

vivían, testigo,-hablo del médico, no del *cuartón*,-de más de una esterilidad conyugal curada por medio de balances de proa á popa y de inclinaciones de babor á estribor.

Acababa yo de penetrar en mi camarote y me hallaba sacando de la maleta de mano aquellos objetos que me eran de inmediata necesidad, cuando llamaron á la puerta.

Abrí y me encontré con Doña Robustiana.

Lucía un traje costosísimo, pero á la legua se notaba que Doña Robustiana no estaba acostumbrada á llevarlo, por lo que, más que elegante, me pareció soberbiamente ridícula.

Un enorme sombrero le cubría la cabeza, permitiendo descubrir varios mechones de cabellos entrecanos colocados sin órden ni concierto.

—Con *premiso* de usted y *adispense* la confianza; pero me gusta saber á quien tengo de vecino, por si acaso se ofreciere algo. La *pruencia* es *mae* de la buena ventura y bueno es saber quien es el que está *arrimao* á la casa de uno. *Ahina* nos tiene usted á mi *marío* Mónico y á mí *pa* lo que sea servido *mandal*.

—Señora,-le contesté,-para mí es grande el honor de tenerlos á ustedes por vecinos. Me llamo Fulano y aquí estoy completamente á sus órdenes.

—Lo *mesmo* le digo y sin *cumplimientaciones ninguni tas*, *jasta* luego, vecino.

—A los piés de usted, señora.

Fuése, cerré la puerta y reanudé el trabajo interrumpido.

Al poco rato llamaron nuevamente.

—Amigo,—me dijo un señor entrando sin ceremonias en mi camarote,—me ha dicho la *mujel* que es usted el vecino y he *venio* á *saluarlo*.

—Mil gracias por su cortesía, caballero, y con satisfacción le repito lo que tuve el honor de decir á su señora —le respondí.

D. Mónico vestía un flus de dril de color, zapato de corte bajo y sombrero de jipijapa de alas muy anchas

—¡Ay, paisano, no sabe usted lo que estoy extrañando mi potrero. Hace tres dias que salí de él y ya me *paece* un siglo que no lo veo. Esa *Bana* me ha puesto la cabeza como una güira llena de cucuyos! ¡Qué tragín, qué bulla, qué *dil* y *venil* de gente!

—Peor le parecerá la ciudad á donde se dirije,— le repuse.

—*Asina* dicen.... y dígame paisano, ¿ha *estao* usted alguna vez en ese pueblo?

—¿En qué pueblo?

—En Nueva *Yorca*.

—Sí, señor: puedo decir que es una ciudad muy populosa, de gran movimiento y de mucho tráfico. Estoy seguro de que le ha de asombrar el inmenso número de vehículos....

—¿Vehí....qué?

—Vehículos.

—¿Y qué rayo es eso?

—Carruajes, carretones, omnibus, carros urbanos, &. &.

—¡Usted verá el demonio como ese Nueva *Yorca* me va á costar una *enfermeá!*

—Vecino,—gritó desde su camarote Dª Robustiana,—dígale á Mónico que cuál de las dos *barbacoas* quiere para él; si la de arriba ó la de abajo?

—Voy *payá*, *mujel.* Conque, vecino, aquí tiene usted un amigo *pa* lo que se le ofrezca.

Me dió la mano y se marchó.

Un instante despues oí que Dª Robustiana le decía casi gritando á su marido:

—¡Anjá! ¿Con que tú en la *barbacoa* de arriba y yo en la de abajo, *pa* que si se *ajunden* las tablas de la tuya caigas tú sobre mí como un sapo? ¡A ver si te quitas eso de la cabeza! ¡No faltaba más!

—Pero, *mujel*, ¿cómo te vas á encaramar ahí?

—¿Cómo?... encaramándome, *asina*, mira. ¿Qué tal?

Comprendí la causa de la disputa de mis vecinos y me reí como un bendito.

Aquel matrimonio llamaba *barbacoa* á las literas de su camarote.

El ruido de la cadena me anunció que se estaba levando el ancla y me dispuse á subir á la toldilla para arrojar una mirada de despedida á la Habana y gozar á la vez del cuadro que su vista ofrece.

Llamé á mis vecinos para que hicieran lo mismo y juntos nos trasladamos á la expresada toldilla.

Serían las cinco de la tarde.

Los rayos del sol caían oblicuamente sobre las

aguas y tal parecía que el vapor que nos conducía se deslizaba por encima de un espejo sin límites.

D. Mónico y Dª Robustiana se comunicaban recíprocamente sus impresiones en alta voz.

—¡Oh!

—La *Bana paece* un palomar.

—Donde ese barco *recule*, *trompezamos*

—¡Mira, mira!

—*Joo* Dios se mueve menos nosotros

—Aquel barco es de la color de tu yegua *melá*.

—¡Ni un *plantanal* siquiera se vé en la *Bana*, bendito sea Dios! *Arrepara* bien; *too* se vuelve piedra, tejas, torres, puertas y ventanas.

—¿Dígame, vecino, qué iglesia es ésta?

Me volví para ver la iglesia que me indicaba doña Robustiana.

Dª Robustiana me estaba señalando el Morro.

—Esa es la farola del Morro,—le contesté.

—Igualita á la *chiminea* del ingenio "El Cotorro"....¿pero, ¿qué diablos está pasando aquí? Esto se está *jundiendo pa* bajo y subiendo *pa riba*.

—¡Por la Virgen del Cobre que la vista se me está *diendo*. Mónico, *asujétame*. Vecino, ¿qué *subías* y *bajaas* son éstas?

—Señora, esto significa que ya hemos salido por la boca del Morro.

—¡Malaya sea la boca de ese animal, que me está *regolviendo toas* las tripas!

D. Mónico no pudo resistir más y tambaleándose llegó á la barandilla, en donde *cambió la peseta*.

—He *largao* hasta el último frijol,–dijo volviendo á ocupar su silla.

No bien pronunció D. Mònico estas palabras, Dª Robustiana se *disparó* como una escopeta vieja, poniéndome los zapatos en muy lamentable estado.

—¡Yo me muero, yo suelto los *gofes!*–exclamó mirándome con ojos extraviados.

—Tranquilícese, señora, que eso pasa pronto, -le dije para consolarla.

—¿Pero qué le ha *entrao* á este demonio de barco que no se está quieto? ¿Porqué no sigue el *guatrapeo* de antes y deja este maldito *trote?*–preguntó don Mónico.

—¡Ay, vecino,–ahulló Dª Robustiana,–ya me viene el *gómito* otra vez!

—Procure contenerse, señora,--le dije escondiendo los piés debajo de la silla.

---Siento que se me han *engrifao toas* las tripas del buche. ¡Ay Mónico de mi *vía*, tú verás como en la *Posá* nos han *envenenao* con aquello tan frío que el rayo de mozo nos hizo tomar!

---Yo bien te lo dije, Robustiana. *Dende* que me dijo el maldito mozo que aquello era una *granisá* de *melocctongo* se me pararon las orejas y sentí una cosa en el *gañote* que no me gustó ni un *poquirritico*. ¡Malaya sea el *melocotongo* y la *granisá* que lo ha de *golver* á *paril!*

—Yo no *pueo* aguantar más, vecino,--repuso doña Robustiana;--acompáñeme al cuarto de las *barba-*

coas y *arrebiátese* á Mónico, que el *probe* tampoco *pué* con su alma.

—Dª Robustiana se apoyó en mi brazo izquierdo y tendí la mano derecha á D. Mónico, quien se agarró fuertemente á ella.

Entre las risas y cuchicheos de los demás pasageros, pues la figura que haciamos aquel matrimonio y yo no era la más á propósito para mantener serio á nadie, llegamos á la escalerita, por la cual se bajaba á la cámara

Por poco nos vamos de cabeza los tres en la citada escalerita, de tal modo resbalaban los zapatos de don Mónico y de Dª Robustiana en el bruñido cobre que tapizaba aquellos peldaños.

—¡Malaya sea el que inventó forrar los escalones de hojalata!--decía don Mónico cada vez que daba un resbalón.

Al fin llegamos al camarote y allí los dejé, aconsejándole que se acostasen, pues así encontrarían alivio.

Una hora después quise saber cómo seguían.

Al ir á llamar á la puerta oí una voz femenil hablando en inglés.

Supuse que sería la camarera, porque doña Robustiana la interrumpía á cada instante diciendo:

—Pero, *mujel* de Dios, yo no entiendo su jerigonza.

Déjese de tanto *yu guante tric fric miquirric* y tráigame café.

—¿Et vous non parle pas français?—preguntó la

camarera variando al fin de idioma y dirijiéndose á D. Mónico.

—¿Y qué *demontre* me dice usted con eso?-preguntó D. Mónico.

—¡Malaya sea la hora en que al *Dotol* se le metió en la *güira* que nos convenía hacer un viaje á Nueva *Yorca!*—exclamó doña Robustiana.—¡Miren ustedes, por Dios, que es gracioso lo que nos está pasando en este maldito *vapol*,—añadió;--paga uno su dinero á estos *condenaos* americanos y *en dispués* que lo tienen á uno *metío* dentro de este gallinero, no hay quien les entienda. ¡Café, café; yo y mi *marío* queremos café! ¿Ha *entendío* usted bien ahora? Ese que está ahí abajo como un gallo, ese es mi *marío*, y yo que estoy aquí arriba como una gallina, yo soy la *mujel; po* bien, ese gallo y esta gallina quieren café, ¡café y café! ¿Me ha *comprendío* usted ahora?

—Yes,—contestó la camarera saliendo rápidamente de aquél lugar.

Al cruzar por junto á mí iba repitiendo las pala bras gallo y gallina.

—¿Se puede pasar, vecinos?--preguntó golpeándo suavemente en la puerta del camarote.

—Pase Vd. *palante*, vecino,—contestó don Mónico.

—¿Qué tal se sienten?

—¡No me diga usted *naitica*, hombre de Dios, dijo Dª Robustiana;---á esa *mujel* no la entiende ni un toro bravo. Con su *lengua endemoniá* nos ha he-

cho beber un vaso lleno de zumo de limón, sin cansarse de decirnos: *ver y güele ver y güele*; y la *condená*, no solo nos lo hacía ver y *güeler*, sino que nos lo hizo tomar como si estuviésemos *ensiguataos*

Tuve que contenerme, pues por poco se me escapa la risa al oir la interpretación que dió Dª Robustiana al *verigüel* de la camarera.

—¡Ay, vecino,—repuso D. Mónico,— cuánto siento haber *dejao* mi potrero! Me acaban de curar con una de limón que el demonio tocaba á somatén. Esa *mujel* se *afiguró* que nosotros éramos pollos con *virgüela* y ¡qué *mano* de limón nos dió la *condená!*

En esto penetró de nuevo la camarera trayendo dos tazas. Doña Robustiana y D. Mónico se abalanzaron á éstas creyéndolas llenas de café.

Dª Robustiana fué la primera en llevarse la taza á los labios.

—¡Habráse visto otra cosa!—exclamó haciendo un gesto horrible.—¡Ahora se nos *aspaece* con caldo esta hija de la *pulla!*

—*Verigüell gallo, verigüel gallina*,—replicó la camarera.

—¡Vaya usted á *ver* y á *güeler too* lo que le dé la gana!—gritó doña Robustiana.

Intervine sacando el vocabulario que yo llevaba para mi uso, y mostré á la sirviente la frase *Tráiga café*, escrita en inglés en aquel libro.

Lanzó un ¡oh! de satisfacción y salió en busca de lo pedido, llevándose las tazas de caldo.

Al día siguiente el mar se hallaba tranquilo, por

lo que nuestro matrimonio no tuvo inconveniente en subir á la toldilla.

Los pasageros, ávidos de novedades siempre, formaron un círculo con sus personas alrededor de don Mónico y de doña Robustiana, encantados con las *salidas* de estos campesinos.

Ya teníamos diversión para todo el viaje.

Escuso decir á los lectores que tanto el uno como el otro no me dejaban en paz un momento con sus preguntas, originalísimas por demás.

En la mesa, quiera que no, me hicieron sentar entre ambos.

—Vecino, qué rayos es esto?

—Sopa de pimienta.

—¡El demonio que la coma! ¿Y aquello?

—Tortilla de huevo con dulce de guayaba.

—¡Qué mescolanza, Sr. de la Inspiración! ¿Y aquello?

—Calabaza amarilla con mantequilla.

—¡Aguanta! ¿Y aquello?

—Huevos fritos con queso y salza de mostaza.

—Reviento si cómo eso. ¿Y aquello?

—Puré de papa con jamón, miel, mantequilla, y aceitunas rellenas.

—¿Y esas cosas come la gente esta? ¿Y aquello?

—Remolacha con azúcar candi, pimentón y mantequilla.

—¡Aprieta! ¿Y aquello?

—Pescado con salza de perro.

—¡Puf! ¿Y aquello otro?

—Huevos salcochados con cerveza, ron, puré de calabaza, ostiones, mantequilla, miel y vinagre.

—¿Pero estos *condenaos* americanos se han propuesto reventarnos como á los ratones?

—Son los platos que están acostumbrados á comer.

—Y que nos *encajan* á nosotros, sin consideración ninguna, como si no fuésemos los que pagamos los lechones.

—Tiene usted razón, doña Robustiana. La Empresa de esta línea de vapores debiera de tener en cuenta que la mayor parte de los viageros que la favorecen son españoles ó descendientes de ellos, pues dichos vapores ponen en comunicación los principales puertos de México con Cuba, y á ésta con Nueva York. Sin embargo de lo dicho, raro es el empleado de los mismos que habla el castellano, y con respecto á la comida, el gusto y la costumbre *yankee* son los que imperan en ella.

D. Mónico y doña Robustiana se mantenían con dulce y café.

—*Emprimero* me *ajorco* que comer eso,—decía doña Robustiana.

Por lo que hace á D. Mónico, cada vez que el criado le ponía por delante la *clásica* sopa, se volvía para dicho criado diciéndole:

—¡Don Inglés, *jiérvase* usted de aquí con esa tintura de *guayacan!*

Pero como el mozo no lo entendía, le dejaba la sopa y se iba á servir á otro pasagero.

—Nada,--seguía diciendo D. Mónico,--quiera que no, ese *condenao* se ha propuesto *arremeterme toa* esa tinta en el *estógamo.*

Estas ocurrencias parecían deliciosas á los pasageros, quienes á porfía *buscaban la boca* de mis vecinos.

Un dia se le antojó al Capitán ejecutar un simulacro de incendio á bordo, y sin previo aviso mandó tocar á fuego. El pito de la máquina y la campana se dejaron sentir y aquí fué Troya.

Los viageros que se hallaban en la toldilla,---serían las dos de la tarde,--bajaban rápidamente á sus respectivos camarotes en busca de los salvavidas; los que estaban en ellos abrian las puertas y con rostro demudado preguntaban á los que corrian; la tripulación se distribuyó, segun lo prevenido; los oficiales daban órdenes y el instinto de conservación se retrataba en todos los semblantes.

¿Qué era de Don Mónico y de Doña Robustiana?

Mis buenos vecinos dormían la siesta. Despertados bruscamente por la falsa alarma y habiendo llegado á sus oídos las voces de ¡fuego! Don Mónico sin darse cuenta de lo que hacía se puso el sombrero de su mujer, ésta, en extremo confundida, lo imitó poniéndose el de él, y así se aparecieron en mi camarote.

—¡Que nos achicharramos, vecinito de mi *via!* —exclamó Don Mónico.

—¡La Vírgen del Cobre nos valga! ¿Qué hacemos?—gritó Dª Robnstiana.

—Colóquense los salvavidas,—les respondí mos-

trándoles el que acababa de sacar de debajo de mi litera.

D. Mónico y Dª Robustiana volvieron á su camarote.

Un instante después oí el siguiente diálogo:

—¿Dónde se pone esto?—preguntó Don Mónico.

—¿Por dónde se *ajoga* uno? ¿No es por la boca?. Pues esto se debe de poner en la cara—contestó Dª Robustiana.

Abandoné mi camarote, á la sazón que cesaba la alarma, subí á la toldilla y ya casi todos sabían que no había nada que temer.

Comentando estábamos el hecho cuando llegó hasta nosotros las voces de Don Mónico y de Dª Robustiana que gritaban con acento sofocado:

—¡Vecino, por su *madrecita* nos no deje morir como lechón *tostao!*

—¡Déme la mano, vecino, que con este *salva la via* no veo *naitica!*

Nos dirijimos á la escalerita, que era el sitio de donde salían las voces, y una homérica carcajada lanzamos á la vista de mis vecinos. Con los salvavidas amarrados á la cabeza no podían ver el lugar donde ponían los piés, ofreciendo ambos la figura más grotesca que se puede concebir.

El viage duró seis días, los cuales fueron de fiestas para los demás pasageros.

También lo hubieran sido para mí á no haber tenido tan cerca á Don Mónico y á Dª Robustiana.

Como vecino más próximo me *tomaron por su cuenta* y esto acabó por marearme de verdad verdad.

D. MÓNICO Y DOÑA ROBUSTIANA.

II.

Don Mónico y Dª Robustiana se hallan de regreso en su potrero, del cual han estado ausentes cinco meses.

¡Cuán concurrida se ve la casa de este matrimonio durantes las primeras horas de la noche en que, según añeja costumbre, se forma la tertulia en ella!

Hasta de seis leguas de distancia acude gente por oir de boca de D. Mónico y de Dª Robustiana las impresiones que los mismos recibieran en su viage á la Habana.

Escuso decir que todo el mundo los oye con la boca abierta y que menudean las frases *¡Ave María Purísima! ¡Habráse visto! ¡Usted verá el diablo!* con las que la mayor parte de los oyentes, en el paroxismo del asombro, interrumpe á D. Mónico, cuando es él quien habla, ó á Dª Robustiana, cuando es ella la que tiene la palabra.

Referiré lo que pasó en esa tertulia días atrás, se-

gún me ha contado un amigo, testigo presencial de lo sucedido.

D. Mònico y Dª Robustiana ocupaban el centro de un vasto círculo formado por hombres y mujeres.

--¿Y es muy grande la *Bana*?--preguntó una guajirita procurando pisar la punta de uno de los zapatos del mozo que se hallaba á su lado.

—¿Grande?—respondió Don Mónico,--¡Voto va y no á Dios! ¡Es tan grande que caben dentro de ella diez potreros como éste!

—¡No dígo!--agregó Dª Robustiana.

Don Mónico continuó:

—Mira, muchacha, la *Bana* es tan grande, que se cansa la vista de ver *guardarrayas*, unas por aquí, otras por allá, unas *enderechas*, otras *torcías*. Ya *puees* echarte á correr como un *venáo* por allí que nunca llegarás al fin. ¡Con decirte que los coches *too* el día están como *jalmas* que lleva el diablo y nunca paran de caminar!

—¡Ave María Purísima! ¡Usted habrá visto!

—Llegamos en el *fierro-carril* á eso de la una de la tarde. ¿Saben ustedes como estaban los coches en el *paraero*? *Asina* como las *bibijaguas*.

—Nunca se me *olviará*--saltó diciendo Doña Robustiana—los sustos que pasé *metía* en aquel coche. ¡Cómo *jarrean* por aquellas *guadarrayas* haciendo un *ruío endemoniáo!* A *cá* momento se me figuraba que nos ibamos á desbaratar con los coches que encontrábamos. Hasta que llegamos á la *pasaa* no se me quitó el creo de la boca,

—Y es *verifico* que en la *Bana* hay mucha *iligancia*, Doña Mónica?—preguntó el mozo á quien la expresada guajirita tratara de pisarle un zapato.

—¡Quita *pa yá!* Los *vestíos* más *ridículos* que te *puees afigurar;* ¡Bien que se rió Mónico cuando vió que las mujeres de la *Bana* llevan un *aparejo* detrás *pa* que les abulte las *asentaeras.*

—¡Usté habrá visto el demonio!—exclamó una vieja.

—Como ustedes lo oyen. Se ponen un *aparejo* chiquito que llaman *pilisón.*

—*Entoavía* me río al acordarme,--dijo D Mónico Pero lo *güeno* fué cuando al segundo dia de estar en la *Bana* se le metió en la cabeza á Robustiana ponerse un *pilisón* de aquellos. Ya ustedes la conocen: quiera que no; se amarró una *almohá* atrás, salva sea la parte, y se puso por arriba de esa *almohá* el camisón, la saya, el fustán y el túnico. Parecía un gallo *oriao* en *pilón.* De frente no estaba mal, pero por detrás tenía *toa* la ropa *subía* y se le veía hasta media pierna. No le dije *na* porque yo soy de los que á la tierra que fuere haz lo que vieres y *asina* nos fuimos á una *guardarraya* preciosa que llaman *Parque.* *Too* Dios nos miraba y tantas miradas juntas me tenían con las orejas calientes.

— *Pa* eso que yo no hacía ni *magajita* de caso,--dijo Doña Robustiana. ¿Pues no faltaba más?

—Lo que eras tú no te ocupabas, pero yo sí. Tu *pilisón* por un lado, el *moo* de caminar que tenías con los zapatos aquellos de tacones en mitad de la

pata y ciertas sonrisitas ya me tenían como *ají guaguao.*

—Por eso hiciste la *brutaliá* de pisarme la *cabuya* conque me había *ensinchao* el *pilisón.*

—¿Como fué eso Doña Robustiana? —preguntó uno de los circuntantes.

—No me diga usté *ná*, si *ca* vez que me acuerdo me entran hasta *doores* de *estógamo. Afigúrase* usté que este *condenao* va y me le planta una pata en la punta de la *cabuyu* que se estaba saliendo por debajo del *vestío*: era la punta del lazo que me sujetaba la la *almohá.* Pisó la *cabuya,* se safó el lazo y *¡fuácata!* allá te va la *almohá pá* el *suelo.* Se armó una de *chiflío* que no sabía que hacerme, *justa* que se me acercó un hombre muy bien *plantao* y me dijo: Señora, no haga caso: aquí en la *Bana* se acostumbra á silvar los miércoles á esta hora; hoy es miércoles y por eso silvan. Le dije á Mónico lo que aquel hombre me había *acabao* de decir y como este bendito á la tierra á que vá hace lo que vé, se puso tambien á silvar y á largar *trompetillas* como un loco. ¡Por poquito se lo comen á abrazos unos cuantos mozos muy *entevitaos* que habían allí, diciéndole: ¡Lo hace de taco! ¡Usté es un gran taco! ¡Qué taco me salióeste hombre! Y otras cosas *asina.*

Endipué se apareció un *endeviduo mu* fino con borlas en el bastón y nos hizo *metel* dentro de un cóche.

—¿Y la *almohá?* preguntó la expresada guajirita.

--La *almohá* la *golvieron* una pelota los muchachos,



tirándosela unos á los otros. ¡Si digo á ustedes que no hay gente más novelera que la gente de la *Bana!*

—¡Hum, Doña Robustiana, yo creo que la gente de la *Bana* conocieron que ustedes eran del campo!

—¡Quite usté *payá, señó* Toribio! En qué nos iban á conocer? Mónico iba con leva, sombrero prieto y zapato de *jocico* de cochino y yo iba con túnico de *séa*, manta con *flescos* y sombrero *toito enflorao* . . . . ¡Vamos, hombre!

—Doña Robustiana, usté no conoce á esa gente habanera: son capaces de burlarse hasta de la *máe* que los parió. Una *vede* fuí á la *Bana* y *po'que* empecé á soplar un *ajelao* de guanábana que se me antojó *pedil* en una dulcería, *polpoquito* tengo que *jalar* por el machete *pa* que se acabasen los *relambimientos*.

—Eso *mesmo* le decía yo á esta *mujel* de Dios,--repuso Don Mónico, -pero ella á *toa* me contestaba: —No seas animal, bruto, es menester que te vayas *cevelizando*. Esa gente nos mira *ansina polque* no nos conocen *entoavía* y nos están extrañando.

—Y dígame, Doña Robustiana,—interrumpió un mozo que había permanecido con la boca abierta hasta aquel momento.—¿No estuvieron ustedes en el *treatro*?

—¿Qué si estuvimos? *Po* es claro que estuvimos Fuimos una vez á Tacon----¡que *treatro*, vírgen de la Caridad del Cobre! Otra vez fuimos á *Alfiso*, ¡que bonito *treatro*, San Antonio!... ¡Ah, tambien fuimos á la *pelotera!* ¡*Cuantísima* gente! Yo estaba *atolondrá*. Unos decían: ¿Qué hace ese *queche*? Otros:

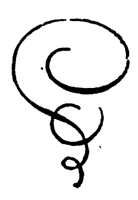
¡Suèltale una *curvia!* Otros: ¡Cojieron un *fraile!* Por un lado hablaban de un tal *Rouión* por otro de un tal *Picper*. Me pusieron la cabeza como un güiro lleno de cucuyos. ¡Y qué pelotazos se daba aquella gente, María Santísima! Iban *vestios* con sombreros azules y *coloraos* que no tenían *ma* que un *peacito* de ala por *alante*. *Joos* llevaban los calzones *recortaos* por las *chocozuelas*......Pero.....

—Doña Robustiana, oiga los *cantíos* de los gallos.

—¿Y qué me dice con eso, *señó* Toribio?

—Que ya es tarde y mañana hay que trabajar: Mañana por la noche *golveremos*. María Jesús, *Pretonila, Idelfonso*, vamos *pa* casa, muchachos, que mañana es día de *arporcar el mái*.

Y aquella reunión se disolvió



D. MÓNICO Y DOÑA ROBUSTIANA.

III.

El amigo aquel que me hiciera el relato de la conversación que sostuvieran D. Mónico y Doña Robustiana con los vecinos que fueron á visitar á esta felíz pareja para oir de boca del uno y de la otra la narración de cuanto les había acontecido en el viage que hicieron del potrero á la Habana y de la Habana á Nueva York, quiso saber las impresiones que ambos recibieran en la última de las ciudades nombradas, y con ese objeto se dirijió noches pasadas al potrero referido, prometiéndose disfrutar un rato de inocente recreación.

La tertulia estaba formada y se componía de los mismos personages que encontrara en la anterior velada, en la que Don Mónico y Doña Robustiana se esplayaron hablando de la *Bana*, según ellos llaman á la fidelísima ciudad del Almendares.

Después de los cumplidos de costumbre, mi amigo se encaró con Doña Robustiana y le dijo:

—¿Recuerda usted á Nueva York, Doña Robustiana?

—Como si lo estuviera *agüeitando* en estos momenticos. Tengo á *Nueva Yorca* aquí en las *niñas* de mis ojos. ¿Y tú, Mónico?—añadió la buena señora volviéndose para donde estaba su esposo.

—¿Qué si me acuerdo?—respondió Mónico colocando su sombrero de *yarey* debajo del taburete que acabara de *recostar* en la pared.—*Jay* cosas que nunca se *olvían*, y *Nueva Yorca* s una de ella. Me *paece* que fué ayer cuando estuve en ese *pueblo*. ¡Qué *edeficios*, Vírgen del Cobre! *Jace* uno *asina*, *alevanta* la cabeza y llegan hasta el *mesmo* cielo. Algunos ví que tenía *jasta* siete *jileras* de balcones.

—Lo que no deja de ser una *inconvenencia*,—interrumpió Doña Robustiana, introduciéndose un palito de tabaco en la boca.

—¿Por qué, señora?—preguntó mi amigo.

—¿*Polqué?*......¡Malaya sea el *demontre!* ¿Sabe usted, *creatura*, cómo se tiene que subir en esas casas para *dir* á los cuartos de arriba? *Entoavia* me brinca el corazón cuando me acuerdo del espanto que *recibí*. Afigúrase usted que llegamos á una *posá* que tenía de alto como tres palmas de esas que están *pegás* al corral. *Apenita* entramos allí salió un hombrazo *colorao* como un tomate y le habló en *dinglés* á Mónico, quien se quedó con la boca abierta mirando al *demonio* de hombre. Yo no me *púe* contener y le dije: *Musiú*, queremos un cuarto. Aquel *mostrenco* se quitó la cachucha que llevaba puesta, me *saluó* y me *soltó* una desvergüenza... si no *asujeto* á Mónico hay allí la de Dios es Cristo.

—¿Pero está usted cierta de que el hombre aquel le dijo una desvergüenza?—no pudo ménos que preguntar mi amigo á Doña Robustiana.

—Le diré á usted, paisano, —se apresuró á responder Don Mónico.—*Endipué* yo me enteré por el *impéltrepe* que nosotros habíamos *entendío* mal. El hombre *colorao* de la cachucha había dicho *verigüebo* que *decil muy bien* y á nosotros se nos *afiguró* que había dicho otra cosa.

—*Pué* como le iba diciendo, *señol* mío.—prosiguió Doña Robustiana,—así que se *enfrió* Mónico, el *impéltrepe* nos dijo en español con su *cacho* de *dinglés*:

—Señora y caballero, *yu guante* venir.

Y nos hizo señas de que le fuésemos detrás de él.

Nos llevó á una especie de *plantaforma*, se puso junto á nosotros y gritó:

—¡Un rayo!

—No, *mujel*, no dijo *un rayo*,-dijo *orraiy*, que *quié endecil jecha pa lante*,—rectificó Don Mónico.

—*Pué* yo creí que había dicho *un rayo*, y por Dios y su santísima Madre que aquello fué un rayo *pa mí* porque la *plantaforma emprencipió* á subir, á subir, á subir como si fuera un *lobo arostático*.

—En mi *vía* he visto *mujél* más miedosa que ésta,—repuso Don Mónico,—aquella *plantaforma* era un *elevaol* y en él nos encaramaron á la tercera hilera de cuartos.

--*Condenao*, tú me dices miedosa y no te acuerdas de que si no es por el *impéltrepe porporriquita* te tiras

de cabeza, gritando que el suelo se estaba *sajundiendo.*

—Sí, pero no era por *míeo* ¡Bueno es el hijo de mi *páe* para tener *míeo* á *naidien!* Era por *pruencia.*

—Yo lo que le sé *decil* es que aquello me hizo un *efleuto* de *táo* los diablos, *jasta* que me *púe* acostumbrar—agregó Doña Robustiana.

—¿Y qué fué lo que más le llamó la atención en Nueva York, Señora?

—Le diré: lo que me dejó *azorá* más que *ná* fué leso que llaman puente de *Brútir.* ¡Malaya sea *Júa*; aque jaula de *jierro* aquella, *colgá encimita* de la *mar mesma!* Pasé por allí con el *creo* en la boca.

—Oye, Robustiana, ¿te acuerdas de los carros aquellos que andaban por arriba de los *cabilletes* de las casas?

—¡Ah, no me digas *ná.* Mire, paisano, cuando me asomé á la puerta de mi cuarto en la *posá pa* ver que bulla era aquella que sentía y *vide* un carro por el aire me quedé haciendo cruces.

—¿Y nunca montó usted en esos ferro-carriles elevados, Doña Robustiana?

—Ni por un gallo *inglé* monto yo ahí. Esos *condenaos* americanos no tienen *consencia* con poner esas cosas *pa* los cristianos. Nosotros montamos en unos carritos que ya habíamos visto en la *Bana*...... ¿cómo dijo el *ímpéltrepe* que se llamaban esos carros, Mónico?

—Una cosa *asina* como *trancapía* ó *trumpía.*

—Tranvía,—rectificó mi amigo.

—¡*Anjá*, así *mesmo!*....por cierto que pasé un *berrinche* de *too* los demonios en un carro de eso. *Desfigúrese* usté que ibamos en un carro lleno de gente, ya no había asiento *pa naiden*, cuando pára el carro y éntra una muchacha con los cachetes muy *coloraos*, y ¿qué hace la muy *atrevía* y *confiansúa?* Viendo que no había asiento *desocupao*, vá la *muy perra* y se sienta en las piernas de Mónico. Yo *emprincipié* á decirle con finura: Señora, quítese usted de encima de mi *marío*, vea usted que las mujeres *'onrrá* no hacen esas cosas------¡cómo si con ella no fuese! *Joo* se le *golvía saluarme.* ¡Mónico, *arrempuja* á esa *mujel*,—le grité á éste que se estaba haciendo el *majá* muerto----

--*Pue* si no me molestaba, *¿paqué* la iba á botar de mi *rodillas?*—repuso Mónico.

—Dí que te gustaba *tenel* aquella *perdía* encima de tí. ¡Pero bien que me la pagaste!

—¡Cómo que me tenías *comío* á pellízcos!

—No *púe* aguantar má y le dije al *carretero* que parase. Me levanté entonces, cojí á Mónico por un brazo, lo *jalé* con *toa* mi fuerza y lo hice *alevantar* más aprisa que un chivo cuando le tocan el rabo y cataplún! allá te vá de cabeza contra el suelo aquella *mujel sonsacadora* de *maríos*. *Endispué* me dijeron que era una señorita de su casa y que eso de *asentarse* las mujeres en las piernas de los hombres es costumbre de *Nueva Yorca*, pero ¿á mí? ¡A mi naidien me la pega!

EL GRAN BICHO.

SONETO.

La tierra del tabaco y de la caña,
Tan codiciados por su gran valía;
La tierra que arrogante repetía:
"Favor ninguno debo á gente extraña;"

La tierra donde el hambre era patraña
Inventada por loca fantasía:
La tierra de abundancia y poesía,
Siempre alegre y feliz, jamás uraña;

Cuba, en fin, la gran perla de Occidente
Y de la envidia universal el blanco,
Postrada yace por un mal creciente,

Cuyo orígen diré sereno y franco:
El *bicho* le cayó, *bicho* inclemente
Y al que han dado en llamar PAPEL DEL BANCO.



NO RETROCEDO.

Palacio, el gacetillero de *El Correo*, Gerónimo de Duda, que lo es el del *Diario de Matanzas* y Bonifacio Birne, que desempeña igual cargo en *El Imparcial*, me han caido como *pitirres* por la sencilla razon de que uso yesquero para prender mis cigarros.

¡Habráse visto calicion más injusta!

Les arguyo infinitas razones que prueban la superioridad del yesquero sobre el nauseabundo fósforo y á todo me replican que he retrogado cincuenta años, que soy ésto, que soy aquello.

¡Milagro que no me han dicho que soy un anacronísmo viviente!

¡Valgame Dios con los *fosforitas*, lectores de mi ánima!

Dejan mis razones en pié y se conforman con arrojarme al rostro la palabra *progreso*, como si el yesquero no fuese hijo lejítimo de los adelantos de la humanidad.

¿Así discutimos, eh?

Pues al que no quiere caldo taza y media:

AL YESQUERO:

Préstame, Campoamor, tu suave lira,
Y tú, Nuñez de Arce, ese fecundo

Estro que el mundo con razon admira
Por ser el estro sin rival del mundo.
Dadme, oh genios, el númen que os inspira
Y que mi orgullo en admirarlo fundo;
¡Oh, musas, socorredme, porque quiero
Revivir las memorias del yesquero!

Tranquilos sin hacer alardes vanos
De los servicios que prestarnos pueden,
La piedra, mecha y eslabon, hermanos,
Iguales partes para el fuego céden.
¿Y á este *Prometeo* los tiranos
Guardianes de la moda no concéden
Valor por encontrarse ya en desuso?
¡Preciso es castigar tamaño abuso!

Al fósforo proclaman como bueno
Y su nombre al presente siglo han dado;
¡Bello nombre, por Dios, el de un veneno!
¡El siglo debe estar alborozado!
De justa indignacion, de ira lleno,
Al ver al pobre siglo así tratado,
Exclamo en catalan: *¡Voto va Deu,*
Merece un sambenito el *Remeneu!*

Poner en parangon con el yesquero
Al fósforo infeliz me causa risa;
Relátesen las glorias del primero
Y quedará el segundo *sin camisa.*
¡Venga la mecha contra el norte fiero,
Que el fuego brotará aún más aprisa,

En tanto que si el céfiro te halaga
El fósforo no prendas, pues se apaga.

¡A cuántos el yesquero brindó vida
Al ofrecerles su inocente lumbre,
Y cuántas veces refirió el suicida
Al fósforo su cruenta pesadumbre!
¡Ay! quién la muerte del yesquero pida
Por método, sistema ó por costumbre,
Merece que le den fiero *trancazo*
Y le partan en dos el espinazo.

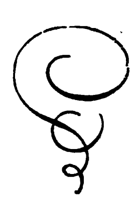
¿El nocturno ladron usa yesquero?
No, señor, usa el fósforo maldito;
Lo lleva como amigo y compañero,
Prefiriendo al que sea de *palito*.
Pues aquél lo denuncia noble y fiero
Haciéndolo caer en el garlito;
¡Y Bonifacio Byrne así se atreve
A decir que el yesquero es un aleve!

¡Contrario del yesquero el buen Palacio!
No me esplico, Palacio, tal manía,
Cuando eres, mirándote despacio,
La fiel imágen de la mecha mía.
Déjate de mostrate tan rehacio
Y cambia tu furor en simpatía,
Ya que los yesqueros infelices
Se parecen un tanto á tus narices.

¡Y miren á *Gerónimo de duda*
Como escribe tambien contra el yesquero,

Y hasta le pide á Bonifacio ayuda
Para ensalzar al fósforo rastrero?
Dejen que el *chico* á mi yesquero acuda;
La mecha quitaré del agujero
Y en él lo meteré, es cosa hecha;
¡Tener quiero un Gerónimo de mecha!

Un horrible escarmiento necesita
Del fósforo el terrible partidario;
El fósforo no es más que dinamita
Y el *fosforista* es un *dinamitario.*
¡Abajo, pues, el fósforo que escita
La cólera del hombre humanitario,
Y que grite conmigo el mundo entero:
¡Honor y Gloria al inmortal yesquero!



¡Más calientes que ellos, nadie!

Avanzamos.

Díganlo, si nó, ciertos muchachos de la época.

Donde ménos se piensa salta uno que le puede dar á Oro tres bolas para jugar un partido de *piña*.

Vaya que sí.

Y hasta cuatro *carambolas* para veinte y cinco á Mr. Nicolai.

Y hasta cinco tantos y la *salida* á *Bejucal* para una sesion de *palos*.

¡No digo!

¿Ciertos muchachos del dia?

¡Vamos, hombre!

Miren á Francisquito.

¿Qué está haciendo Francisquito?

Francisquito, simpático chiquitin de nueve años, se está fumando en estos momentos una breva de á peseta.

¡Pero ese chico se vá á marear!

¡Cá!

Algunas veces masca andullo y no le hace ni tanto así.

———

Ahí viene *Cantúa* y *Rompe rabo.*

Entre los dos no suman diez y ocho años.

Hablan con calor.

¿De qué se ocuparán?

Oigámoslos:

—¡Qué *jabao*, chico! No hizo más que salir á pelear con un indio de la cria de los Fernandez y por donde quiera no se oia más que:

—¡Voy veinte á diez. voy ocho á cuatro!

Ni lugar dió *cazar*, chico; *tranco* al indio por la pluma del *buche*, le dió una *batida* y allá te vá al indio con una de *ojo y ojo* que puso la pelea de onza á cuatro reales. *Lírgale* el segundo *viage* y ¡venga la plata! el indio cayó redondo.

¡Qué gallo, amigo *Cantúa*, qué gallo!

———

Allí departen cautelosamente *Rasca Rabia y Ponteduro.*

Rasca Rabia, muchachoncito de doce abriles, tiene la palabra:

—Pues sí, *Ponteduro*, ¿sabes como es la *indiana?* De *echa cocó.* La conocí en el teatro la primer noche de carnaval. Estaba bailando con *Chicharron*, que es bailador *matao*, le *aflojé* un *cedazo*, la llamé á *cambujá* y.... ¡qué mulata, mi hermano! Es verdad que me está costando un capital, porque entre

pagarle el cuarto y darle que comer se me va una partida de *verdolagas*.

Pero á tí, ¿qué tal te vá con *Matamosquito?*

Ponteduro se limpia el pecho, se pasa un dedo por el labio superior, del que se había quitado hacía pocas horas con el filo de un vidrio unas cuantas pelusas, y responde:

—Nos *transamos*, pero me salió muy *berengena*. Las mujeres tienen que *andar* muy derechas conmigo. Yo no soy de los *hombres* que aguantan *relambimientos*.

—¿Quieres venir conmigo, chico?—pregunta *Rasca Rabia* poniéndose de pié.

—¿A dónde?

—A la *bacha* que dá Ciriaca ¡Va cada *hembrota* de *pitiminí golpeao*.

—¿Irá Timotea Bebechocolate?

—¡Ah, *sabroson*, como te gusta la *canela!* Si vá.

—Pues entónces ¡á viage!

Y ambos parten con dirección á la *bacha*.

—¡Ola Trivilin!

—¿Qué hay, *Cachivachi?*

—Te vendo esta sortija que le pude *trancar* á mi *vieja*.

—¿Quieres un peso por ella?

—Venga, precisamente me está esperando una *paloma* con quien voy á jugar al *morito* de á peso la mesa.

—*Palitroque*.

—¿Qué quieres, *Puntoatrás?*

—Vámonos al Estero

—¿Chico, ayer nos *huimos* del colegio y hoy tambien?

—No seas *berraco* que tu padre no lo sabrá.

—Pues vámonos al Estero.

—Mira, *Mondongo*.

—¿Qué cosa?

—Mira aquella mujer con lazos azules.

—¡Y es verdad! *Suéltale* una *trompetilla* para que no sea *matancista*.

—Mira, *Monoprieto*.

— ¿Qué cosa?

—Mira aquella mujer con lazos *coloraos*.

– ¡Y es verdad! *Suéltale* una *trompetilla* para que no sea *progresista*.

—*Triquitraque*, tú que tienes experiencia de la vida, puesto que cuentas catorce años, ¿tú crees que hay Dios¿

—Yo no creo ni en la madre que me parió, *Zapatilla*.



EL DOLOR DE LOS DOLORES!

SONETO.

A POLICARPO LUJAN.

Sienten á la verdad crueles dolores
El amante que llora de una ingrata
El amante desden con que lo mata
En medio de tormentos punzadores:
Una esposa que llora los rigores
De un marido brutal que la maltrata;
El tierno padre cuya prole acata
Principios por demas trastornadores.
Mucho sufren, es cierto, y los admiro
Sublimes en tan justos arrebatos,
Y en sus dolores sin cesar me inspiro;
Mas confieso son nada entre dos platos
Con la pena que siento cuando miro
Que se están descosiendo mis zapatos.

JUSTINA!

¿Me permitís que os muestre una página de mi álbum íntimo?

Mirad, un solo nombre en ella está escrito:

Justina....!

¿Y qué significa este nombre seguido de una admiración y tres puntos suspensivos, en medio de una hoja en blanco, me preguntais, no es cierto?

Mi álbum es el índice de mi corazon: en éste están grabadas las historias, tristes unas, alegres otras; en aquél, los nombres de las personas que en dichas historias figuran.

Justina......! habeis leido, lectores mios. Os he enseñado el nombre, ahora.... permitidme cerrar el álbum y os contaré su historia.

* * *

La Habana es la ciudad de los misterios.

Ni Roma con sus catacumbas, ni Paris con sus elevadísimas bohardillas, ni Lóndres con sus mise-

20

rias ni con sus históricas torres, encierren, tal vez, memorias más tristes ni leyendas más misteriosas que la Habana.

Probablemente os parecerá exagerado esto que os digo.

No es estraño: la novela busca siempre para teatro de sus dramas las populosas ciudades europeas, y si acaso se acuerdan de las americanas, es como un recurso de qué se valen para esplicar el enriquecimiento de algunos de sus personajes.

Pero como yo no os refiero un cuento sino una verdadera historia, véome obligado á deciros que fué en la Habana y no en Paris ni en Roma donde tuvieron lugar los acontecimientos que paso á narraros.

Y sin más preámbulos, lectores, entro de lleno en la historia.

Era yo muy jóven; desde la pequña ventana de mi cuarto á donde siempre me acercaba para estudiar, porque ésto se remonta á la época en que yo era estudiante, divisé una tarde, reclinada en un balcon vecino á la preciosa jóven cuyo nombre habeis visto escrito en mi álbum.

Tendría Justina en ese tiempo 17 años y su belleza era perfecta.

No podré pintaros la impresión que su vista causó en mí, porque si bien es verdad que me deslumbró su belleza, no esperimentó el alma ese dulce sentimiento que la embarga cuando se enamora: sentí lástima, tristeza y alegría, respeto y dolor.

Probablemente el corazon presentía la pura amistad que á ella me había de unir, á la vez que los dolorosos recuerdos que de sus relaciones habia de conservar.

En los momentos en que, como os he dicho, estaba en el balcon, sus miradas se fijaban con insistencia en una direccion, y en todos sus movimientos manifestaba hallarse dominada por una febril impaciencia.

Seguramente esperaba á álguien

A su novio, tal vez.

Y bien considerado, no era aventurada mi suposicion, porque, ¿á quièn podía aguardar con más impaciencia la jóven de 17 años que á su amante?

Y tan no fué aventurada mi sospecha que, pocos momentos más tarde, la vi sonreir y cambiar un cariñoso saludo con un jóven, el cual penetró en la casa que ocupaba Justina.

Tuve, sin embargo, tiempo de examinarlo detenidamente. Alto, sumamente delgado y como de 22 á 23 años. Pero lo que más particularmente me llamó la atencion fué una estremada palidez que no me dejó la menor duda acerca del poco satisfatorio esta do de su salud.

En todo este tiempo Justina se había quitado del balcon.

Hé aquí el principio de una novela, me dije yo volviendo abrir el libro que habia cerrado en mi contemplacion.

Mas ¡ah! que no era el de una novela sino el

principio de una historia, y de una historia bien triste, lo que yo acababa de presenciar.

Dos meses poco más ó ménos habian transcurrido de esta escena, cuando una mañana sentí que llamaban fuertemente á la puerta de mi cuarto.

Corrí presuroso á abrir y se me presentó un criado de mi bella vecina que me dijo lleno de emocion:

—¡Socorro, caballero, socorro!

—¿Qué ocurre, muchacho?

—Ah! caballero, una gran desgracia! La señorita acaba de recibir bruscamente la noticia de la muerte de su prometido y ha caido sin conocimiento.

Sin esperar á que el criado concluyese fuí á la casa de mi vecina, en donde se ofreció á mi vista un espectáculo verdaderamente conmovedor.

Sentada en un sillon, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados y pálida como un cadáver, estaba la misma señorita que pocos dias ántes habia contemplado desde mi ventana llena de vida, juventud y hermosura.

A poca distancia de ella una pobre anciana, en cuyos ojos se veia pintada la más cruel desesperacion, hacía extraordinarios esfuerzos por abandonar el sillon, al cual estaba como enclavada hacia algunos años.

Cuantas tiernas solicitudes pueden inspirar la compasion y el cariño empleé yo para hacer volver en sí á Justina, lo que logré al cabo de media hora de amarga ansiedad.

Desde aquel dia fuí el amigo íntimo de aquellos dos séres.

La pobre señora siempre me esperaba con impaciencia, porque de mis lábios oia frecuentemente los consuelos que en vano prodigaba á su querida hija.

En efecto, Justina, mi desgraciada amiga, encerrada en su dolor, escuchaba mis consoladoras palabras con agrado, pero concluía por mover la cabeza, como indicándome lo infructuoso que habia sido mi trabajo.

El alma de aquella infeliz se habia secado por el dolor, como se marchita la flor por el abrasador viento del estío.

Un dia la encontré con un periódico en la mano, al verme me dijo con una tristísima sonrisa, señalándome un párrafo de aquella publicacion:

—Lea usted ésto, amigo mio.

Leí

Era un *suelto* en el cual se daba cuenta de un suicidio.

—Y bien, Justina; ¿qué significa ésto?

—¿No es verdad que los muertos no sufren?

—¡Justina, amiga mía!

—¿No es verdad,--prosiguió ella,--que los que se separan en este mundo se vuelven á reunir en el otro?

—Pero esas preguntas, Justina.

—Tranquilícese usted, mi buen amigo: soy harto religiosa para abrigar por un momento la idea del

suicidio; yo me reuniré con Alfredo cuando Dios quiera.

Hubo un momento de silencio entre los dos.

Pasóse el pañuelo por su pálida frente y añadió:

—La Religion es el bálsamo consolador de los afligidos Cuando el alma llena de amarguras y desencantos, no halla en la tierra remedio á su mal, se fija en el cielo, porque en el cielo está Dios, fuente inagotable de consuelo.

– Es verdad, Justina.

—Pues bien, amigo mío, he resuelto consagrarme á Dios.

—¿Qué dice usted, Justina?.... ¿Y su juventud y su belleza? Tenga usted calma, querida amiga. Además, ¿crée usted que Dios recibirá con agrado sus votos y juramentos, cuándo ellos son arrancados por la desesperacion?

—Oh! no. Mucho lo he pensado ya, y al tomar tal resolucion ha sido sin lágrimas, y sin despecho. Desengáñese usted; la soledad del convento cicatrizará mis heridas.

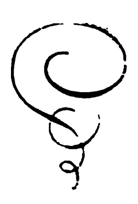
—Justina, oiga usted la voz franca de un verdadero amigo. Las penas, como las alegrias, mueren y quedan solamente sus recuerdos: ya pasaron aquellos románticos tiempos de la Edad Media en que el convento representó tan importante papel en la historia de los amores. La Civilizacion, hermanada con la Religion, ofrecen más dulces consuelos.

—Son inútiles sus palabras, buen amigo; mi resolucion es irrevocable.

En efecto un año más tarde asistí á las solemnes ceremonias de su profesion.

La bella Justina dejaba de pertenecer al mundo, consagrándose al Dios de los desgraciados, con el nombre de Sor María Patrocinio.

¡Pobre Justina!

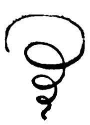


EL HOMBRE.

SONETO.

A CARLOS DEL SOL.

Rey de la Creacion, en cuya frente
Irradia el génio su eternal grandeza,
Unico sér que la sublime Alteza
Reconoce de un Dios Omnipotente.
Gigante del saber, atleta ardiente
Que al rayo quita su mortal fiereza
Haciéndolo seguir con entereza
El camino que juzga conveniente.
Ciencias, ártes, industrias, fama y gloria
Esparce por doquiera en su camino
Ese sér, que es el alma de la Historia,
¡Lástima que un poder cuasi divino
Vencer no pueda la verdad notoria
De que es sólo un juguete del destino!



¡CUIDADO CON LOS BOBOS! [*]

Conocí á Bomboliche allá por los años de ..... Era un *bobo* que siempre que se encontraba en la calle con cualquiera á quien hubiera visto de visita en una de las muchas casas que frecuentaba y en las que era el hazme reir de todos, lo detenía para decirle:

—Oye, chico, yo te *quiedo desí* una cosita.

—¿Qué cosa, Bomboliche?

—Yo te *quiedo desí* que si tú *tiene* una levita que tú no *quieda*, y *uno pantalone* que no *quieda*, y *uno zapato* que no *quieda*, y un chaleco que no *quieda* y cuanto tú no *quieda pada ti*, yo lo *quiedo pada* mí. *¿Mentendiste?*

El detenido se sonreía y le contestaba que sí ó que nó, según; pero el caso era que Bomboliche, jóven de unos veinte y cuatro á veinte y seis años, vestía decentemente, no obstante las *maldades* que algunas veces le hacían, consistentes éstas en polvorearle

(*) Por haber salido trunco este artículo en la obrita que publiqué meses atrás con el título BROMAS Y VERAS, lo reproduzco en esta con el final que en aquella le falta.

la levita con almidón ó harina, ó en apabullarle la chistera, introduciéndosela hasta los ojos; cuando no le hacían otras travesuras de mayor cuantía ciertos prójimos aficionados á las bromas pesadas, que de esos había muchos en aquellos tiempos y probablemente los habrá en todas las edades.

Fuera esto, la felicidad sonreía á Bomboliche.

La verdad que él sabia buscar sus amistades.

Los pobres le inspiraba un terror pánico.

El no visitaba más que familias acomodadas, y no solicitaba otra compañía que la de los *tacos*, hijos de padres ricos.

Bomboliche era un *bobo* aristócrata.

Esto le valió lo que no tienen ustedes una idea, porque muchos, que querían pasar por *tacos* de aquel género, se disputaban la compañía de Bomboliche. sintiéndose orgullosos cuando el *bobo* les daba la preferencia.

Tiene permiso el lector para hacer los comentarios que desee.

Bomboliche habitaba una pequeña accesoria, cuyo mueblaje se reducía á un catre, una mesita de pino y una silla sin espaldar. En cambio, las paredes, *entapizadas* con periódicos viejos, ostentaban infinidad de levitas, sacos, casacas, chalecos, pantalones, camisas, sombreros de todas clases, corbatas, zapatos, bastones, &. &. Estoy seguro de que ninguno de los *tacos* á quienes el *bobo* dispensaba el *honor* de su compañía tenía tantos y tan diferentes trajes como él.

La existencia de Bomboliche era una série de no interrumpidas fiestas, comilonas y pasatiempos.

Como que tenía un tino especial para *dejarse caer* con oportunidad.

No perdía una buena función teatral, instalado en palco ó luneta, y cuando no comía con la familia H. ó R, no le faltaba un cubierto en un buen restaurant al lado de un calavera de los ya referidos.

Comunmente se recogía tarde de la noche, y más de una de éstas el sereno de su demarcación se echó á reir en los propios hocicos de mi *héroe* al fijarse en la grotesca figura que hacía con el rostro cubierto de yeso, la levita llena de *rabos* y la bomba aplastada; y ocasiones hubo en que el nocturno vigilante lo viese llegar sin zapatos, de los que los despojaran sus burladores, aquellos mismos que se disputaban su presencia.

Donde ví por primera vez á Bomboliche fué en casa de la Sra. viuda de Miraporfuera, rica propietaria que habitaba una espléndida casa en compañía de su hija *Nanita*, jóven de unos quince años, simpática como un centén y fresca como un tierno rabanito. Cuantas comodidades se desean, atendidas por una numerosa servidumbre, se veían en aquella casa, situada en un delicioso lugar cerca de la Habana.

Allí se solía pasar dias enteros el bueno de Bomboliche, encantando con sus *bobadas* á la viuda, á la hija y á las personas que iban á visitarlas; tanto que, cuando transcurría algún tiempo sin que apareciese el *bobo*, un criado de la viuda recibía órden de la mis-

ma, ó de Nanita, para que fuese en busca del *dichoso* Bomboliche.

Recuerdo perfectamente que disfruté de ratos muy divertidos un domingo en que fuí convidado por aquella familia para almorzar y comer en su compañía.

Bomboliche se presentó en la casa precisamente á la hora en que se servía el almuerzo.

Lucía un flus de casimir algo usado que no le estaba del todo mal, cubría su cabeza una enorme chistera blanca y en su cuello se anudaba una gigantesca chalina de vivísimos colores.

—¡Oh, qué fortuna!–exclamó la viuda al verlo.

—¡Dichosos los ojos, amigo Bomboliche!–agregó Nanita.

—*Lo negocio* me han *tenío mu ocupao* y *primedo e* la obligación,—contestó Bomboliche arrojando una expresiva mirada á las fuentes que traían de la cocina para la mesa.

—¿Ya almorzaste?—le preguntó la dueña de la casa.

—*Entoavía estoy* en ayunas; *quiedo desí*, que no he *almorzaó entoavía*; no tengo en la *badiga ma* que *do pané* con mantequilla y un vaso de café con leche.

—¡Pobre Bomboliche!—dijo con sarcasmo la viuda, en tanto que Nanita se reía á carcajadas del ayuno del *bobo*.

Nos sentamos á almorzar, y eran de ver los platos que hacían á Bomboliche Nanita y una mulata

jóven, camarera de esta señorita, platos que él aceptaba diciendo siempre:

—¡*Pedo* si yo no *quiedo má comía!*

Y se los engullía en un decir Jesús.

A los postres rogamos á Bomboliche que *dijese algo.*

A las tres ó cuatro súplicas el *bobo* se puso de pié y después de estar mirando el techo unos cuantos minutos dijo:

Hay una vida *mítica*.....
Y enlazada tan cariñosamente....
con la mía....
Yo *saluo* á *toitica* esta gente.....
Hasta *lamanecer* del dia.

—¡Bravo, Bomboliche!—exclamó Nanita arrojando una bolita de pan al improvisador, bolita que fué á parar precisamente á un ojo del mismo

Bomboliche se llevó la mano á la parte dolorida y dijo haciendo *pucheritos*:

—Por *poquitico* me sacan un ojo.... ¡*Eso juego* no me *gutan*, no!

Nanita, llena de compasión, se aproximó al *bobo*, y para consolarlo le dió varios cariñosos golpecitos en el hombro.

—Vamos, Bomboliche,—dijo la viuda,—cántanos algo.

—Sí, amigo mio,—repliqué yo. Usted debe saber muy bonitas canciones del dia.

—Yo *sabé* una solita, pero.... ¡*má* buena!

—Cántela, cántela!—dijimos todos.

Bomboliche paseó una mirada por su alrededor, como buscando algo, de repente se levantó con precipitación de su asiento, se posesionó de una escoba que se hallaba en un rincón, volvió á su lugar, se colocó dicha escoba á guisa de guitarra y después de *limpiarse* el pecho con extraordinaria exageración, comenzó á gritar con voz agrippada.

No *recueldo*, gentil *guayamesa*,
Que tú *fuite mi ojo returgente*
Cuando *alegre potaba* tu *fuente*
Moribunga de *licha* y de *amó*.

Nos reimos grandemente viendo la cara que ponía para emitir las notas agudas, y en seguida por invitación de la señora, pasamos al *estrado*, en donde Nanita quiso que el *bobo* representase un trozo de ' D. Juan Tenorio."

Deliciosísimo encontré á Bomboliche cuando dijo:

Mamo en que Doña Iné
En cuepo sin ama esite,
Deja que e dama de un trite
Venga á llodd á tu pié.

¡Qué ojos que gestos, que contorsiones!

Bomboliche era un actor *sublime*.

Después bailó el zapateo y la jota aragonesa que tocara en el piano la bella Nanita.

Aun no se le había calmado al *bobo* la agitación que le produjera el baile, cuando Nanita se lo llevó á su cuarto y allí, ayudada por la mulata antes refe-

rida, cubrieron de *papelillos* la cabeza de Bomboliche y después lo vistieron de mujer. Así que me lo presentaron con aquel traje, lo comenzaron á pasear por toda la casa, dejándose conducir el mozo como si fuese un corderito.

—¡Es un alma de Dios ese Bomboliche—me dijo la señora viuda de Miraporfuera oyendo las carcajadas que lanzaban su hija y la mulata en el interior de la casa, burlándose del *bobo*.—Me divierte lo que no es decible con sus tonterías—agregó la señora.—¡Es tan inofensivo, tan inocente! No lo considero un hombre como los demás, y para Nanita es un juguete. Como usted ha presenciado, así lo tratamos siempre. Muchas veces hago que se quede á dormir aquí, pues me da lástima dejarlo ir á pié, viviendo, como vive, tan léjos. ¡Pobre Bomboliche!

No continuaré relatando una por una las inocentes *maldades* que le hicieron ese dia Nanita y la mulata al *bobo*. El pobre se prestaba á todo, y tan pronto le hacían jugar *á las escondidas* como *á las prendas*, y tan pronto, así mismo, lo llenaban de harina, como lo perfumaban con las más exquisitas esencias.

La comida fué una segunda edición del almuerzo.

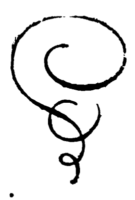
Una hora más tarde me despedí de aquella buena familia, alegre á lo sumo porque Bomboliche le había prometido permanecer tres dias en su compañía.

....

Un año después de los hechos que acabo de re-

ferir el nombre de Bomboliche causaba horror en aquella casa, cuyas purpurinas rosas se habían trocado en melancólicos lirios.

La mulata espiaba en un ingenio el *mal paso* que le habían hecho dar las *boberías* de Bomboliche, padre de la criatura que la infelíz llevaba en su seno, y Nanita, la desventurada Nanita, se disponía al sacrificio de tener que dar su mano al mismo Bomboliche, pues ella también había sido víctima de las *boberías* de aquel *bobo*.



ESO SÍ Y ESO NÓ

Que el escritor concienzudo
Señale las faltas mil
En que incurro diariamente
Y me quiera corregir,
Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí;
Mas que el necio y presumido
Novel poeta y ramplon
Como un tigre despedace
Mis trabajos con rencor,
Eso nó,
Eso nó que no quiero yó.

Que la jóven elegante
Luzca su garbo gentil,
Y se haga admirar de todos
Y haga á todos *derretir,*
Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí;
Más que la verde *jamona*

Que los cincuenta cumplió,
Aún pretenda hacer conquistas
Con un coquetismo atroz,
Eso nó,
Eso no que no quiero yo.

Que el partidario político
Con demostraciones mil
De entusiasmo, siempre encomie
De sus doctrinas el fin,
Eso sí,
Eso si que me gusta á mí.
Pero que el voluble y tonto
Haga creer con calor
Que es verdadero patriota,
Cuando no tiene opinión,
Eso nó
Eso nó que no quiero yo.

Que me dé la lotería
El premio de los cien mil,
O la mitad, si no quiere
De gozo verme morir,
Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí.
Pero si en vez de dinero
El destino fiero, atróz,
Me manda un duro *trancazo*
Por manos de algun autor,
Eso nó,
Eso nó que no quiero yo.

Que Juan la gloria desee
Y se tenga por felíz
Cuando muy justos aplausos
Llega al cabo á conseguir,
Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí.
Pero que el pedante, ansioso
De renombre y distinción
Esté mendigando *flores*,
Que nunca se mereció,
Eso nó,
Eso nó que no quiero yo.

Que el hombre digno y honrado
Le tenga lástima al ruin,
Y huya de su presencia
Cual de asqueroso reptil,
Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí.
Pero que el tonto aristócrata
Se considere mejor
Que yo, á quien causa risa
Su orgullo y preocupación,
Eso nó,
Eso nó que no quiero yo.

Por último, si me dicen
Que estas líneas escribí
Con la mayor inocencia
Y sin querer zaherir,

Eso sí,
Eso sí que me gusta á mí.
Pero si algun caviloso
En ellas vé una alusión,
Lo dejaré en su creencia,
Porque, amigo.... se *acabó,*
Eso nó,
Eso nó que no quiero yo.



LA GRAN EXCURSION.

Me alegro de que le haya pasado á D. Leoncio lo que le ha pasado.

¿No anda siempre á caza de gangas? Pues que se fastidie.

Seguramente que estaba pensando en qué fonda chinesca le servirían una cantina más barata que la que le manda diariamente la negra Liboria, la cual le cobra por la citada cantina quince pesos billetes *inconvertibles*, cuando cruzó un muchacho y arrojó por la puerta del cuarto en que habitaba un papelito impreso en que decía:

¡Gran excursión á Mancaperro! ¡Grandes fiestas en Mancaperro! Los señores excursionitas por sólo real y medio y cuartillo irán y regresarán de Mancaperro, en donde se celebrarán grandes, superabundantes, oxtraordinarias, sublimes fiestas en honor de de Ntra. Sra. del Coco, teniendo derecho, además, á las prerrogativas siguientes:

"Los señores excursionistas tendrán pagados

por la Empresa el alquiler de un catre, de un almuerzo y de una comida en Mancaperro, bastando la presentación del billete del ferrocarril, para que su cuenta quede chancelada en cualquiera de los hoteles y restauranes de la citada población en que verifiquen su hospedaje.

"Los señores excursionistas tendrán derecho á afeitarse gratis en cualquiera de las barberias de Mancaperro: la exhibición del boletin los relevará del pago.

"Los señores excursionistas podrán ocupar las veces que quieran al limpiabotas de Mancaperro que se le antoje, pues la Empresa ha celebrado un contrato con todos ellos á fin de que limpien, sin extipendio alguno, los zapatos de cuantos les presenten el billete de viaje.

"Los señores excursionistas podrán visitar todos los edificios públicos de Mancaperro, inclusives los teätros, sin tener que desembolsar nada. Con llevar el citado boletin en el sombrero, las puertas les serán franqueadas.

"¡A Mancaperro todo el mundo!

"¡Real y medio y cuartillo ida y vuelta!!"

Esto lleyó D. Leoncio con sibarítica fruición y esto le hizo exclamar:

—¿Por real y medio y cuartillo tantas cosas?.. ¿Que el diablo me lleve si no voy á las fiestas de Mancaperro!

Y en efecto llegó el dia señalado por la Em-

presa, y uno de los primeros que asaltó el tren excursionista fué D. Leoncio.

¡Qué satisfacción la de mi hombre cuando se vió instalado por real y medio y cuartillo en un carro de segunda, él, que había viajado siempre en *tercerola* como el vino de Navarra!

—Son las ocho,—se dijo D. Leoncio sacando su *galleta* de níkel.—á las 11 llegaremos, ¡Buena hora de almorzar!

Se recostó con voluptuosidad, *prendió* su *cabo* con deleite y esperó, acariciando las más risueñas esperanzas.

Transcurrió una hora.

—¿Qué habrá resultado?—se preguntó el excursionista extrañando el retardo de la salida del tren?

Como contestación á su pregunta oyó una voz que decía:

—¡Va gente como mono! Se han tenido que agregar seis carros; por eso no hemos salido á las ocho como indica el anuncio.

A las diez se puso el tren en marcha.

D. Leoncio sacó por segunda vez su *galleta* de movimiento y al ver la hora que era se dijo con resignación:

—Almorzaremos á la una. La baratura exije algun sacrificio de mi parte. ¡A viaje!

Media hora después se detuvo el tren.

—¿Hay novedad?—preguntó D. Leoncio al conductor.

—No, señor; es que tenemos que *enchuchar*,—respondióle el empleado.

La palabra *enchuchar* no dejó muy tranquilo que digamos á D. Leoncio, por lo que repuso:

—¿Qué *enchuchamiento* es ese, caballero?

El conductor se sonrió.

—Es que, á consecuencia de venir retrazados,—dijo—tenemos que darle paso al tren de Pijirigua, y por ese motivo nos metemos en el chucho.

Al fin cruzó el tren de Pijirigua, y el de los excursionistas prosiguió su camino.

Tres cuartos de hora más tarde hubo necesidad de otro *enchuchamiento*: se tenía que dar paso al tren expreso de Hoyo Colorado.

A las tres y cuarto de la tarde D. Leoncio ponía los piés en Mancaperro.

Tenía el estómago—hablo del de D. Leoncio, por supuesto—en un hilo, pues en él no se albergaba más que la mitad de una naranja, con que lo había obsequiado un compañero de viaje, más dos cabos de tabacos que se había engullido por tragar algo.

—En la primer fonda que encuentre me meto de cabeza—se dijo el excursionista con la ferocidad de un caníbal.

—Caballero, caballero una «limpiada,»—le dijeron tres ó cuatro limpiabotas saliéndole al paso.

—Luego, luego, más tarde,—les contestó D. Leoncio celebrando en su interior el afan conque los tales limpiabotas se apresuraban á cumplir el contrato que tenían celebrado con la Empresa.

A tres cuadras del paradero había un hotel y allí, fiel á su promesa, se coló y pidió que almorzar.

Sirviéronle, y así que concluyó, llamò al mozo, le enseñó el boletin y le dijo:

—Ya sabe usted: yo soy excursionista. Ahora espero que tenga la bondad de llevarme esa maletica al cuarto que se me destine. Yo volveré luego.

El mozo se hizo cargo de la maletica y don Lorenzo se echó á la calle, ávido de conocer á Mancaperro.

—Bueno sará afeitarse,—se dijo pasándose la mano por la barba de quince dias que cubría su rostro.

Vió una barbería y penetró en ella.

Había mucha gente, y el dueño que vió en don Leoncio una cara extraña que no podía traerle *consecuencias*, lo puso en mano de un aprendiz para que practicase en aquel rostro forastero.

A los dos minutos don Leoncio había recibido cinco cortadas, á los cuatro tenía el pescuezo como un gallo que hace *tabla* la pelea y á los diez bramaba como un toro.

Uno de los dependientes se compadeció de aquella víctima del aprendizage y se encargó de finalizar la obra. A su conclusión D. Leoncio sacó de su bolsillo el boletin, se lo mostró al citado dependiente y fuese.

El dueño de la barbería creyó que D. Leoncio había exhibido aquella tarjeta como diciendo: "Des-

pués de esta desolladura, el que me cobre tendrá que batirse conmigo."

Conoció que D. Leoncio tenía razón y dió órden de que nadie le dijese una palabra.

Después de haber visitado las iglesias de Mancaperro, de haber estado en el lugar de las fiestas, D. Leoncio, siempre con su boletin en la cinta del sombrero, entró èn el teatro.

El portero no le dijo nada.

Acabóse la función y D. Leoncio se fué al hotel, cenó, se acostó, durmió como un bendito y al dia siguiente, al abandonar el hotel, el encargado del mismo le presentó la cuenta.

D. Leoncio debía veinte pesos.

Rápidamente se llevó la mano al sombrero para mostrar su boletin y el boletin no estaba allí.

El portero del teatro, creido de que dicho boletin era la contraseña, se la sacó con la mayor delicadeza del sombrero.

¡Pobre D. Leoncio!

Mientras buscaba inútilmente un amigo que le sirviese de fiador por aquella cantidad, pues él se había trasladado á Mancaperro con tres reales solamente, el tren excursionista emprendió viaje y.... al Vivac fué á parar D. Leoncio y de allí no salió hasta dos dias después que recibió de la Habana los cincuenta pesos que le había costado una excursión que se prometió llevar á cabo con real y medio y cuartillo.

Alfredo Torroella.

Alfredo ha muerto! sin cesar retumba
Tan lúgubre clamor en mis oidos,
Y hasta el susurro que en los bosques zumba
Tal parece repite los gemidos
Que se han lanzado ya sobre su tumba.

Alfredo ha muerto, sí; la plañidera
Cancion que Natura entona suave,
Es el eterno adios de la pradera;
Es el eterno adios que lanza el ave
Al remontarse á la azulada esfera.

Alfredo ha muerto, sí; su dulce lira
Junto al sepulcro con las cuerdas rotas,
Callada para siempre allí se mira;
¡Ya no más poblará de puras notas
El aire que en su torno triste gira!

Brillaba el genio en su espaciosa frente,
La virtud en su límpida mirada,
Y en su pecho abrigaba reverente
Religión por su pátria idolatrada;
Eterna inspiración de su alma ardiente!

Cual lanza el huracán la débil hoja,
De valle en valle en su furor profundo,

Así el destino cruel á Alfredo arroja
De sus playas nativas, é iracundo
Le deja solo en su mortal congeja.

La hospitalaria Anáhuac bendecida,
Noble pátria de hidalgo y de Morelos,
Le abrió sus brazos fiel y conmovida,
Y en ellos encontró dulces consuelos
El alma aquella para el bien nacida.

Mas ah! que las delicias de aquel suelo,
Cuyo nombre bendito al cielo suba,
No pudieron borrar su cruel desvelo
Era su eterno pensamiento Cuba;
Morir en ella, su constante anhelo!

Y sentíase morir y á Cuba vino;
Quiso ver otra vez sus pátrios lares;
Poco tiempo los vió, ¡fué su destino!
Mas tiene entre los índicos palmares
Su sepulcro el poeta peregrino.

Turbada el alma por mortal desvelo
Y mostrando en sus lábios la sonrisa,
Fué su corta existencia un ráudo vuelo.
Soplo fugaz de pasagera brisa.
Relámpago que cruza por el cielo.

Pero de Torroella la memoria,
Que guarda el alma con amor profundo,
Es hoy de Cuba inmarcesible gloria;
Y su nombre en los ámbitos del mundo
Tan eterno será como la Historia!

SUEGRAS.

¡Uf, y qué cansado vengo!

Lectores, acabo de hablar con Sorongo, con Horquetilla y con Sardinita. A Sorongo me lo encontré en la calle.

—¡Querido Sorongo!

—¡Estimado amigo!

—¿Qué hay de tu vida?

—Ahí pasándola.

—¿Y la familia?

—Buena, gracias. ¿Y la tuya?

—Perfectamente. Y tu suegra, ¿qué tal?

No bien hice esta última pregunta las tripas de Sorongo dejaron oir un ruido espantoso.

—Me has indigestado el almuerzo,—me contestó apretándose el vientre con ambas manos.

—¿Por haberte detenido?—le pregunté algún tanto cortado.

—No, chico, no es por eso,—se apresuró á responderme Sorongo. Es,—añadió,—por haberme preguntado por esa ipecacuana, ahora que acabo de almorzar.

—Lo siento, estimado Sorongo, ¿continúa esa señora en sus trece, por supuesto, eh?

—¿En sus trece?.... ¿En sus cincuenta mil *perrerías*.

—No me deja vivir, chico; en todo se mete. Si hablo con la criada le llama la atención á mi mujer, despertándole los celos. No pronuncia una palabra que no sea una sátira. He de comer como ella quiere, he de vestir como á ella se le antoja y hasta en la iglesia habla mal de mí la muy puerco espín. No le deseo más....

—Qué cosa?—le pregunté precipitadamente acordándome de la pregunta puesta en Certámen por el director de "La Caricatura."

—¡Que la parta un rayo!—me contestó Sorongo mirándome con ojos de perro rabioso.

Hiceme la señal de la cruz y me separé de aquel hidrófobo.

Me dirigí á la casa que habita Horquetilla.

Llegaba yo al frente de dicha casa cuando éste abría violentamente la puerta y se echaba á la calle diciendo con acento rebosando de cólera:

—¡El demonio de la vieja en todo se ha de meter!

—¡Mi buen Horquetilla!—exclamé.

—¡Hola! ¿Tú por aquí?—me dijo estrechándome la mano y trocando en agasajadora sonrisa la furibunda expresión de enojo que antes le notara.

—La casualidad, chico, y.... ¿qué tal, ¿qué tal?

—Ahí dándole vueltas á la noria.

—Comprendo la imágen. Están los tiempos fatales. ¿Y tu familia, cómo se encuentra de salud?

—Bien, gracias á Dios.

Hubo un momento de pausa.

Yo no sabía como irle al bulto.

Si á Sorongo se le había indigestado el almuerzo por haberle preguntado por su suegra, ¿qué no le resultaría á Horquetilla, dada la disposición de ánimo en que se encontraba con aquella á quien dirijiera las palabras *maldita vieja que en todo se ha de meter*, que antes pronunciara, las cuales,—de ello estaba yo seguro,—eran una *caricia* que Horquetilla habia hecho á su madre política?

Al fin me determiné y recurrí á una mentirilla para provocar la conversación que anhelaba.

—Supe que tu suegra había estado enferma,—dije á Horquetilla.

Este cambió de color tres veces como una higuana y me contestó:

—¿Enfermarse mi suegra?.... ¡Imposible! ¡Hay viejas que no se enferman ni se mueren nunca, y mi suegra es una de ellas! El tabardillo, las viruelas, la fiebre amarilla, el cólera, &, no se *hicieron* para ellas. En cambio ellas fueron hechas para ser peores que todas las epidemias reunidas.

—Pues, chico, yo creí que ya tú y Dª Serapia se habían avenidos y que, por consiguiente, reinaba la paz entre ustedes.

— No hay quien se avenga con ese tigre de Bengala, querido amigo. Tú no la conoces: es un erizo macho indomesticable, intratable, insoportable é inaguantable. Ahora mismo acabo de tener una *agarrada* del demonio con ella. Figúrate que le ha dado por registrarme los bolsillos, empeñada en probarle á mi mujer que yo tengo mis *trapicheos* por ahí, y que ese es motivo porque no comemos mejor de lo que comemos.... —¡come más que el comején ese diablo de vieja!—y porque no vivimos en una casa más espaciosa & &. Pues bien: hace poco que la pillé en su inspección y le pregunté, incómodo por supuesto, que qué buscaba en mi levita. No sabiendo qué contestarme le dió un *tirón* á la silla en que se hallaba la tal levita juntamente con el chaleco, rodó la ropa por el suelo y.... ¡mira en qué estado puso mi reloj! —agregó Horquetilla mostrándome su remontoir lleno de abolladuras y con el vidrio roto.

—Y bien, amigo mio, ¿qué le deseas tú á tu suegra?

—Le deseo....¡Mira, chico, lo ménos que le deseo es un atracón de plátanos para que se vaya á hacer *fufú* al otro mundo.

Fuíme en seguida á ver á Sardinita.

Llamé á la puerta de su casa.

—Adelante,—dijo una voz algo cascaja.

Penetré y me hallé cara á cara y frente con una señora como de cincuenta Abriles que me miraba por encima de unos enormes espejuelos de plata.

—¿Sardinita está en casa?—le pregunté.

—No, señor; ¿qué se le ofrecía?

—Nada, venía á verlo.

—¿Cuestión de negocio?

—Sí, señora,–contesté sin reflexionar.

—¡Ah, si es cuestion de negocios puede usted tratar conmigo lo mismo que si fuera con él, pues estoy al tanto de todos sus asuntos! Con que, ¿venía usted?...... Comience cuando guste.

—Venía......

—No le dé pena: hable con franqueza. Pero, mire, siéntese y hablaremos con comodidad.

La verdad era que yo no sabía qué decirle á la parlanchina vieja.

Así que nos sentamos, uno al lado del otro, reanudó la conversación diciéndome, como para alentarme:

—Yo soy suegra de Sardinita. Hará seis años que éste se casó con Tomasita, mi hija única; quedamos en familia y hé aquí porque me comunica todos sus asuntos. Conque......

—¿Y se llevan ustedes bien?–pregunté aturdidamente.

La vieja me miró primero por arriba de los espejuelos, después por debajo de los espejuelos y, por último, al través de los vidrios de los espejuelos.

—Perdone usted la pregunta, señora, pero ¡es tan raro encontrar una suegra y un yerno que se lleven bien!

—Tiene usted razón: los yernos son el *mismí-*

simo demonio y malagradecidos como las culebras. Ahí está ese Sardinita que, si no fuera por mí, ya estuviera arruinado, y, sin embargo, se atreve á decir, por detrás de mí por supuesto, que soy un bicho venenoso.... En mi presencia tiembla, por que, ¡buena soy yo para aguantarle ni tanto así! ¡Creo que me lo comería si se atreviese á chistarme!

—¿De modo que se llevan ustedes bien, eh?

¡Pues es claro. Obligación es hacer lo que la madre de su mujer le dice. ¡Pues no faltaba más!

—¡Qué feliz debe de ser Sardinita!—exclamé sonándome las narices para disimular la poca severidad con que pronunciaba aquellas palabras.

La vieja me volvió á mirar de las tres maneras que antes y luego repuso:

—Pero, caballero, supongo que su venida á ésta no habrá sido con el solo objeto de informarse de la vida íntima de Sardinita.

—En efecto, Señora, que no he venido con ese objeto, sin embargo de ser bastante íntimo el negocio que me hace buscar á Sardinita.

— Dígamelo.

—Imposible.

—Pues no hará usted el negocio con Sardinita.

—¡Ah, Señora, por lo que le oido decir á usted con respecto á su yerno, estoy seguro de que él será quien me hará salir airoso en el asunto que aquí me ha traido.

—Bien se guardará Sardinita de mezclarse en nada sin mi permiso.

—Se mezclará, señora; se mezclará, por lo mismo que usted *no quiere*.

—¡Me está usted faltando el respeto, caballero!

—Líbreme Dios, señora; yo no hago más que decirle lo que resultará.

—Me estoy figurando que es usted un *sonsacador*, cuando no se atreve á decirme qué clase de negocio viene á hacer con mi yerno.

—Un negocio inocentísimo. "La Caricatura"...

—¿Qué es eso de Caricatura? ¿Como se atreve á llamarme caricatura? ¡Pues no tiene usted mala caricatura...! ¡Póngase en la puerta de la calle!

—Señora, por Dios, déjeme concluir!.... "La Caricatura"....

—¿Y vuelve?....¡Ahora verá!

Y la endemoniada vieja agarró una tranca

Me dirigí precipitadamente á la puerta para librarme de aquella furia, á la sazón que entraba Sardinita por dicha puerta.

—Sardinita, ¿qué le deseas á tu suegra?—le pregunté, al pasar por su lado.

—¡Nada malo!—contestó Sardinita en alta voz como para que su suegra lo oyese.

Esta, que ardiendo en ira me había visto traspasar el umbral de la puerta, *largó un trancazo de ciego* y ¡pobre Sardinita! su lomo izquierdo vino á pagar los vidrios rotos.

¡Bien merecido!

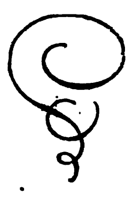
¡Decir un yerno que no le desea nada malo á su suegra!

¡Cuándo se ha visto eso?

¡Pobres suegras!

Debiera de existir una ley que las amparase diciendo:

Artículo único: A fin de impedir la propagación de la rabia, quedan suprimidas las suegras.



SUEGROS.

Pero.... ¿y los suegros, caballeros? ¿Por qué han de ser sólo las suegras las que han de sufrir las venganzas de los yernos, cuando hay cada ejemplar de aquellos por esos mundos de Dios que son capaces de dar *diez rayas y la salida* á todas las suegras habidas y por haber?

Seamos justos por las parrillas de San Lorenzo, en las que deberían de estar ardiendo los *cariñosos padres políticos* á quienes me refiero, movido por un sentimiento de equidad que sabrán apreciar debidamente algunos yernos, verdaderas víctimas sacrificadas en el altar del matrimonio; seamos justos, sí, y díganme que le desean ustedes á Don Carángano, suegro de Sinforoso Cochinilla, á quien en mala hora se le antojó casarse con Cletica, hija única de aquél y de Doña Blasa, la que tuvo á bien morirse antes de ser suegra, segura y satisfecha de que Don Carángano asumiría su representación cerca del marido que el cielo deparase á su Cletica; en lo que no anduvo desacertada la tal señora, pues D.

Carángano vale por dos calamidades: tal arte se dá en sus funciones de suegro por sí y por sustitución de la difunta.

Conmovido Sinforoso por la exclamación ¡Dejar á *taitica* sólo! que lanzara Cletica cuando aquel formalmente le anunció que se iba á casar, resolvió vivir en compañía del padre de su novia, resolucion que le ha costado más arrepentimientos que excepciones tienen casi todas las reglas de nuestra Ortografia, lo cual no pasa de ser más que un arreglado desarreglo, dicho sea así como quien no quiere la cosa.

Desde la mañana que siguió á la noche de la boda conoció Sinforoso que no había obrado prudentemente al *fusionarse* con su suegro.

Serían las seis de la referida mañana cuando D. Carángano, madrugador como buen viejo, cansado ya de hablar con la negra cocinera, á quien había obligado á abandonar la cama desde las cuatro para que le hiciera café, se dirigió á la puerta del cuarto-cámara nupcial y comenzó á dar fuertes golpes en ella, diciendo entre bromas y veras:

—¡Eh, *muchachos*, arriba! ¿Se les ha pegado la sábana en el cuerpo? ¡Arriba!

Aquella *broma* del viejo pareció bastante inoportuna á los recien casados, quienes habían pasado una mala noche, no sé si á consecuencia del calor que se sintiera ó á causa de los mosquitos que asaltaran aquella habitación llena de amorosas ilusiones,

Al tercer dia el viejo manifestó á Cletica su desagrado por tener que esperar á Sinforoso hasta despué de las diez de la mañana para almorzar.

—Pero, papá, si Sinforoso sale á las diez de la oficina,—le objetó la hija.

—Esa no es una razón para que yo tenga el estòmago en un *hilo*,—le replicó D. Carángano, creido de que había alegado un motivo que no admitía réplica.

A la mañana siguiente D. Carángano se hizo servir su almuerzo á las nueve.

Aquello no fué del gusto de Sinforoso, pero se calló la boca y el viejo continuó almorzando sólo con gran pena de Cletica.

Varios dias despues, suegro y yerno tuvieron el primer altercado.

—Hoy han estado aquí dos *ingleses* en busca de usted,—dijo gravemente D. Carángano á Sinforoso no bien entró éste en la casa.

—Acabo de pasar por los establecimientos de esos señores y les he abonado lo que les debía,—contestó tranquilamente Sinforoso.

—Se lo digo,—continuó D. Carángano,—porque no estoy acostumbrado á que los *ingleses* llamen á la puerta de esta casa.

Sinforoso miró al viejo, como extrañando la advertencia.

—Espero,—agregó D. Carángano,—que en lo sucesivo no volverá á resultar eso.

—Procuraré complacer á usted, pero le ruego no olvide que aquí estamos en nuestra casa y que, por tanto, bien me puedo permitir citar en ella, para el pago de algo ó para cualquier otra cosa, á la persona que se me antoje.

—¿Cómo se entiende eso *de que se me antoje*? ¡Aquí soy yo el cabeza de casa!

—Según y conforme. Para mí y para Cletica lo será usted; pero para los extraños, yo, puesto que yo soy quien paga todo lo que aquí se consume.

Intervino Cletica diciendo:

—¡Pero, Sinforoso!

Esta exclamación, en la que Cletica había mezclado el reproche con la súplica, hizo bajar la cabeza al yerno.

El suegro se irguió conociendo que las ventajas estaban de su parte.

Desde ese momento la paz voló de aquella casa.

¡Pobre Sinforoso!

Por amor á su cara mitad sufrió pacientemente los primeros *respingos* de su suegro, lo que fué causa de que éste acabase por montársele arriba como si fuese un caballito de palo.

Don Carángano se entiende hoy directamente con el casero, con el panadero, con el carnicero, con la cocinera &ª., y para el efecto exige á Sinforoso que le dé cuenta hasta del último real que gana.

Algunas veces Sinforoso quiere rebelarse para hacer valer los derechos que le asisten, pero en

esos instantes se presenta Cletica, é influenciada por el respeto y cariño que le profesa á su padre, robustecida esa influencia por los desacertados consejos que el egoista viejo da á la hija, aprovechándose de las horas en que el marido de ésta se halla ausente, que son las más del dia; en esos instantes, repito, se presenta Cletica y rompe á llorar amargamente, lamentándose de que ya su esposo no la quiere, pues que se niega á complacer al autor de su existencia.

Un propósito guía todas las acciones de Don Carángano; el de contrariar á Sinforoso.

Este, por su parte, no puede disimular la antipatía que le inspira su suegro y si sus miradas destrozasen, ya hace tiempo que no le hubiese quedado un hueso sano al caprichoso viejo.

En aquella casa se hace lo que D. Carángano manda, y nada más, y tal creces ha tomado su tiranía que hasta la misma Cletica es víctima de ella.

A las nueve de la noche, ¡todo el mundo á dormir! D. Carángano quiere que se le *tienda* su catre en la sala para acudir pronto al llamamiento del lechero.

A esa hora abandona la cama y, tose por aquí, estornuda por allá, escupe por aquel lado, derrumba una silla por el otro y regañando por todo y para todo, interrumpe el sueño de los demás, y no satisfecho con esto, no bien se asoman los claros del dia, se aproxima á la puerta del cuarto del matrimonio y desde allí grita:

—¡Cletica, Cletica, dile al haragán ese que es hora de írse para su trabajo.

Ya marido y mujer están hartos de sopas y demás comidas blandas que exige, sin tolerar otras, D. Carángano, á quien se les han caido todas las muelas.

La *miga de gato* es el plato sacramental de aquella casa.

Cuando Cletica hace una caricia á Sinforoso en presencia del viejo, éste se vuelve furioso contra de ella y hay que taparse los oidos.

Los amigos de Sinforoso lo consuelan, diciéndole:

—Apresúrate á tener un hijo, chico. Ese viejo necesita un juguete para distraerse, y de tal le servirá el nieto que ustedes le den.

¡Ay, que esto no puede consolar á Sinforoso, porque á él le consta que en la casa de enfrente de la que vive, habita un matrimonio que tiene seis hijos, nietos de un abuelo que se vuelve un rayo cuando el padre ó la madre de aquellos hijos regaña á cualquiera de los seis muchachos, los cuales por esa causa están hechos unos beduinos con ribetes de antropófagos.

—Ustedes no conocen á D. Carángano,—suele contestar Sinforoso á los amigos, que le dan el consejo expresado arriba.–Mi suegro es tal que, si le diésemos un nieto, sería capáz de decir que él lo había parido y que sólo á él, por consiguiente, corres-

pondía querer y dirijir al muchacho. Hay que desengañarse, amigos míos: *Pateta* tan sólo podrá acabar con mis males, pues estos desaparecerán cuando á mi suegro se lo lleve *Pateta*.

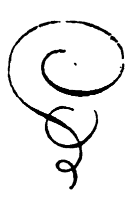
Y Sinforoso al decir esto se siente algun tanto consolado.

¿Se han convencido los lectores de que existen suegros que pueden dar *diez rayas* y *la salida* á las suegras.

Hay que convenir en que la *yernofóbia* se anida lo mismo en el corazón del suegro que en el de la suegra.

Y hay que convenir también en que los suegros, tanto los machos como las hembras, son los microbios del matrimonio.

Hablo, por supuesto, de los suegros malos, que también los hay buenos, aunque en pequeño número, en la viña del Señor.



EN BUSCA DE LECHON.

Llegó la mañana del dia de la Noche Buena y resultó lo que Dª Sabina se había figurado: su marido D. Goyo no se había podido conseguir lo suficiente para comprar un lechoncito y un guanajito, según desearan su mujer y sus hijos Maruca, Belica y Onofrito.

—¡Pues lo que soy yo no me *queo* sin comer *guanajo!* —exclamó Dª Sabina introduciéndose un palito de tabaco en la boca.

—Ni yo,—agregó Maruca, muchacha de unos veinte y pico de años, y de otros tantos defectos físicos, entre los que descollaban unas narices inmensamente largas y unos ojos extraordinariamente pequeñitos.

Ni yo tampoco,—repuso Belica, señorita que se las dá de doctora y le *suelta un laiga* á cualquiera, sin decirle ¡agua va!

—¡Qué ganas tengo de comer *jocico de lechón!*—dijo Onofrito *empatando* una cuchilla al *rabo* de un papalote.

D. Goyo oyó estas protestas y repuso:

—No me vengan *embromando* con su esto y con su aquello. No tengo más que pàra comprar cuatro lisas *salúas*, que se harán con papas, aceite y vinagre, arroz y frijoles y *san seacabó*.

—Esa es una cena muy *estítica* que no me dejará *sastifacida*,—declaró Belica.

—Papá no piensa más que en *lisa salá*,—añadió Maruca.—El dia de su santo, lisa *salá*, el dia del santo de mamita, lisa *salá*, el dia de mi santo, lisa *salá*.

—¡Así nos tiene de *salúas!*—gritó Dª Sabina.

—Pues hagan ustedes lo que quieran, que lo que es á mí no me vuelven loco.

Esto dijo D. Goyo y se fué para el café de la esquina en donde tenía concertado un partido de dominó.

—Es necesario tomar una *risolución*,—declaró Belica.

—Pues no faltaba más!-repuso Dª Sabina.... Pero Oye, Onofrito, ¿tú sabes si la familia de D. Etanislao tiene cena esta noche?

—¡Ay, mamá si hubieras visto el *lechonzazo* que mataron en casa de D. Etanislao ... hacía por dos papalotes de estos!.... Oye, mamá, en casa de D. Liborio también mataron lechón, y en casa de Dª Juana ... ¡Ah, mira, mamá, en casa de D. Sacramento mataron un lechón *deste* tamaño.

Y Onofrito colocó la mano á la altura de su pescuezo.

Dª Sabina se frotó las manos con alegría y dijo:

—A ver, muchachas, pónganse las mantas, y Onofrito, pásate un trapo por la cara que la tienes *tizná* y vengan conmigo, que ya verá Goyo si nosotros cenamos lechon esta noche.

En un instante se puso aquella familia en disposición de salir á la calle.

Dª Sabina cerró la casa con llave, le mandó ésta á su marido con Onofrito, quien cumplido su encargo se incorporó de nuevo á su madre y hermanas.

—Oigan,—dijo Dª Sabina emprendiendo la marcha,

—vamos á casa de D. Etanislao, déjenme hablar á mí y *asegún* mis palabras respondan ustedes.

Llegaron á casa de Etanislao y salió éste acompañado de su mujer á recibir á los visitantes.

Después de los saludos de costumbre D. Étanislao preguntó á Dª Sabina el motivo á que debía el honor de su vida.

—No me diga V. *na*, D. Etanislao, que he *pasao* la incomodidad mayor del mundo, y salí á tomar aire, porque si no me da una *patuleta*. Figúrense que desde ayer por la mañana le encargué á José Encarnación—José Encarnación es el negro que me mata todos los años el lechón y el guanajo,—que viniera hoy temprano para que me dejase listo un cochinito y un pavo *pa* mandarlo al horno, y ¿podrá usted creer que esta es la hora en que el demonio del negro no ha *io* por casa?

—¡Y nosotros que no podemos cenar sin lechón, figúrese usted D. Etanislao!—dijo Maruca con lamentable acento.

—Para eso que nosotros no nos descuidamos,—repuso la mujer de D. Etanislao;—apenas amaneció Dios mandé á buscar al chino Timoteo y en un decir Jesús me dejó arreglados el lechón y el pavo.

—¡Ah, si yo cogiera entre mis manos á ese *condenao* José Encarnación, lo había de hacer trizas!—exclamó Dª Sabina.

—¡Yo siempre me *apresumí* que ese *nigricio* me había de hacer alguna acción tan raquítica como inoportuna!—dijo Belica.

—¿Qué José Encarnación es ese, mamá?

Dª Sabina se quiso *tragar* con los ojos á su hijo.

—Vente haciendo el gracioso, muchacho—añadió

haciendo á Onofrito una imperceptible señal para que no *echase á perder* el *negocio*.

—¡Esto de pasarse lo Noche Buena así, friamente, es lo último!—exclamó Maruca dando las narices al viento pues hasta ella había llegado un olorcillo á *guanajo* recientemente decapitado.

D. Estanislao y su consorte no se dieron por entendidos ante aquellas insinuaciones que ya habían comprendido perfectamente, y para quitar todo género de esperanzas á la familia, dijo la segunda:

—Nosotros acostumbramos hacer de la Noche Buena una fiesta puramente de familia. Desde el tiempo de mi abuelo seguimos esa costumbre.

—¡Malaya sean tú y tu abuelo!—dijo para sus adentros Dª Sabina disponiéndose á marchar, convencida de que allí no había de sacar *lasca*.

Así que se vieron en la calle, Dª Sabina determinó ir á casa de D. Liborio, quien, según dijera Onofrito, también había matado lechón.

—¿Ustedes por acá?—dijo aquél al ver entrar en su casa á la familia de D. Goyo.

—No me diga usted *na*, D. Liborio, que hemos *dao* una caminata en balde y ni el lechón ni el guanajo han *apareció*.

—¿Qué lechón y qué guanajo son esos, doña Sabina?

—El lechón y el *guanajo* que me mandó mi hermano Cleto que está de mayordomo en el ingenio *Pisiyaya*. Me lo mandó por el ferrocarril; fuí al ferrocarril y allí dicen que *entoavía* no han llegado esos animales.

—Pues buena embromada les han dado esa gente. Se tendrán que pasar este año sin lechón y sin *guanajo*.

Onofrito quiso prestar un buen servicio, á fin de

hacer olvidar la torpeza que había cometido en casa de D. Etanislao, y dijo:

—¡Qué grande y qué bonito estaba su lechón, D. Liborio; yo lo *vide* cuando se lo llevaban para el horno!

—¡Estos muchachos lo saben todo!—exclamó Doña Sabina bendiciendo en su interior la *salida* de su hijo.

—Y no se equivoca,—repuso D. Liborio. El lechón era bastante grande. Figúrense ustedes que es para mi familia y la de enfrente, la mitad para cada una. Así con vinimos D. Ciriaco y yo.

Aquel fué el grito de sálvese quien pueda.

Dª Sabina, Maruca y Belica se pusieron de pié á un tiempo y abandonaron la casa seguidas de Onofrito, que ya se había imaginado tener entre sus garras el *jocico* del cochino.

De casa de D. Liborio, aquella familia se trasladó á la de Dª Juana, la que, según Onofrito, había matado lechón para la Noche Buena.

Pero Dª Juana no se anduvo con *chiquitas*, á la primer insinuación de las *merodeadoras* les dijo:

—Hijitas, siento mucho la ocurrencia y más siento no poderlas convidar á mi mesa. El lechón no tiene ni media arroba y no alcanzaría para todos.

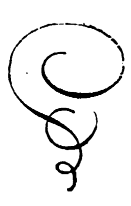
Belica salió de aquella casa arrojando cincuenta esdrújulos á la brusca franqueza de Dª Juana.

Pero quien se las hizo *buena*, fué Dª Sacramento, la otra amiga que indicara Onofrito que había matado lechón.

Dª Sacramento convidó á cenar á la familia de mi historia, pero á la hora en que se aparecieron éstas acompañadas de D. Goyo, que al fin y al cabo se había dado por convencido de que ERA NECESARIO cenar lechón la

Noche Buena, á esa hora, digo, se encontraron con la casa de doña Sacramento cerrada. A los golpes que dieron á la puerta se asomó á la ventana una vecina y les entregó una carta de la misma D^a^ Sacramento en la que les decia: "Una noticia que acabo de recibir me obliga á salir en este instante para Marianao, de donde no volveré hasta mañana. Dispensen."

Lo que hizo D^a^ Sacramento fué llevarse su lechón y demás comestibles para casa de una parienta cercana, pues parece que conoce á fondo á la *pegajosa* familia de D. Goyo, la cual tuvo que conformarse, mal que le pesare, con su lisa *salá* revuelta con aceite y vinagre.



DON CANUTO Y DON CALIXTO.

¡Cuanto le está pesando á D. Canuto haber hecho lo que hizo!

Figúrense ustedes que este buen industrial abandonó la sombra en que plácidamente se deslizaba su existencia, entregado al despacho de reales de manteca, medios de arroz y cuartillos de ajo &. &. seducido por los resplandores de la popularidad política, la que, si bien es cierto que lo sacó de la obscuridad en que yacía, tambien es verdad que ella fué la causa de que hoy se vea sin su bodega *La Cebollita*, en la hubiera formado un capital de treinta ó cuarenta mil pesos, oro, libres de polvo y paja, como vulgarmente se dice.

Bien que comprendía él que la elevación que había alcanzado no le convenía, pues frecuentemente exclamaba: ¡Maldita sea la hora en que recibí la primera boleta para que fuese á votar en las elecciones públicas; si me hubiese abstenido de hacerlo no me hubieran mandado la segunda boleta, ni la tercera; despues no me hubieran nombrado miembro de un comité, en seguida no me hubieran hecho concejal, y hoy, por último, no me viera presidente de aquello, secretario de lo otro, vocal de lo de allí, tesorero de lo de acá, comisionado y delegado y....

¡el demonio y la capa! que están dando al traste con mi dinero, con mi tranquilidad y con mi salud!

Y así es en efecto.

D. Canuto que se daba por muy satisfecho con poder *tender* su catre en el pequeño espacio que dejaban las pipas y garrafones que había en la trastienda de su bodega, tuvo que alquilar una casa contigua á su establecimiento despues de la primer serenata con que lo obsequiaron sus comitentes.

Un amigo le dijo que aquel lugar no era digno de él.

La tal casa fué amueblada como para recibir en ella á personas distinguidas, y los ahorros del industrial sufrieron un ataque terrible.

D. Canuto, que acostumbraba á salir los domingos á paseo con un modesto traje, en el que se significaba un *saco* de casimir como artículo de lujo, se vió precisado á mandarse á hacer un centro de elasticotín negro para los actos ordinarios de su vida pública, y la correspondiente casaca para los extraordinarios de la misma.

De los tormentos íntimos de don Canuto sola estaba enterado don Calixto, paisano suyo, bodeguero como él, pero á quien no habían podido deslumbrar los halagos políticos de nadie, razón por la cual vivía á la *sombrita*, ni envidioso ni envidiado. Y cuenta que don Calixto poseía más ventajas fisicas é intelectuales que don Canuto para brillar, pues á una buena presencia reunía muy buen juicio y una notable facilidad de locución, razón por la cual cuando hablaba era escuchado con gusto.

Pero ¿qué quieren ustedes? el mundo está montado así: las peores *figuras* son las que más desean *figurar*, y váyase lo uno por lo otro.

—Canuto,—solía decir Calixto á su amigo,—déjate de tonterías y atiende á lo que te importa. Todos esos car-

gos que ejerces en vez de llenar tu bolsa te la están vaciando.

—Harto que lo conozco—le contestaba Canuto,—pero ¿que quieres? ya estoy montado en el burro y tengo que sufrir los corcovos

Dije que la salud de Canuto se perjudicaba á consecuencia de la posición social que habia escalado y esto era una una purísima verdad.

Las angustiosa horas que pasaba con el cuerpo ajustado por la levita, chaleco y botines, él, que estaba habituado á la holganza de la camiseta y á la amplitud de los pantuflos, se resolvían en frecuentes dolores de cabeza.

Las indigestiones que le ocasionaban los repetidos banquetes á que se veía obligado á cancurrir le echaron á *perder* el estómago.

Los desvelos que le causaba el aprendizaje de los discursos y brindis que le hacía su amigo Calixto lo tenían en los huesos.

La constante lucha que tenía que sostener con sus contrarios políticos agriaron su carácter, y de bueno y apacible que era se transformó en gruñón y altanero.

Al fin resultó lo que necesariamente tenía que resultar.

La prensa ridiculizó hasta el *choteo* á D. Canuto, la quiebra vino después y el pobre cayó desde lo alto de la gloria á los abismos de la insignificancia.

Hoy lo tenemos de dependiente de Calixto, el único que se le ha conservado fiel. Aquellos *caciques* que tanto lo distinguían, lo miran al presente por sobre el hombro, como suele decirse, pues han llegado á averiguar que ya Canuto no es contribuyente y que por tanto, no tiene voto, y un hombre sin voto para los que manejan el pan-

dero político es una cosa que bien pudiera llamarse cuerpo sin alma.

Conque......

Memorias á los Canutos y mi enhorabuena á los Calixtos.



DE ENAMORADOS LIBERA NOS.

A mala hora se le antojó á Benito Cachivache enamorarse de Feliciana, la vecinita de enfrente de mi casa, y en peor ocasión se le ocurrió á don Gerónimo, padre de Feliciana, oponerse á las *relaciones* de esos dos jóvenes, porque en verdad les digo, lectores de mi ánima, que yo soy quien está pagando el pato en ese asunto.

Yo no conocía ni por asomo á Benito Cachivache, pero fueron tantas las pasadas que dió por la calle en que vivo, que al fin llamó mi atención y me fijé en él, bastando esto para que él se creyese obligado á saludarme. A los dos dias hallándome en la ventana, se detuvo á hablarme; á los tres accedió á mi invitación para que penetrase en mi hogar, y hoy me visita cuando se le antoja, por la mañana, al medio día, por la tarde, por la noche, haciéndome con frecuencia el honor de acompañarme á almorzar unas veces, á comer otras y á almorzar y á comer el mismo día repetidas ocasiones.

Pero no es esto lo peor; lo peor es el continuo movimiento en que se halla Benito Cachivache durante todo el tiempo que permanece en mi casa.

¡Me marea!

Si está sentado á la mesa, almorzando ó comiendo, no cesa de levantarse para ir á la puerta y ver si Felicia-

na se encuenira asómada á su ventana y cambiar con ella unas cuantas amorosas señas, mostrándose sordo á los gritos que le doy, diciéndole:—¡Cachivache, que se enfrían las patas; Cachivache, que se enfria el mondongo; Cachivache, que se enfrían los huevos, etc.!

Si entablo con él una conversación, en la sala, estando la ventana abierta, se interrumpe á cada instante para acechar si Feliciana se halla visible. Si resulta esto, por muy interesante que sea la conversación que sostengamos, el santo se le va al cielo, y sus contestaciones se resienten de una incoherencia que me pone los pelos de punta:

Sirva de ejemplo lo que me aconteció ayer.

Nos ocupábamos de los comisionados.

—Hay que desengañarse, amigo Cachivache,—le dije siguiendo el hilo de la conversación;—el país hubiera dado una prueba de cordura nombrando diputados á Cortes á los señores comisionados.

Cachivache hizo un movimiento de afirmación con la cabeza, mirándome con un ojo y con el otro á la casa de enfrente.

Yo continué diciendo:

—Esos señores hubieran sido fieles intérpretes de las necesidades de Cuba, ¿verdad, Cachivache?

—Ahí sale el viejo,—murmuró el jóven incorporándose en el asiento.

—¡Ay, amigo mio,—proseguí diciendo—el país está para que en él se haga más administración y ménos política! ¿Nó le parece á usted así?

—Jun—respondió Cachivache haciéndoles señas á Feliciana, la cual se acababa de asomar á la puerta.

—La situación es tristísima,—agregué sériamente empeñado en seguir tratando la cuestión.

—¡Está divina!—exclamó Cachivache mirando á Feliciana con ojos de carnero degollado.

—De seguir así las cosas el hambre no tardará en dejarse sentir.

—¡Te comería á besos!—dijo por lo bajo Cachivache llevándose la mano al pecho.

—Y dejándose sentir el hambre habrá que emigrar......

—Allá voy—salió diciendo Cachivache abandonando rápidamente el asiento para acudir al llamamiento que le hiciera Feliciana, aprovechándose de la ausencia del *viejo.*

Me quedé con la palabra en la boca, como suele decirse.

En las noches en que el autor de los dias de Feliciana no sale de su casa, mi amigo Cachivache se sienta en una silla que coloca en la ventana de la mía, y allí, cuando no está haciendo *morisquetas* para llamar la atención de Feliciana, que lo mira á hurtadillas, se entrega á los placeres del canto, entonando aquellas canciones eróticas en que se repiten con frecuencia las palabras amor, ingrata, corazón, morir de pasión, ilusiones, esperanzas, sueños, recuerdos, juramento sagrado, cariño eterno, etc., etc., etc.

No hay día en que no me pida dos ó tres plieguitos de papel, bien para escribir cartas á Feliciana, ó bien pera emborronarle unos versos á la misma.

El nombre de esta se encuentra estampado en todos los rincones y detras de todas las puertas de mi casa; en los unos con lápiz, y en las otras con yeso. Por donde quiera ve uno el nombre de la que tiene medio chiflado á mi amigo Benito Cachivache.

¡Ahora que recuerdo!

Semanas atrás me hizo pasar un mal rato ese demonio de enamorado.

Llamaron á la puerta de mi casa, fuí á abrir y me encontré con el Celador del barrio.

—Vengo á saber qué clase de espectáculo público hay aquí,—me dijo el funcionario de policía.

—Ninguno,—le contesté extrañando la pregunta.

—Pues entónces dígame lo que está rematando,—repuso el mismo funcionario.

—¿Rematando?...... Caballero, yo no estoy rematando nada.

—¿Pues qué significa ese banderín rojo que sale por el postigo de la ventana?

Miré y, en efecto, por el expresado postigo se asomaba un banderín rojo.

Pregunté á mis familiares que era aquello y Cachivache que se hallaba presente me dijo:

—Dispénseme, chico; he convenido con Feliciana en que ese banderín sea la señal de que yo me encuentro aquí.

—¿De modo que cuando usted viene?......

—Pongo el banderín.

—¿Y cuando usted se vá?......

—Quito el banderín.

—Pues, amigo Cachivache, tenga la bondad de renunciar á esa idea, porque ese banderín es una banderilla que me está usted pegando.

Ahora ha establecido un telégrafo de hilo entre mi ventana y la ventana de su novia.

Esto va á concluir mal, porque el día ménos pensado cojo á Cachivache por el pescuezo y se lo presento al padre de Feliciana, diciéndole:

—Pues que es usted, y no yo, el padre de Feliciana, aguante al Cachivache de ésta. Ya estoy hasta los ojos de esa hipoteca.

TODO ES GORDO.

La flaqueza es inexplicable en los tiempos que alcanzamos.

Hablo, por supuesto, de la flaqueza física.

La moral ha sido, es y será patrimonio exclusivo del hombre.

Digo que la flaqueza física es inexplicable, porque, probado como está que el magnífico chocolate de Matías López hace engordar al flaco más recalcitrante, no se concibe la razón que autorice á ciertos señores para lucir sus huesos de la cínica manera que los lucen.

El hombre flaco es un ataque feroz á la armonía que se nota en la época presente.

El hombre gordo es la señal característica de los tiempos que atravesamos.

Hoy todo es gordo.

Gordo el premio de los doscientos mil *tulipandiangos*.

Gordas las tarifas ferrocarrileras.

Gordo el tasajo que compramos por masa y que resulta ser un *gordemis* de arranca dientes.

Gordos los billeteros que nos aturden con sus gritos.

Gordos los *chanchullos* que se hacen.

Gordas las contribuciones.

Gorda la vista de ciertos vistas.

Gorda la conciencia de algunos Ayuntamientos.

Gordas las gotas de sudor con que regamos la tierra para arrancarle el pan nuestro.

¡Engordar!

Hé aquí la tendencia general.

Se engorda por do quiera y como quiera.

Fijaos en las mujeres.

Usan unos corsets con *alas* y *arrastraderas* en sustitución del antiguo polisón y con ellos parecen parcialmente gordas, vistas por detrás.

Esos mismos corsets tienen una especie de *tachos al vacío* que corresponden al seno y con esos *vacíos* parecen *llenos* de morbidez unos pechos vacíos.

¿Qué significa esto?

Lo dicho, y lo dicho es que hoy priva la gordura.

Fijaos en los hombres elegantes.

Usan los pantalones anchos.

Los zapatos, grandes.

Cualquier quisque se mete entre pecho y espaldas tres mil ejercicios de palanquetas.

¿Cual es la causa de todo esto?

El afán de parecer gordo.

Si se habla de crímenes, lo corriente es oir decir: «Hoy se ha cometido uno y bien gordo.»

Si se habla de empleados sale á relucir la frase: «Cuenta con un padrino que es un peje gordo.»

Si se habla de política no faltan voces que digan: «Se tiene que armar la gorda.»

¿Qué vendedor de aves pregona sus pollos, gallinas, pavos, sin agregar la palabra gordos?

¿Pollos flacos, gallinas flacas, pavos flacos, etc.?

Ni regalados.

Lo mismo que las telas ... ¿quién usa tela fina en estos tiempos de arranquera?

Lo mismo que los cigarros.

¿Quién fuma hoy cigarros finos ni *entrefinos*?

¡Vengan *Coronas* gordos!

Hasta en el nombre que llevan algunos establecimientos se manifiesta la predilección que existe por la gordura.

Ahí tienen ustedes *El Palo Gordo*, *El Gordito*, *El Premio Gordo*, *Sancho el Gordo* y etc., etc.

¿Bailes en ciertos teatros?....

Tapa, tapa, que rebosa la gordura y pueden caer pedazos de filetes sobre los espectadores.

¿Y qué me dicen ustedes de los índices que traen los vapores correos?

¿Gordos, eh?

Gordos de flacos que se pondrían gordos, y gordos de cesantes que ya están gordos.

Por do quiera se ve la expresiión de la gordura.

Estar gordo es estar á la moda.

La flaqueza hoy es cursi, por no decir anacrónica.

Hasta el idioma ha engordado, pues aparte de los tecnicismos de *sport* con que se ha rellenado, al presente cuenta con un adverbio más y ese adverbio es *gordamente*.

Juan está gordamente pobre.

Fulana es gordamente fea.

Esperencejo gobierna gordamente.

¿Qué más?

Hasta la justicia siente la influencia de la gordura.

Se suscita una disputa entre dos, ó tres ó más; ¿quién tiene razón?

El que hable más gordo.

Conque......

A engordar, lectores, que el mundo es de la gente gorda.

Y no lo digo por mí.

HAY MUCHOS ASI.

Nepomuceno Molinete no se está quieto un minuto, ni áun en aquellos lugares en que se debe permanecer con reposado continente; y lo digo por que lo he visto en la iglesia más de una vez, y en todas ellas ¡qué mirar para un lado y otro, qué levantarse, qué sentarse, qué rascarse, qué gargajear, qué resoplar con las narices, qué mover de piés y manos!

¡Ni durmiendo se está quieto Nepomuceno Molinete!

Ferozmente ssnámbulo, cuando duerme canta, pronuncia discursos, versifica, baila, pelea, gruñe, hace como perro, le dá almohadazos á la pared, cruje los dientes, silba, da vueltas de carnero, &ᵃ &ᵃ

Jamás se le vé caminar despacio: ni cuando marcha en una procesión.

A varias de estas fiestas religiosas ha asistido y despues de todas ellas se ha aparecido en su casa con la vela.

—¿Qué significa eso, Nepomuceno?—le ha preguntado la mujer.

—Significa que iba en las procesión caminando muy distraídamente y cuando volví la cabeza me encontré con que la procesión había doblado tres cuadras detrás de mí.

En las visitas......

¡Nepomuceno Molinete es una calamidad!

Si está sentado en un sillón se mece con tal impulso que al cabo se va para atrás, por lo que, si no rompe el sillón, hace tiestos la escupidera que tiene al lado.

Otras veces se interrumpe bruscamente cuando está hablando, fija sus miradas en un punto, de repente se dispara con dirección al lugar que mira, y, cuando todos creen que ha visto un alacrán ú otro bicho semejante, ó que las llamas han hecho presa en algún objeto, nuestro hombre se apea mostrándo la mancha que le ha caido á un cuadro, ó un rayo de luz que juguetea en la pared, ó cualquier cosa en fin, que no valía la pena de llamar la atención de nadie.

¿Accionar él como las demás personas?

¡Nunca!

Sus brazos son aspas de molino, sus piernas dos culebras bailadoras y sus ojos dos centrífugas á todo vapor.

Dias pasados, hallándose en una numerosa reunión de señoras y caballeros, contaba las peripecias de una cacería.

—La *jutía* se fué acercando, acercando,—dijo Nepomuceno poniéndose en cuatro piés y caminando de este modo.

—Yo que la ví preparé mi escopeta.

Al decir esto Nepomuceno se puso de pié y, rápido como el rayo, cojió una escoba que se hallaba en una habitación inmediata.

Apunté—continuó diciendo Nepomuceno, á la vez que se echaba la escoba á la cara,—y cuando ya iba á disparar, vuelve el demonio del animal para atrás y se me desaparece entre la yerba. ¿Qué hago? .... Voy y me trepo en un peñasco,—y diciendo y haciendo, Nepomuceno Molinete se subió en una silla;—alcanzo á ver de

nuevo á la *jutía,* le apunto--y mi hombre, acompañando la acción á la palabra, apuntó con la escoba;—tiro del gatillo y *¡pum!* y la *jutía* cayó *redonda.*

Figúrense los lectores como tendrían los oyentes que disimular la risa que les causaba la vista de Nepomuceno encaramado en una silla con la escoba en la mano.

En los bailes se distingue de un modo notable mi buen Nepomuceno. Si baila un vals no pára hasta un compás después de haber concluido la música. Si es una danza, para él no hay primera ni segunda parte; todas entran en una sola pieza, que él, incansable, baila desde el principio hasta el fin.

Las muchachas por este motivo le han puesto el apodo de *Matacompañera.*

En el teatro.... ¡infeliz del que le toque un asiento junto á Nepomuceno Molinete!

Verá el primer acto, pero lo que es el segundo lo va á ver á diez leguas del sitio que ocupa el vecino que la fatalidad le deparara y el que, si rie, se ríe con todo el cuerpo, sí aplaude, aplaude con las manos, con los piés, con la cabeza, con la barriga y hasta con las asentaderas, y cuando no hay de qué reir ni porque aplaudir, no por eso se está tranquilo, pues entonces ó no deja en paz los gemelos, mirando con ellos para todos lados, cambiando frecuentemente de posición, ó pretende desnarigarse sonándose á menudo con un estrépito que hace honor á sus membranas pituitarias.

¡Ese hombre tiene azogue!—dicen unos, hablando de Nepomuceno Molinete.

¡Qué actividad de hombre!—exclaman otros siempre que lo ven por esas calles de Dios como alma que lleva el Diablo.

Yo me contento con llamarle *ardilla,* y maldito si creo envidiable su constante movilidad.

No una sino bastantes ocasiones se le ha ido el tren ferrocarrilero en que pensaba trasladarse á otro punto.

Ha perdido yo no sé cuantas colocaciones; unas por adelantarse á hacer ciertas cosas que debía haber hecho después, y otras por haber hecho después ciertas cosas que debió haber hecho antes.

Por su andar es dificil averiguar si le interesa ó no llegar pronto al lugar á donde se dirije.

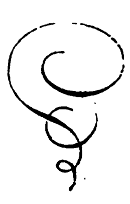
Con igual rapidez camina yendo á buscar un médico para un caso grave que cuando marcha al azar con el objeto de distraerse paseando de un lado á otro.

Por eso sale á escape del teatro antes de que se baje el telón.

Por eso codea, empuja, pisa y destroza por salir antes que nadie de la iglesia.

Por eso muchos, hablando de Nepomuceno, dicen con sorna: siempre corriendo y siempre llegando tarde.

Por eso yo aseguro que Nepomuceno Molinete, y cuantos á él se parecen, tienen el talento en los piés.



ESBOZO.

Yo no diré que todos sean iguales á Goyo Boniatal, pero la verdad es que he conocido á más de media docena de jóvenes ricos, nacidos y criados en el campo, y que ya mozos fijaron su residencia en la ciudad, en donde se hicieron notables por el modo particular con que se vestían, sin embargo de rendir ferviente culto á la moda, la que tenia en ellos unos fanáticos adoradores.

No había paño más fino que el de las levitas de Goyo, pero yo no sé como demonio las doblaba el *elegante* mozo, que el paño no se lucía, por impedírselo las marcas que le dejaban los dobleces á que había sido sometido.

Las más hábiles tijeras habían cortado esas mismas piezas, pero eran tantos los tirones que les daba Goyo al ponérselas, y de tal manera acertaba siempre á colocárselas fuera del lugar que en su cuerpo les correspondía, que, cuando una de las solapas no sobresalía más que la otra, el cuello se le iba para atrás, ó se le presentaba, á guisa de cordillera, un enorme pliegue por los espaldares.

Los pantalones de Goyo ofrecían también sus extravagancias, pues cuando no le estaban *huyendo á la humedad*, no les perdían el pié ni las pisadas á los zapatos de su dueño; y era que Goyo al ponérselos se los subía casi

hasta el pecho, por lo que le quedaban cortos; pero después se le iban escurriendo poco á poco hasta llegar al mínimun, en cuya posición los dejaba Goyo, halagado por la comodidad que sentía y sin inquietarse por los mordiscos que los despiadados tacones de sus zapatos daban á los pacientes *bajos* de sus calzones. Resultado: que éstos, á la cuarta postura, ostentaban en sus extremos inferiores dos medias lunas que podían dar paso al mayor de los satélites de Júpiter.

Si de los pantalones de Goyo se pasaba á examinar las camisas del mismo, confeccionadas en uno de los establecimientos más afamados y con la tela más fina que se conocía, al instante se notaba que la pechera estaba torcida, que formaba un gran *buche* encima del pantalón y que el cuello hacía inauditos esfuerzos por treparse hasta la coronilla de Goyo. Eso sí, en aquella mal colocada pechera se lucia siempre una. roseta de brillantes montados en plata, capaz de hacer pestañear á un retrato hecho por Torrriente.

Los chalecos de Goyo parecian una vidriera de joyería. De la solapa le colgaba una finísima cadena de oro, la cual sostenía unos quevedos, también de oro, que Goyo no usaba, porque veía mejor que el mitológico Lince; de uno de los ojales pendía una argolla, de oro por supuesto, de esta argolla pendía una leontina de media pulgada de grueso, oro de diez y ocho, esta leontina tenía un ramalito y á este ramalito estaban sujetos un enorme relicario, una tenacita para fumar, un limpiadientes, un cortaplumas, una brujulita, una anclita, una campanillita, un sellito, una sortija de brillantes, rubíes y esmeraldas, y por último un llavin de muy regulares dimensiones. Goyo gozaba lo que no es decible cuando caminaba marchando al compás del ruido que producían aquellas prendas al chocar unas con otras.

De los sombreros de Goyo diré lo que decia todo el mundo: que eran magníficos, pero que ninguno le pasó nunca de los límites de la frente. Siempre los llevaba *bailando*, como suele decirse, sobre la cabeza.

De los zapatos......que si se usaban de punta afilada, él mandaba hacer los suyos con dos pulgadas más de largo, sintiendo verdadera complacencia cuando se ponía lazos grandes en el calzado.

Y á propósito de los lazos grandes. Goyo tenía constantemente más de cincuenta corbatas de lazos monumentales con alfileres monstruosos.

En los pelados y peinados era exigentísimo Goyo.

—¡Nunca me queda el *surco* como yo quiero!—decía siempre después de salir de manos del peluquero, el cual se sonreia al oir llamar *surco* al partido ó raya que acaba de hacer en la cabeza de Goyo.

Por lo demás Goyo era un *venenoso* dèl diablo.

Enamoraba como mono y bailaba como dos monos y medio.

¡Que si bailaba!

No había polka que él no bailase á contra tiempo, vals que no lo bailase sin obedecer á ningún tiempo musical, ni cuadrillas, rigodones, lanceros, &.ª, que no echase á perder con su colaboración.

Intrepidez coreográfica mayor que la suya.....¡ninguna!

Se preciaba de ser un *taco* en toda la extensión de la palabra, pero por una inconcebible fatalidad resultaba que él era siempre la víctima de las *taquerías* de los demás.

En invierno el primer abrigo que salía á la calle era el suyo; y á fé que se justificaba el apresuramiento de Goyo, pues aquél abrigo le habia costado un dineral.

¿Conformarse Goyo con llevar una florecita en el ojal de su levita?

¡Imposible!

Para pavonearse con entera satisfacción había de lucir un *bouquet*. En este punto era incorregible lo mismo que en la costumbre que tenía de colgarse el pañuelo en el pezcuezo con el objeto de que el sudor no le mojase el cuello de la camisa.

En vano le decian los amigos que esa práctica era muy cursi.

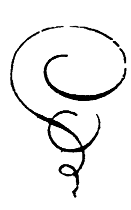
Pero cuando daba gusto ver á Goyo Boniatal, era cuando se hallaba de paseo en algún pueblo de campo.

¡Con qué aire de protección miraba á los guajiros, cómo se burlaba de las guajiritas, cómo criticaba el traje de los unos y de las otras!

En los bailes rurales era donde Goyo se lucía notablemente. Allí se convertía en un factotum y hacía y deshacía á su antojo y discreción.

Yo no sé como no escarmentó, pues más de una vez se encontró con guajiros que le dijeran:

—Paisano, déjese de tanta *facistolería*, *polque semos* de un *mesmo partío* y *entoavía* se le vé la *cabuya amarrá* á la pata.



CIRIACO JARABEDEPICO.

¿Conoce el lector á Ciriaco Jarabedepico?

¡Vaya que sí lo conoce!

Recuerde al sujeto aquél que encanta á primera vista por el amor que manifiesta tener á las doctrinas avanzadas, complaciéndose en llamarse liberal, venga ó no venga al caso, que no transije en su conversación con nada que trascienda á tiranía ó retroceso y que, hablándose de sus correligionarios siempre dice: «A los suyos con razón ó sin ella.» Recuerde también que ese mismo personaje es inaguantable en su casa por el irrascible carácter que posee y con el que tiraniza á su mujer, á sus hijos y criados: recuerde así mismo, que el tal sujeto fué el que gestionó para que echasen á Eugenio Pobrediablo de la colocación que tenía y en la que llenaba sns obligaciones como Dios manda, empeñándose después porque dieran el puesto vacante á un sobrino del tío de D. Tadeo, conservador *enragé* que suele hacer adelantos monetarios á D. Ciriaco Jarabedepico.

—Pero ese de quien usted acaba de hacer el retrato no se llama Ciriaco Jarabedepico. Su nombre es Fulano de Tal.

—Es igual, lector. Llame á Fulano de Tal, Ciriaco

Jarabedepico y todo se reducirá á cuestión de nombre y nada más.

Conozco otro don Ciriaco Jarabedepico, más conservador que una cajita de sardinas de Nantes, que dá gusto oirle hablar cuando se halla entre los suyos. ¡Qué patriotismo! ¡Qué desinterés por la causa del *órden!* ¡Cuánta abnegación, cuántos sacrificios!

—¡No quiero tratos ni contratos con *libertordos*; son esto, son aquello, son lo otro!

Estas y otras parecidas expresiones repite con firmeza D. Ciriaco Jarabedepico en las ocasiones en que se halla rodeado de conservadores como él; pero ¡cuán diferente se expresa cuando habla de los autonomistas Diego Quiebrahacha y Antonio Rompecanto, marchantes que hacen gran consumo en su establecimiento, ó cuando trata de política con su compadre Timoteo Rascarrabia, republicano furioso que todo lo quiere llevar á la tremenda, ó cuando departe con D. Calixto Machete, ex-insurrecto y padre de la bella Charito, de quien está enamorado Ciriaco Jarabedepico! Entonces no parece el mismo, pues se le oye repetir á menudo:

—Ustedes tienen razón; las doctrinas autonómicas son las únicas que pueden hacer la felicidad del país, acabando con el relajo que en él se ha formado. Ya estoy harto de tantos *chanchullos* y *chocolates*. ¡Ese gobierno no sé lo que hace! En Madrid no se ocupan de nosotros para nada. Soy más liberal que Riego.

—Pero ese de quien Vd. habla y cuyo retrato encuentro sumamente parecido no se llama Ciriaco Jarabedepico; su nombre es Mengano de Tal.

—Es igual, lector. Llame Ciriaco Jarabedepico á Mengano de Tal, y todo se reducirá á cuestión de nombre y nada más.

Conozco otro Ciriaco Jarabedepico que siempre encuentra motivo para hablar de sus viejos pergaminos, de las riquezas de sus ascendientes, de su tío el marqués, de su primo el conde y de sus amigos los generales, coroneles, banqueros tales y tales.

Ya puede usted decir en presencia de este Ciriaco Jarabedepico cualquier frase por corriente que sea..... ¡que calor hace!—por ejemplo,—que él se *disparará* contestando:

—¡No me diga Vd. nada, que estoy desesperado por no haberme ido al ingenio con tío Chucho, el marqués, y no fuí porque Bitico, mi primo el conde, ya sabe Vd., me tiene fastidiado con sus *majaderías* de que todos los dias he de ir á comer con él. ¡Ya estoy hasta aquí de Bitico! —como decía mi abuela, la marquesa de la Siguaraya, cada vez que le hablaban de tío Pepe, que está hoy de Capitán General, en no me acuerdo qué punto.

—¡Caracoles, yo conozco al sujeto de quien Vd. habla; pero.....¡qué diablos! ese sujeto no se llama Ciriaco Jarabedepico, sino Zutano!

—Es igual, lector. Llame Ciriaco Jarabedepico á su Zutano y todo se reducirá á cuestión de nombre.

Conozco otro Ciriaco Jarabedepico que fuéra el hombre más terrible del mundo si sus acciones correspondiesen á sus palabras.

Siempre habla en voz alta, mira á todos con aire de protección, refiere cincuenta mil hechos de arrojo y valentía, en los que él ha representado el principal papel; ha salvada diez personas que se estaban ahogando, ha roto diez mil cráneos de otros tantos enemigos, se ha batido un millón de veces, ha estado diez á punto de ser fusilado, estuvo mezclado en la conspiración del Zapote, en la revuelta del Membrillo y habla de cicatrices que no

muestra, porque la casualidad ha querido siempre que la bala ó el cortante filo le penetrasen por sitios que no son para enseñarlos así como así y sin previa desnudez.

Sin embargo de lo expuesto,—¡cosa más extraña!—Ciriaco Jarabedepico ni amarrado sale de noche al patio de su casa cuando en él siente ruido; Ciriaco Jarabedepico, no se arroja al agua si antes no se asegura que *dará pié*; Ciriaco Jarabedepico, por una fatalidad inexplicable, se *encuentra* todos los *galletazos* que se pierden, siendo de advertir que jamás devuelve ninguno; Ciriaco Jarabedepico abandona disimuladamente la reunión en que se hable de política fuerte, y, por último, la experiencia tiene demostrado que Ciriaco Jarabedepico no puede contener las ganas de hacer aguas menores y tambien mayores, pues de todo ha habido cuando el feroz destino ha querido que se encontrara mi hombre en alguna pelotera en que se sacase á relucir un arma blanca ó retumbase el disparo de un revolver ó cosa parecida...

—¡Ahora sí que no *aguanto!* Ese individuo no se llama Ciriaco Jarabedepico, ese individuo se llama Ciclano; lo conozco como á mis manos.

—¡Válgame Dios, lector de mis pecados! Ya van tres veces que me interrumpes para decirme que tus conocidos no son mi Ciriaco Jarabedepico, como si no existiese una variedad en la especie humana que lleva el nombre de *Ciriaco Jarabedepico.*



CA UNO CON SU CA UNO.

Don Dimas Chimenea es un pica pleitos que *pica* muy alto tratándose de buscar padrinos para sus hijos.

¡Qué va Don Dimas á encompadrar con un cualquiera!

Primero deja á un hijo *judío* que permitir que se lo apadrine un Juan Palotes.

Don Dimas Chimenea quiere para sus hijos padrinos ricos, y si no, que pertenezcan á la alta aristocracia, y sino que sean empleados de categoría.

¡Desairó hasta á su propio padre, que quiso llevar á la pila bautismal al primer nieto que le dió D. Dimas!

¿Por qué ni lo saluda siquiera D. Juan Carpeta, maestro de escuela, sino porque habiéndosele éste brindado para ser padrino de Cleofas, segundo vástago de D. Dimas, este le hizo un marcado desprecio?

Mañana me muero,—suele decir D. Dimas,—y ¿qué podrán hacer por mis hijos unos padrinos *Pelagatos?*

Esta pregunta robustece más cada día su opinión, y preciso es convenir en que ella está muy arraigada en su alma, pues no han sido pocos los desaires que él también ha sufrido por algunos *peges gordos* que no quisieron darle el gusto de que los incluyese en el número de sus compadres.

Y si no que lo diga el marqués del Cucharón.

Este personage tuvo necesidad del testimonio de D. Dimas para arreglar un asunto judicial, D. Dimas creyó que el hecho de haberle servido de testigo era un título suficiente para estar unido al marqués por lazos mas estrechos, y sin encomendarse á Dios ni al diablo se le *disparó* al aristócrata diciéndole:

—Un favor, Sr. marqués.

—Estoy á sus órdenes,—le contestó aquél introduciéndose la mano en el bolsillo dispuesto á darle á D. Dimas lo que le pidiese.

—Quisiera tener el honor de que apadrinaseis á mi hijito Poncio.

El marqués por toda contestación, llamó á su mayordomo y le dijo:

—Ven acá, Perico; ayer te oí decir que nunca habias bautizado á nadie; pues, oye, te recomiendo á D. Dimas; bautízale á su hijo Poncio, que yo abonaré los gastos.

D. Dimas no supo que responder, pero al fin se retiró con el rabo entre las piernas, y dénle paso, no á él, sino á la frase tan gráfica como vulgar de que acabo de hacer uso.

Y, escribiendo escribiendo, he nombrado á dos de los hijos de D. Dimas, ¿por qué no he de decir quienes son sus padrinos, así como nombrar á los demás hijos del propio D. Dimas, y manifestar también quienes son los padrinos de los mismos?

D. Dimas tiene seis hijos.

El primogénito, Serapio, es ahijado del ilustrísimo Sr. D. Timoteo Cojeloquepuede, empleado de gran categoría que creyó aliviar su conciencia gastando unas cuantas onzas en el bautismo del hijo de la localidad en que habia llevado á cabo infinidad de *chanchullos*.

El segundo hijo de D. Dimas se llama como sabe el lector, Cleofas, el mismo á quien quiso bautizar el maestro de escuela Juan Carpeta. D. Dimas se valió de sus artes y mañas y cambió un padrino cuyos distintivos eran la palmeta y un crédito municipal de un año de paga por otro que usaba charreteras y condecoraciones y á quien todo el mundo llamaba coronel.

El tercer fruto de los amores de D. Dimas es Poncio, á quien el lector conoce.

Después del desaire que le hiciera el marqués del Cucharon, consiguió que le diese el dictado de compadre el Administrador de una Empresa ferrocarrilera; de tal modo se le supo *meter por los ojos.*

Escolástica es el cuarto retoño de D. Dimas y su padrino es el rico comerciante D. Onofre Agarraynosuelta; y bien puede jurar el lector que la historia de este bautismo es un tejido de súplicas y de serviles humillacio- por parte de D. Dimas.

Periquín es el quinto hijo de D. Dimas, su padrino es un hacendado que se propuso hacer una obra de caridad complaciendo al padre de familia aquél que con tanta insistencia le pedía el agua bautismal para su chicuelo.

El Benjamín de D. Dimas aun no está bautizado, pero D. Dimas asegura que le ha de bautizar un Villanueva, un Mazorra, un cojo Peraza ú otro personage así.

¡Demonio de D. Dimas Chimenea, no escarmienta!

El muy pedazo de atún no vé que sus hijos, aunque bautizados, no tienen padrinos, sin embargo de que así lo dicen las partidas de bautismo de cada uno de ellos, en las que se lucen el pomposo nombre del Iltmo. Sr. D. Timoteo Cojeloquepuede, empleado de elevada categoría, el del coronel que sustituyera al pobre maestro de escue-

la; el del Administrador de la Empresa Ferrocarrilera que se prestó á ser lo que ser no quiso el marqués del Cucharon; el de D. Onofre Agarraynosuelta, rico comerciante, y últimamente el del *caritativo* hacendado que ha poco mencioné. Y digo que esos pobres chicos no tienen padrinos, porque ¿como voy á llamar padrinos á los que vuelven la espalda á sus ahijados?

¡Y si fuera ésto solo!

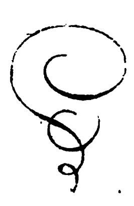
Los compadres de D. Dimas Chimenea, han dado la siguiente órden á sus respectivos porteros:

—Cuando venga el compadre Dimas, no lo dejen subir; díganle que no estoy en casa.

¡Don Dimas, D. Dimas, escuche mi consejo:

Busque para su Benjamín un padrino que pertenezca á su clase. En ella encontrará un digno compadre que no le volverá la espalda.

Acuérdese de lo que dijo el negro congo aquél:—*Ca* uno con su *ca* uno.



CON TIERRA Y TODO.

Tun, *tun.*

—Vá.

Tun, tun, tun.

—¡Allá vá!

—*Tun, tun, tun, tun.*

—¡Caracoles, y qué modo de llamar!

Tun, tun, tun, tun, tun.

—¡Ya va, hombre, ya va!

¡Uf......¡Es Dª Anacleta!

Penetró en mi casa, sin mirarme siquiera, y dejándose caer en un sillón, exclamó:

—¡Esto no es vivir, amigo: ¡yo me muero!

—No vaya usted á cometer semejante barbaridad, Dª Anacleta.

—¿Sabe usted lo que me está pasando, amigo mio?

—Lo ignoro completamente, señora; más espero que me lo diga cuanto antes, pues estoy en áscuas.

—Atiéndame usted.

Aproximé una silla al asiento que ocupaba Dª Anacleta, la cual no cesaba de abanicarse, y me propuse no perder una sílaba de lo que me iba á decir:

—¡Soy muy desgraciada!—exclamó.

—Sepamos la causa porque se considera usted así, señora.

—Figúrese que tengo por vecinas inmediatas á D.ª Transverberación y á Dª Coliflor; la primera á la izquierda y la segunda á la derecha. D.ª Transverberación es *matancista*, y D.ª Coliflor *progresista*.

Al principio me hallé entre dos fuegos, y en verdad que me hacían reir los tiros que se cambiaban las beligerantes. En la pared que divide el patio de la casa que habita Dª Transverberación y el de la mía, había colocado un palo y en él flameaba un banderín azul. En la que me separa de la casa de Dª Coliflor, ésta había levantado una horqueta, en cuyo extremo superior se veía una banderita roja.

Desde muy de mañana comenzaban las dos á cruzarse pullas.

Unas veces D.ª Transverberación era la que iniciaba el ataque y otras era D.ª Coliflor.

—Soy capaz de dar cinco *carreras* á cualquiera!

Este era comunmente el grito de guerra.

A él seguían estas y otras parecidas palabras:

—¡Miren la muy *tiñosa*, dando cinco *carreras!* No le *largo* un *flay* con este plato que estoy lavando, porque no digan!

—¡Atrévase á tirarme que ya verá lo que es un *batazo* de arroba!

—¡Los *matancistas* estamos muy por arriba!

—¡Los *progresistas* estamos más arriba todavía!

—¡Viva el *Matancista!*

—¡Viva el *Progreso!*

—¡Mal rayo parta á la *condená* vieja!

—¡Descuídese y le armo una *rebufa* que larga hasta los frijoles.

—¡Pásese un peine!

—¡Vaya al diablo la azuleja.

—¡Vaya al infierno la *colorá!*

Esto era de todos los días, amigo mío, y repito que tales ridículas exajeraciones me hacían reir, considerándolas hijas del poco seso de mis vecinas, puesto que así se decían y se tornaban á decir por un juego que no se inventó para crearse enemistades; pero la cosa pasó de ahí. Parece que cansadas ambas de ponerse como ropa de dómine, quisieron un tercero en discordia, porque un día en mala hora salí á la calle con una mantilla azul, oí que doña Coliflor, que se hallaba en la puerta de su casa, me gritaba:

—¡Ahí vá la gazmoña! ¿Quién la habrá metido á *matancista?*

¡Miren! con su cara de jutía y su pescuezo de pollo *asao!*

¡Viva el *Progreso!*

Desde esa vez se declaró mi enemiga y héme aquí siendo el *blanco* de sus iras, sin saber yo lo que es un *flay* ni un *score*, ni un basto, ni nada que se relacione con ese juego de cuya inocencia prescindían por completo D.ª Colifior y D.ª Transverberación.

Pasó una semana de esto, y cierto día, por uno de esos caprichos que me suelen acometer, me vestí con un túnico color rojo. No bien se fijó en mi vestido, y como si le hubiera enterrado un alfiler en la punta de la nariz, arrojó un alarido espantoso, diciendo enseguida:

—Me voy á mudar de esta casa para no tener *espantajos* delante! Mírenme el cangrejo moro este como se ha declarado *progresista!*

¡Qué pata habrá puesto ese huevo! Parece una remolacha! Pues ya tiene sarna para rascar conmigo!

Y en efecto, que sarna y no poca me ha caído con D.ª Coliflor y doña Transverberación á mis costados, creyén-

dome la primera *matancista* y figurándose la segunda que soy *progresista!* No pasa día sin que me *calienten* las orejas, como dicen ellas. Arrojan á mi patio cuantos tiestos é inmundicias encuentran y, en una palabra, soy la víctima expiatoria de la feroz *bascbolería* que de las dos se ha apoderado. ¿Qué hago, dígame, por Dios?

—Señora,—le contesté á D.ª Anacleta,—le voy á dar un consejo,—compre dos trataditos de Carreño, y envíe uno á D.ª Coliflor y otro á D.ª Transverberación.

—Así lo haré y adios, amigo mío.

—Hasta la vista, D.ª Anacleta.



PEDIGÜEÑAS.

¡Qué vecinas, amigo mío, qué vecinas!

—¿Cuales, D. Canuto?

—Las que el diablo me ha deparado.

—¿Inconvénientes, eh?

—Ferozmente insoportables. Desde que se mudaron al lado de la casa en que vivo, hasta hace un momento, no han hecho otra cosa que estarme pidiendo favores. ¡Qué pedir, el pedir de esas vecinas, estimado amigo!

—Desahogue su pecho, D. Canuto; refiérame lo que le pase que yo tendre infinito gusto en oirlo.

—Pues oiga Vd. y compadézcame: Hará tres meses, que Dª Cachumba y sus tres hijas Rebeca, Cheita y Fita, vinieron á ocupar la casa que habitan. Mientras le bajaban los muebles de los carros, me mandaron á pedir primeramente tres sillas, en seguida un jarro con agua y á continuación unos fósforos: así que se fueron los dichos carros me suplicaron que les enviase unos clavos, un pedazo de cordel y el cubo del pozo.

Las circunstancias justificaban aquellos pedidos y las complací con el mayor gusto.

Al día siguiente se nos apareció una negrita, criada de Dª Cachumba, diciéndonos.

—De parte de la señora y de las niñas, que ahí las tienen para lo que gusten mandar, y que si les hace usted el favor de *emprestarles* la hachita *pa* picar la carne, pues con la mudada no aparece la de allá.

Les mandamos el instrumento que nos pedían y juntamente con él las gracias por el *parte* que nos habian dado, al que correspondimos cortesmente poniéndonos á á su disposición.

Una hora después se nos presentó la citada negrita y expuso:

—Dice la señora que le dispense la confianza y que si le hacen el favor de mandarle el *Diario* de hoy, pues con la mudada no ha *habio* tiempo de avisar el *repartior*.

A los pocos dias mi mujer y mis hijas fueron á hacer á D.ª Cachumba la visita de presentación.

¡Ojalá que nunca se les hubiera ocurrido tal cosa!

A los cinco minutos de conversación, Rebeca, Cheita y Fita, trataban de tú á mis hijas, y Dª Cachumba le decia á mi esposa:

—Nada, mujer, entre vecinos tan inmediatos como nosotros no debe de haber cumplimientos de por medio. Yo y mis hijas somos muy llanas. A mi difunto—que en paz descanse,—no le gustaba mucho tratarse con los vecinos, pero el pobrecito lo hacía por que la enfermedad lo tenía siempre roñoso.

¡Ay, amigo, y bien que nos probó aquella gente que no se andaban con cumplimientos!

A las siete de la mañana del inmediato día se entraron por las puertas de mi casa diciendo que habían quedado *enamoradas* del trato de mi mujer y de mis hijas, que no habian podido resistir á la tentación de ir á *paliquear* un rato con ellas.

A la semana conocían todos los rincones de mi casa

mejor que yo, y con la mayor franqueza me pedian un cigarrito Rebeca, Cheita y Fita.

D.ª Cachumba mascaba palito y no transcurrió mucho tiempo sin que me suplicara que pidiese un macito de ellos en la fábrica en que compro mis cigarros y tabacos.

Raro, muy raro, es el dia en que puedo leer los perjódicos. Cuando pregunto por *El País*, *El País* está en casa de D.ª Cachumba; cuando pido el *Diario de la Marina*, el *cetáceo* duerme en casa de Dª Cachumba; cuando reclamo *La Caricatura* oigo esta respuesta de cajón: «La mandaron á buscar de casa de Dª Cachumba.

Si no vá la negrita de mis vecinas mas de veinte veces á casa, no va una sola, y cada vez que se aparece es para pedir algo.

—Dice D.ª Cachumba que le mande un poquito de copal.

—Dice D.ª Cachumba que si tiene un poquito de *ajonjolí*.

—Dice Dª Cachumba que le preste una batea.

—Dice Dª Cachumba que si tiene tres tomaticos que no la hagan falta.

—Dice la niña Rebeca que le preste el tintero y la pluma.

—Dice la niña Cheita que le mande unas hebras de seda negra.

—Dice la niña Fita que le mande un par de planchas.

Esto cuando no son ellas en persona las que van en busca de lo que necesitan.

Si tienen visita, mis manteles, mis servilletes, mis tazas y mis cubiertos son los que se presentan á los visitantes, y si estos se quedan á dormir allí, mis catres, mis almohadas y mis sábanas, son trasladados á la casa de

Dª Cachumba, pues para esos casos han colocado una mesa junto á la pared que divide nuestros patios. Así se apertrechan por el fondo, sin notarlo las personas que se hallen de visita.

Yo estoy seguro de que, con excepción de los escaparates y demás muebles mayores, todos los enseres de mi hogar han recorrido la casa de D.ª Cachumba, y no sería de extrañar que hubiere alguno cuya devolución se haya olvidado.

Pero cuando esta endiablada familia me pone los pelos de punta es cuando va al teatro ó á un baile.

Desde por la mañana no cesa el *trajín* de entra, sale, pide, coje, corta, pica, afloja, estira, &.ª

Las muchachas con el mayor descaro, abren los escaparates y se prueban cuanto encuentran, elijiendo lo mejor.

—Ese abanico lo llevo yo.

—No, déjamelo á mí.

—Pues yo me pondré esa pulsera.

—¡Qué bien me sienta este vestido! No tengas cuidado que te lo cuidaré bien.

—Préstame esas sortijas.

—¡Ay, qué cintas estas tan bonitas!

—Este camisón me lo llevo; mañana te lo devolveré.

—Yo, esta saya.

—¡Qué medias más elegantes! Te las voy á *bautizar*.

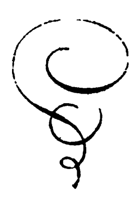
—Luego te voy á mandar á la negrita para que me envíes con ella unos cuantos ganchos, la cajita de polvos y el frasco del aceite.

Esa familia ha asistido á varios bailes, en los que, si la ropa y las prendas se hubiesen ido á reunir con sus dueños, por Dios que D.ª Cachumba, Rebeca, Cheita y Fita, se hubieran quedado encueros.

¿A que no adivina Vd. lo que hace poco me mandó á pedir D.ª Cachumba?

--Usted dirá, D. Canuto.

—¡Pues sepa Vd. que ese demonio de vecina me mandó á pedir nada menos que la lavativa que tengo para mi uso!



UNO DE TANTOS.

Ruperto era un chico tan tímido que huía de una cucaracha como del *mismísimo* demonio.

Mientras estuvo en el colegio no hubo pelota de papel ó de migaja de pan que arrojase uno de sus compañeros que no fuese á parar á la cara ó cogote del infeliz, ni un *rabo* que no se luciese en los faldones de la levita del mismo.

Era un buen *toro*, como dicen los muchachos.

—Hoy Ruperto es un joven y continúa dejándose *torear*, como lo conocerá el avisado lector si tiene á bien leer el presente articulejo.

Según observación de un psicólogo, cada hombre quiere ser lo que no es.

Así me explico el afán que al presente domina á Ruperto por parecer valiente.

Este afán nació con la lectura de la novela «Los tres Mosqueteros» Ruperto se identificó con Artagnán, uno de los principales personajes de dicha obra, y todo el día se lo pasaba tirando estocadas á diestro y siniestro con un palo de escoba, gozando de inefables delicias cuando se entregaba á ese ejercicio delante de un espejo, en el que se contemplaba arrogante en sus fieras actitudes.

Un tio de Ruperto, medio *catató*, según vox populi,

notó la desmedida afición de su sobrino, y creyéndole un futuro caballero sin tacha y sin miedo, le aconsejó que tomase unas cuantas lecciones de esgrima, ofreciéndole pagar el importe de aquellas lecciones.

No podía habérsele ocurrido una idea más feroz para acabar de *tontificar* al sobrino.

A los pocos dias se figuró éste que ya era un famoso tirador y comenzó á mirar á todos por sobre el hombro, como suele decirse, y pareciéndole muy humilde el apellido Fié que llevaba, le agregó una sílaba más, por lo que al presente se firma Ruperto *Fiera*, y no parará aquí el mozo, pues barrunta que á él corresponde el apellido *Bras* que tenía un primo del tio de la mujer de su abuelo, por lo que no será de extrañar que cualquier día se nos apée llamándose Ruperto *Fiera Bras.*

Por supuesto que el tema de sus conversaciones, encuéntrese, en donde se encuentre, es la esgrima. Hállese entre hombres ó mujeres, jóvenes ó viejas, siempre saca á relucir los *quites*, los *mandobles*, las *paradas* en primera. las guardias en tercera, los *filos*, los *contrafilos*, *&.ª*, *&ª*

Excuso decir que no bien llega á conocimiento de Ruperto la noticia de algún *lance de honor*, sin encomendarse á Dios ni al diablo procura inmiscuirse en el asunto, pues su anhelo constante, su deseo más acariciado es *figurar* en esa clase de cuestiones.

Por supuesto que lo dicho le sugerirá al lector la siguiente pregunta:

—Y bien; ¿cuantas veces se ha batido Ruperto Fierabrás?

Lógica hallo la pregunta y por lo mismo me apresuro á satisfacerla.

Ruperto no se ha batido nunca y probablemente no se batirá jamás.

¿Como es eso?

Siendo.

Es verdad que Ruperto ha arrojado el guante varias ocasiones, pero también es verdad que en ninguna de ellas la sangre ha llegado al río, derramándose en cambio unas cuantas botellas de cerveza en celebración del *feliz arreglo* que siempre han tenido sus desafios.

Bien que me acuerdo del *lance* que tuvo con Perico el de los Palotes.

Dísputábanse ambos el amor de Sacramentico Butifárra, y viendo Ruperto que eran infructuosas las declaraciones que hacía á su adorado tormento, pues esta se inclinaba más al de los Palotes que á él, resolvió apelar á su *gran medio*, es decir á la proposición de un duelo. Creyó que llevando la cosa á *la tremenda* su rival habia de abandonar el campo, pero ¡ay! que no contó con la huéspeda. Perico aceptó el duelo.

En situación tal, Ruperto dirijió á Perico un anónimo en el que le decía: «Procure no llevar adelante el duelo con Ruperto Fierabrás; mire que es un *spormant* consumado; maneja todas las armas con admirable destreza. Es un valiente en toda la extensión de la palabra. Ya tiene mandado á seis al otro mundo.»

Perico el de los Palotes permaneció firme en sus trece, sin embargo de lo poco tranquilizador que era el referido anónimo.

—¡Caracoles!—se dijo Ruperto rascándose la cabeza.

Digan lo que quieran, el miedo es un buen consejero.

Faltaban pocas horas para efectuarse el duelo. Ruperto no vaciló, se encaminó á la casa en que habitaba Perico y dijo á este:

—Caballero, aunque le parezca insólito mi proceder, vengo á decirle que me doy por satisfecho con la conduc-

ta que ha observado. Mi historia me pone á cubierto de cualquier injuriosa suposición. Es usted un valiente digno del amor de Sacramentico. Déjole el campo libre en cambio de su amistad. Cite á sus padrinos para el café H en donde celebraremos este desenlace. Como valiente me complazco en ser amigo de los valientes.

Este fué el primer lance de Fierabrás.

El segundo lo tuvo con un individuo llamado Puerco Espín.

Puerco Espín fué al lugar de la cita, pero Ruperto Fierabrás no pudo salir á la calle á causa de un fuerte dolor que de repente se apoderó de uno de sus costados, impidiéndole acudir al sitio donde debía tener efecto el duelo. Con esto ganó tiempo y los padrinos pudieron armonizar la cosa, resultando al fin y á la postre que quien *pagó el pato* fué uno de los representantes de Puerco Espín, puesto que de su bolsillo salió el importe de la cerveza con que se festejó la conciliación.

Más tarde, Ruperto desafió á Benvenuto Cubilete, y se mantuvo firme hasta lo último, gracias al aviso que dió á la policía por medio de una carta apócrifa, del lugar y hora en que había de tener efecto el combate. La policía se apareció oportunamente y el duelo tuvo que suspenderse. La prudencia aconsejó una mutua explicación y ¡al café se ha dicho!

Tantos desenlaces idénticos han dado la medida del valor de Ruperto Fierabrás, y hoy cuando desafia á alguno, el desafiado se contenta con responderle:

«Sitio, el café; armas, botellas y copas.» Dicho esto le vuelve la espalda.

Ruperto Fierabrás es uno de los tantos espadachines *choteados* que viven y beben por esos mundos de Dios.

UN SABELO TODO.

Cuantos tienen ocasión de hablar con D. Serapio Entromete dicen que es un *estuche*, porque sabe de todo.

Cura, defiende pleitos, entiende de albañilería, de carpintería, sabe hacer una infinidad de dulces, sabe rellenar un pavo, beneficiar un cerdo; no se toca en su presencia un punto científico en que él no tome parte, salpica su conversación con citas históricas, suelta sus latinajos de vez en cuando, y para no dejar de saber, sabe ayudar á misa y hasta el lugar donde el *jején* puso el huevo.

Es el oráculo de muchas viejas, la admiración de muchos papanatas y el asesor obligado de algunos pobres diablos incapaces de arrepentirse ni de enmendarse, y digo esto último, porque...... ¡miren ustedes que han sufrido chascos y perjuicios con los consejos de D. Serapio Entromete, los tales pobres diablos, sin darse por escarmentados!

Y sinó ahí tienen ustedes á D. Diego Almadecántaro, quien se halla cesante, separado de su mujer y poco menos que en la miseria por los consejos de D. Serapio. Esto, sin embargo, el buen Almadecántaro es uno de los más entusiastas preconizadores de la sabiduría de su consejero.

En casa de D.ª Quilla, viuda con dos hijos que están de pupilos en un colegio, no se hace nada sin consultarlo con el Sr. Entromete.

—Señora,—le dice la cocinera á Dª Quilla,—se rompió el colador de café.

—Véte á casa de D. Serapio—responde Dª Quilla,—y pregúntale de mi parte que en donde venden los mejores coladores.

—Señora, la gallina *príeta* tiene *moquillo.*

—Anda, corre y pregúntale á D. Serapio qué cosa es buena para curar el *moquillo* á las gallinas.

—Señora, aquí le traigo los recibos de las contribuciones que paga.

—Mire, hágame el favo de pasar por la calle de tal, número tanto en donde vive D. Serapio Entromete y dígale en mi nombre que vea esos recibos y que me ponga en un papelito si están buenos.

El cobrador se retira, sin cuidarse de ir á ver á D. Serapio, con quien nada tiene que ver, y á los pocos dias se presenta de nuevo D.ª Quilla con los recibos recargados.

D.ª Quilla le repite las palabras de marras y el cobrador torna á retirarse, tan quitado de pena como la vez primera.

De estas idas y venidas resulta que D.ª Quilla tiene que pagar al fin y al cabo lo que debe, más los recargos consiguientes. Lo mismo le resulta todos los años, pero, ¡qué se vá á mover una paja en aquella casa sin ser previamente consultado el caso con D. Serapio!

Dije que D.ª Quilla tiene dos hijos que se hallan de pupilos en un colegio, y ahora agrego que pronto se quedarán los muchachos á medio pupilage, porque D. Serapio ha aconsejado á D.ª Quilla que, por vía de ahorro, tome esa determinación.

Los chicos no tardarán en quedar de *extèrnos* por influencia de D. Serapio, y no sería de extrañar que, por esta misma influencia, el uno siguiese la carrera de sacerdote, queriendo ser abogado, y el otro la de *aplanador* de calles, queriendo y pudiendo ser otra cosa.

No se suscita discusión en el barrio sin que no sea nombrado juez el tal D. Serapio.

—Que la luna está habitada.

—Que no.

—Que sí.

—Vamos á preguntárselo á D. Serapio.

—Que harmonía se escribe con h.

—Que no.

—Que sí.

—Que lo diga D. Serapio.

—Cochinchina tiene diez millones de habitantes.

—Que no.

—Que sí.

—Pregúntaselo á D. Serapio y te convencerás.

—Yo no sé que tiene mi reloj que no anda.

—Mándaselo á D. Serapio y ya verás como te lo deja.

—¡Demonio de máquina de coser, ni atrás ni alante!

—No te apures, cuando pase por aquí D. Serapio hazle entrar y él te la arreglará.

Pero, ¡á donde iría á parar si fuese á reproducir los diálagos que se entablan diariamente y en los que sale á relucir la *omni sapiencia* de D. Serapio Entromete!

Yo oigo á sus panegirizadores y discretamente me callo la boca, sin embargo de que sé á qué atenerme en ese particular.

Conozco á D. Serapio Entromete y no ignoro que el secreto de su sabiduría consiste en una instrucción muy

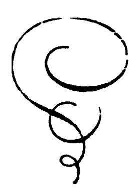
superficial mezclada con una fortísima dosis de audacia, con lo que ha formado su *modus vivendi.*

La fuente de sus conocimientos es un diccionario, enciclopédico en el que vá á buscar lo que se le pregunta. Por eso D. Serapio aplaza siempre sus contestaciones, desplegando para ello una habilidad extraordinaria.

Es apoderado de varios ilusos, y otros tantos mentecatos le han dado las llaves de sus casas para que sea él quien corra con los alquileres de las mismas.

Por lo demás su habitación está llena de órganos viejos, guitarras desvencijadas, relojes descompuestos, cajas de música que no funcionan, máquinas de coser enmohecidas autómatas que tienen los muelles rotos &.ª &.ª objetos que ha prometido componer y que se quedarán como están para seguir al fin la misma suerte que cupo á otros que, olvidados por sus dueños, D. Serapio no tuvo inconveniente en venderlos embolsándose el dinero.

Sábelo todo como D. Serapio Entromete hay muchos, y de ellos líbrete Dios, lector amado.



DON ELIGIO VEGIGOTE.

¿El cariño ciega?

Si, señor; ciega á las personas aquellas en cuya alma no contrapesan el entendimiento, la voluntad y la sensibilidad,—equilibrio que en mi concepto constituye eso que se llama talento,—predominando en ellas la última, la sensibilidad.

Aquí me las pudiera echar de psicólogo, ampliando el párrafo precedente, pero como se trata de todo menos de *fastidiar* á los lectores con largas sinfonías, le doy un empujón á don Eligio Vegigote para que salga, mal que le pese, á la escena, en donde lo verá y oirá el público, el que juzgará si es cierto ó nó lo que asenté al comenzar estas líneas.

El telón está corrido.

Acomódese el lector lo mejor que pueda.

Principio.

D. Eligio Vegigote es un padre de familia cariñosísimo.

Adora á su mujer y *se vé* en sus hijos Crispinito y Cuquita, aquél de once años y la segunda de nueve.

D. Eligio no sabe más que amar.

Es uno de esos corazones que en vez de sangre mandan raudales de ternura á las venas, por cuya razón

se dice, hablando de personas que tal corazón poseen, que ellas *quieren con todo el cuerpo.*

¿Qué hace D. Eligio? ¿En qué se ocupa don Eligio?

D. Eligio vive de sus rentas y su mayor gusto consiste en proporcionar *triunfos* á su mujer y á sus hijos.

Me parece estar oyendo decir al lector: ¡Hombre esto es muy plausible, esto es altamente meritorio!

Paciencia, lector, que no es oro todo lo que reluce en este pícaro mundo.

Sí se habla de bordados en presencia de don Eligio, éste al momento salta diciendo:

—Para bordados mi mujer; ¡con ella se acabó el carbón!

Si el asunto de la conversación es del arte culinario, D. Eligio entonces dice;

—Señores, hay que quitarse el sombrero ante mi mujer, quien se pinta sola para hacer tal ó cual plato.

¡Y cuántas veces se ha aparecido D. Eligio en su casa seguido de dos ó tres amigos á quienes ha invitado á comer unas patas compuestas por su cara mitad!

Por supuesto que después de comer las reféridas patas siguen los elogios de cajón, elogios que los amigos se ven obligados á ratificar, sin embargo de haberles sabido á infierno el guiso aquél tan preconizado por el bondadoso marido de la autora.

Pero no crea el lector que aquí pára el asunto.

¡Quiá!

De sobremesa, y como continuación de las alabanzas al talento culinario de doña Olaya,—que así se llama la mujer de D. Eligio,—éste hace que aquella saque dél escaparate las flores que la misma confeccionó para la imagen de Santa Polonia, á cuya invocación debió la cura de un terrible *padrejón*, siguiéndose después de las flores

el pañuelo que le marcó para el dia de su santo, el calzoncillo que bordó para su cumpleaños y el pantalón que le tiene cortado para estrenárselo el próximo domingo.

¿Creerán ustedes que aquí se detiene D. Eligio?

¡Cá!

Así que concluye el *panegírico* de la mujer comienza el de Crispinito.

—Ven acá, Crispinito, cuéntales á estos señores la historia de Abrahan.

Crispinito empieza su relación, se aturde á las tres palabras, principian la colaboración y gestos de D. Eligio, quien, al fin y á la postre, es el que refiere á sus amigos la historia de Abrahan.

—¡Y ya sabe multiplicar!—agrega el buen hombre.—Ven acá, Crispinito, ¿siete por ocho, cuánto es?

—Ventiuno,—contesta Crispinito con admirable aplomo.

—Siete por ocho te he preguntado, hijito,—repone D. Eligio mirando á sus amigos como suplicándoles indulgencia.

El chico baja la cabeza, cuenta con los dedos y sin encomendarse á Dios ni al Diablo. dice:

—¿Siete por ocho?.... siete por ocho.... cuarenta.

—Un poquito más, Crispinito.

—Cincuenta.

—Seis más, Crispinito.

—¡Cincuenta y seis!

—¡Este año sacó sobresaliente en todas las asígnaturas!—exclama encantado D. Eligio, volviéndose para sus amigos. ¡Ah! ¡Y no lo han oido ustedes tocar el violín? Ahora lo oirán. Crispinito, trae tu violincito.

El muchacho vá en busca de un violincito, *de juguete*,

y los amigos de don Eligio se miran el rostro como diciéndose:

—¡Qué caras estamos pagando las patas!

Y tienen razón, por que lo que hace Crispinito no es tocar sino *rayar* las tripas y destrozar los tímpanos.

—¡Tiene un oido finísimo; el año que viene lo mando al Conservatorio!—no cesa de repetir el padre en medio de aquella insufrible baraunda.

Pero no crean tampoco los lectores que aquí dá fin la exposición familiar de D. Eligío Vegigote.

Tócale el turno á Cuquita, á quien el autor de sus dias hace traer el *canevá* que acabara últimamente y en el que se lucen letras, números y flores, cuyo conjunto parece una encarnizada guerra de cangrejos.

Después hace cantar á Cuquita; enseguida bailar, y como final de fiesta, la obliga á que camine como las negras *curras*.

Los amigos salen trinando de aquella casa, á la que juran no volver más, aunque su dueño les ofrezca cabellos de ángeles hechos por la madre que lo ha de volver á parir.

Esto no obstante, todos confiesan que D. Eligio Vegigote es un *corazón de oro*, pero que carece de suficiente entendimiento para comprender que sus ternuras molestan y de la necesaria voluntad para no suprimir esas indiscretas manifestaciones de cariño.

Lo que yo decía al principio: que no tiene talento, porque para mí el talento consiste en la armónica influencia que ejercen las tres facultades del alma: entendimiento, voluntad y sensibilidad.

¿DE QUE LAS HAY?.........

—¿Qué tal, D.ª Estefanía?......

Dª Estefanía, lectores, es una señora de cuarenta años que desempeña el cargo de camarera en la Sociedad H.

—Ahí pasándola como Dios quiere, hijo.

—No es tan ingrato su oficio, puesto que sólo trabaja en las noches en que hay baile en la Sociedad, y no debe serle penoso tratarse con las bellas con quienes tiene usted que entenderse en esos bailes.

—Hum....No es oro todo lo que reluce, amigo mío.

—Sin embargo......

—El que está fuera del agua nada bien. Usted cree que el *Gabinete de señoras* es un paraiso y bueno es que sepa que hay quienes convierten ese paraiso en un infierno.

—¿Será posible, Dª Estefanía?

—Como lo oye. Hay cada sílfide, cada ángel y cada diosa, como las llaman los revisteros de los periódicos, que....vamos, mejor es no hablar.

—¡Ay, señora, no sabe usted el favor que me haría hablando, pues precisamente ando en busca de asunto para escribir un artículo de costumbres.

—¿Sí, eh? Pues entonces celebre Vd. como se merece á las muchachas aquellas que, naturalmente finas, discretas y comedidas, se portan lo mismo en el salón del baile que en el *Gabinete de señoras*. Por fortuna éstas son las más; pero haga por que se enmienden unas pocas que no son dignas de alternar con aquellas.

—¿Y qué hacen esas muchachas, Dª Estefanía?

—¿Qué hacen?.... Comenzaré por Chuchita y Fifita, quienes después de darse una exajerada mano de polvos, se aprovechan de cualquier distracción mía para llevarse un jabón, ó un peine ó un paquete de ganchos ó de alfileres.

—¿Qué me cuenta usted, Dª Estefanía?

—Varias veces las he sorprendido y no me he encontrado con valor para decirles nada.

—La estoy oyendo, Dª Estefanía, y le confieso que trabajo me cuesta creerle.

—Pues créame usted, porque yo no soy mujer que acostumbra á decir mentiras. Figúrese que impresión me causará, después de presenciar la fea acción de Chuchita y Fifita, ver que al día siguiente salen sus nombres en las revista de los periódicos en medio de los calificativos de pudorosas, dignas, virtuosas etc.

—Pero no pasará de eso lo que usted presencia en el *Gabinete de señoras*.

—¡No digo! Noches pasadas se armó la de Dios es Cristo entre Maruca y Magollita. Figúrese usted que entraron las dos hechas unas furias.

—Sabes lo que te digo—comenzó diciendo Maruca, dirigiéndose á Magollita,—que no me *sonsaques* más á Bartolo, porque á donde sigas metiéndotele por los ojos te voy á dar una *pasá* de *galletas* que te vas á acordar de mí.

—¡Miren la muy *zafia*, que se habrá *figurao*!—contestó Magollita,—¡Como si á mí me hiciera falta su Bartolo, quien maldito el caso que hace de ella! ¡Hazte *boba* conmigo y te arranco los «moños.»

—¡Coqueta!

—¡Sucia!

—¡No puedes negar quien eres, *sonsacadora* de hombres!

—¡Tú si que estás *arrebatando!*

¡Cuántas cosas se dijeron aquellas mujeres, Dios santo!

Si no me pongo de por medio se tiran de las «greñas.»

Pero lo bonito fué cuando al dia siguiente leí en una gacetilla: «El baile efectuado anoche en la Sociedad H., estuvo expléndito. Aquellos salones se trasformaron en un templo con la presencia de las encantadoras, finas, amables, atentas y corteses Maruca y Magollita.»

¡Me quedé haciendo cruces cuanto leí aquello!

¡Ay, amigo mío, si le fuera á referir todo lo que veo y oigo en el «Gabinete de señoras!»

Anoche me escandalizaron Tricófera y Macarrónica.

Penetraron las dos en el gabinete y se pusieron á converzar.

—Qué fea está Fulana.

—Ciclanita viene con el vestido de siempre.

—¿Has visto á Esperenceja que tono se está dando desde que lleva amores con el teniente?

—¡Y si tú supieras lo que dicen de ella!

—Y lo sé. Lo mismo que de Timotea; pero esa sí que no lo puede ocultar, porque, hijita, ya la barriga le llega á la boca. Y lo peor es que el bodeguero no se casa.

—¿Y que me dices de Antonia?.....¡Te digo que hay

cada mujer casada!.... Ya van cuatro piezas que baila con el médico. ¡Cómo se conoce que el pobre marido está en el ingenio trabajando!

—La que me *revienta* es Nicolása. Ahòra se ha echado de novio á Periquín el barbero, creyendo que lo vá á *pescar*. ¡Si conoceré yo á Periquín, que fué novio mío! ¡Cómo si Periquín no supiera todo lo que se ha hablado de ella!

—Y de su madre.

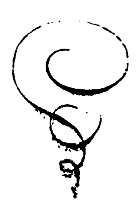
—Y de su otra hermana.

—Y de toda la familia.

—¡Mal rayo la parta!

Continuaron hablando y no me tapé los oidos porque no soy ninguna inocente, pero sí le confieso que me dió no *sé qué* cuando al día siguiente cojí el periódico y leí; «El baile estaba magnífico sobre toda ponderación. Allí tuvimos el gusto de admirar una vez más á Tricófera y á Macarrónica, ó como si dejéramos la encarnación de la belleza, de la bondad y del candor y de la cultura.»

No quiero sacar á colocación aquellas mamás que cargan á manos llenas con los dulces y panales, porque eso es pecado de menor cuantía, pero de que las hay, las hay; de la misma manera que hay *Chuchitas* y *Fifitas*, *Marucas Mogollitas* y *Tricóferas* y *Macarrónicas*, á quienes Dios depare un tratado de Carreño. Amén.



EXISTENCIAS MISTERIOSAS.

¿Cuántos individuos conoce el lector que sin tener oficio ni beneficio comen bien, visten mejor, asisten con frecuencia al teatro, viajan y se les ve alternar con personas distinguidas?

Yo conozco á más de cuatro.

Ahí tienen ustedes á Juan Quiquiriquí.

Juan Quiquiriquí es un hongo, por ser uno de esos hombres que no tienen padre, ni madre, ni mujer, ni hijo, ni perrito que lo ladre, y Juan Quiquiriquí es un ente misterioso por aquello de que habita lujosa habitación, como en los mejores restaurants viste á la *dernière* y siempre tiene en su cartera un billete de cincuenta duros sin poder esplicarse nadie como puede hacer Juan Quiquiriquí esos *milagros*, pues milagrosa es una existencia rodeada de tantas comodidades cuando no está basada en un buen sueldo ó una buena renta.

¿Cómo podrá ser ésto?—se preguntaban muchos padres de familia que se *rompen el alma* trabajando y rara vez ven cubiertas sus necesidades.

¿Cómo podrá ser esto?—se preguntaban muchos jóvenes solteros que, sin embargo de distribuir con el mayor orden el modesto sueldo que disfrutan, muy rara vez se pueden permitir el lujo de algún extraordinario.

Nadie les responde fijamente y entre tanto Quiquiriquí continúa deslumbrando con sus fluses, con sus joyas, con sus paseos en coche y con sus opíparas comidas.

Como nuestra sociedad acepta sin preguntarle de dónde viene ní á dónde vá á todo aquél que se presenta con un buen trage, Juan Quiquiriquí es bien recibido en los salones, y no exajero al decir que las muchachas se lo disputan como compañero de baile.

Y si supieran esas bellas....

¿Pero á qué levantar el velo que cubre la vida de Juan Quiquiriquí?

Dejadle que continúe siendo el *hombre* de Maruca la *Pomarosa*.

Maruca la *Pomarosa* quiere partir con Juan Quiquiriquí los gages de su oficio y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

Toribio Relumbrón es otro que echa gran lujo y no hay quien le reconoza empleo ni bienes de ninguna clase.

Viste con suprema elegancia, es constante abonado á las óperas, *primaverea* en Nueva York frecuentemente, y goza de gran crédito en las joyerías y sastrerías.

¿De qué artes se vale Toribio Relumbrón para *taquear* de la manera que lo hace?

Pregúntenselo á la acaudalada vieja de la cual está *enamorado* Toribio y la que le paga su amor mostrándose blanda á los *sablazos* que éste le dirije.

Existen muchos Toribios Relumbrones en el mundo, lectores, y parece que el *negocio* no desprestigia, pues que los vemos alternando siempre con lo *mejorcito*, que diría el mismo Toribio Relumbrón.

Pero quien me dá *grima* es Bartolín Nipizcadelacha.

Siempre está en fondos, cada mes se estrena un flus diferente, tiene la mar de sortijas de brillantes y no hay baile de cuota en que no se halle, siendo uno de los primeros en aflojar *la mosca*.

Es cierto que á Bartolín Nipizcadelacha no se le ve reunido más que con individuos de baja ralea; el tal Bartolín huye de las personas decentes como el diablo de la cruz, pero yo digo que ni aun esos individuos de baja ralea se acompañarían con Bartolín Nipizcadelacha si supieran de donde saca éste el dinero que gasta y con el que se permite el lujo que sostiene.

Bartolín tiene una hermana...

Tapa, tapa, lector, y pasemos á Caralampio Cuernicato, el hombre más negociante que ha parido madre, sin embargo, de que yo creo que Caralampio no ha tenido nunca madre, y sí que nació, digo mal, que brotó por generación expontánea.

Esto no se opone á que Cuernicato sea un hombre feliz...¡y tan feliz!

No dá un golpe, quiero decir, no trabaja en nada.

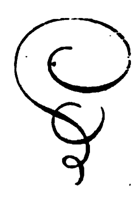
Su traje pregona la mayor corrección, el exquisito esmero y el más refinado gusto.

En toda su persona resalta la pulcritud de un hombre que, teniendo los elementos suficientes, se cuida con extremado anhelo.

Es un elegante á quien el mundo sonríe por la razón que dije antes.

¡Ah, si se descorriese para todos el telón de las apariencias que impide ver la vida íntima de Caralampio Cuernicato....¡cuántas manos se le retirarían con repugnancia y cuantos pies decentes le hicieran una caricia con la punta del zapato en salva sea la parte! pues yo juro á ustedes, lectores, que si ese telón se recojiese habían de

ver á un marido que no puede penetrar á todas horas en su casa y de la cual tiene que retirarse muchas veces para que entrar pueda otro; que es el que paga sus apariencias deslumbradoras. ¡Vadre retro!



LA VERDAD
ANTES QUE TODO

CUADRO DRAMATICO INFANTIL

QUE TENGO EL GUSTO DE DEDICAR

AL INTELIGENTE NIÑO

SERAFIN PRO.



MATANZAS

IMPRENTA AURORA DEL YUMURÍ, MEDIO 29

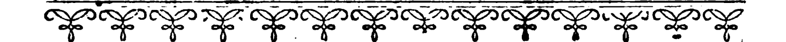
1891.

PERSONAJES.

D. BRAULIO	*El maestro.*
BASILIO	*Alumno.*
EDUARDO	*idem,*
VICENTE	*idem.*
ROMAN	*idem.*
N	*idem.*
N	*idem.*
N	*idem.*
N	*idem.*

La escena pasa en un colegio de Matanzas.

AÑO 1891.



ACTO UNICO

El teatro representará el salón de estudio de un colegio.

Una mesa al medio, carpetas para los estudiantes á uno y otro lado: Puerta al fondo y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA

Basilio, solo.

BASILIO. *(Despues de colocar su gorra en la sombrerera)* ¡Lo mismo que yo decía! Nadie ha llegado aún—y D. Braulio está almorzando.... ¡Mejor! Me encontraré solo un rato, haciendo lo que se me antoje. *(Da un brinco y hace unas cuantas piruetas)* ¡Qué delicioso es un salto en el Colegio! ¡Ya se vé;c omo que no siempre se puede dar.

(*Transición*)¡Qué ganas tengo de ser un hombre *hecho* y *derecho* para no tener que venir al colegio, en donde no se cansan de mortificar á uno con: "¿Qué es Gramática? ¿Qué es Aritmética? ¿Cuántos habitantès tiene la Cochinchina? ¿Cuáles son los signos del Zodiaco? Amen de: "¡Niño, quedará usted detenido aquí una hora!" ¡Niño, quítese los dedos de las narices! y.... cincuenta mil cosas más, que bien pudieran irse con la música á otra parte.

Pues es claro, señores! Si es cierto que la Gramática enseña á hablar bien, que se la hagan aprender á las cotorras y particularmente á la cotorra de mi vecina, que en todo el dia no sabe decir otra cosa sino "Cotorrita Real, yo para España y tú para Portugal"

Si también es cierto que la Aritmética enseña á contar bien, que la aprendan enhorabuena los ricos, que son los que únicamente tienen algo contante y sonante que contar. Y con respecto al número de habitantes que tiene la Cochinchina, eso me tiene completamente sin cuidado, puesto que no trato de hacer una suscripción entre ellos. Pero ¡ahora que digo Cochinchina! ¡Qué magnífica oportnnidad se me presenta para volver á ver el libro de láminas que tiene Eduardo en su carpeta y en el que hay pintado un cochinchino jugando con una culebra! Eduardo no lo sabrá y ¡qué demonio! si lo sabe y me dice algo, lo espero en en la calle y le *apabullo* un ojo.

(Se dirige á la carpeta de Eduardo y saca de ella un libro) ¡Hélo aquí! Voy á gozar viendo las figuras con toda comodidad .... ¿Quién me impide sentarme en la silla de D. Braulio, en dónde estaré más á mis anchas? ¿Nadie, verdad? ¡Pués á ella!

(Coloca el libro sobre la mesa y se dispone á sentarse, pero antes de hacerlo dice con afectación lo que sigue)

Me voy á figurar por un momento que yo soy el maestro para saborear el placer de regañar. Aquí están los espejuelos de D. Braulio; me los pongo para estar más en carácter *(se los pone)* y ¡Hem! ¡Hem! *(con gravedad cómica)* ¡Niños, estudien bajo! ¡Rodriguez Segundo, no mueva más los piés! ¡Basilio, es usted muy modorro! *(Al público)* Este Basilio soy yo. ¡Niños, tengan la bondad de hacer silencio que voy á consultar esta obra! ¡Hem, Hem!

(Se sienta y al abrir el libro de Eduardo que tiene delante derrama el tintero, manchándose dicho libro y otros papeles escritos por el maestro) (Se quita los espejuelos y se levanta prontamente) ¡Ahora sí que eché á perder el negocio! He derramado el tintero sobre el libro de Eduardo, manchando, además, varios papeles de D. Braulio! ¿Como me las compondré ahora? ¡Quién me mandaría á ocupar este sitio! Pero.... nadie me ha visto, coloco de nuevo el libre en la carpeta de Eduardo *(lo hace)* cojo mi gorra, *(lo hace)* y, con permiso de ustedes, me voy para regresar más tarde; de esa manera nadie podrá acusarme. ¡Que reviente la mina por otro lado! *(Se vá.)*

ESCENA SEGUNDA

Vicente, solo.

VICENTE *(entrando.)* Este Basilio es el mismo diablo. Ahí vá corriendo por la calle como si lo estuvieran persiguiendo. De seguro que hoy se huye y en lugar de venir á la escuela se irá al Estero, ó á cualquier otro sitio peligroso. Por Dios que siento que sea así, porque es el muchacho más simpático que conozco. Pero ¡es tan atolondrado! En fin, voy á concluir la copia que me encargó D. Braulio, pues para eso he venido tan temprano. *(Se sienta en su carpeta y se pone á escribir)* ¡Habráse visto cosa más estraña! Por más que hago no se me quita de la imaginación el pobre Basilio y no sé por qué me tiene tiene triste su recuerdo. ¡Bah, caprichos de mi corazón!

ESCENA TERCERA

Eduardo, Roman y Vicente.

(Entran aquellos y como los anteriores colocan los sombreros en su lugar.

EDUARDO. Ven conmigo á este rincón, querido Roman, y cuéntame lo que te ha pasado, ya que con la precipitación que venias no pudiste decirme nada.

ROMAN. Estoy lleno de desesperación, Eduardo; pero te juro que estuvo muy lejos de ser intencional lo que hice.

EDUARDO. Pero hasta ahora no sé lo que hiciste. Al volver la esquina te encontré que marchabas con rápido paso y volviendo frecuentemente la cabeza para atrás; te interrogué, me hiciste señas de que callase, hemos llegado al colegio, aquí estamos, y esto es todo lo que sé.

ROMAN. Escúchame, Eduardo; tú sabes el miedo terrible que tengo á los perros, ¿verdad? Pues bien, al pasar por frente á una casa que se halla al fondo de ésta me salió un perro ladrando; emprendí la carrera sin poder separar la vista del maldito perro, de repente siento que tropiezo ferozmente con una persona, oigo un estrépito horrible, como el que hiciera una locería al derrumbarse, síguese á esto un diluvio de interjecciones en idioma extrangero, vuelvo la cara y veo que había tropezado con un chino y que á mis piés yacía un tablero de dulces y á su alrededor como veinte tazas y platos rotos.

EDUARDO. Já, já, já! es chistoso el lance.

ROMAN. Horrible, amigo mio; aquel chino era fiera. Pude separarme de él á toda carrera y aquí me tienes, sin saber qué hacer.

EDUARDO. Tranquilízate, Roman, que no hay motivo para tanto, puesto que no has tenido la culpa. *(Mutis.)*

VICENTE. ¿Qué hablarán con tanto misterio Roman y Eduardo?.... ¿Habrán visto á Basilio haciendo algo malo? ¡No se me quita de la memoria ese pobre muchacho!

EDUARDO. Con que lo dicho, Roman, vamos á estudiar y deja venir los acontecimientos.

ROMAN. ¡Ah, jamás me consolaré si llegasen á saber mis padres y D. Braulio lo que me ha pasado.

EDUARDO. Roman, te he dicho que te tranquilices. ¡No seas tan miedoso, por Dios! Vamos á estudiar. *(Se sientan ambos en sus carpetas.) Entran dos ó tres muchachos más.)*

ESCENA CUARTA.

(Se oye dar las 10 y entra D. Braulio trayendo libros y papeles. Se adelanta al proscenio, pero antes dice:

D. BRAULIO Buenos dias, hijos mios.

TODOS. Buenos dias, D. Braulio.

D. BRAULIO Hoy estoy contentísimo; me han pagado un mes de material y he podido comprar estas cositas para los pobres muchachos que lo necesitan. Dicen que el sueldo del mes antepasado me lo pagarán el mes que viene. ¡Esperemos! ¿Qué otra cosa debe de hacer el maestro sino esperar? Es su presente tan ingrato que si no esperase, como espera, su fé vacilaría y su caridad, correría el mismo riesgo. Esperemos, sí, y suframos con santa resignación la ignorancia de algunos padres, la inconsecuencia de algunos discípulos y la indiferencia de algunos que no debieran ser indiferentes. Vamos á distribuir estos libros. *(Al volverse se levanta Eduardo y le dice:*

EDUARDO. D. Braulio, ¿me permite usted ir á beber agua?

D. BRAULIO ¿Qué tiempo hará que almorzaste, hijo?

EDUARDO. Como una hora.

D. BRAULIO Entonces puedes ir. *(Sale Eduardo por la puerta de la derecha.)*

ESCENA QUINTA.

(Dichos, ménos Eduardo.)

D. Braulio *(Acercándose á Vicente)* Toma esta Aritmética, Vicente; cuídala mucho, hijito, y dá las gracias al Ayuntamiento, pues á él debes la adquisición de ese libro. *(Se acerca á Roman)* Tú Roman, me dijiste el otro dia que te faltaba una gramática; aquí tienes una y te hago la misma recomendación que á Vicente. *(Se acerca á los dos muchachos y les dice dándole los libros:* Tomen ustedes. Pondré en la carpeta de Eduardo la geografía que le hace falta. Ese es un muchacho que sabe cuidar sus libros.
(Abre la carpeta de Eduardo) Pero ¡qué miro! ¡Cómo ha manchado de tinta el libro que le dí de premio el otro dia. ¡Eduardo, ¡Eduardo.) *(llamando.)*

ESCENA SEXTA.

Dichos y Eduardo.

Eduardo. *(entrando)* Señor.

D. Braulio ¿Cómo has manchado de tinta el libro que te dí de premio?

Eduardo. Si no está manchado, D. Braulio.

D. Braulio Si lo acabo de ver.

Eduardo. *(abriendo la carpeta)* ¡Ay, y es verdad que está manchado! Dios mio, ¿quién me lo habrá puesto así?

D. Braulio Mira, Eduardo, te perdono ese descuido, porque es el primero, pero que no vuelva á suceder!

Eduardo. Señor.... yo.... *(Aparte)* ¡Oh, yo he de averiguar quien fué el que me manchó el libro.) *(En tanto que esto dice Eduardo, D. Braulio se*

aproxima á su mesa en donde coloca los libros que le quedan.)

D. BRAULIO (*notando sus papeles manchados*) ¿Quién anduvo en mi mesa? ¿Quién se tomó semejante libertad? ¡Oh, Dios eterno, qué me han hecho aquí! Me han echado á perder un trabajo que tantas fatigas me ha costado! Y yo que tenía que presentarlo hoy mismo á la Comisión de Instrucción Pública! A ver, niños, ¿quién de ustedes derramó el tintero sobre estos papeles? Pero¡ya caigo! fuiste tú, Eduardo:

EDUARDO. ¿Yo, señor?

D. BRAULIO Sí, tú. La mancha de tu libro denuncia la mancha de mis papeles; y el mismo que manchó el uno manchó los otros.

EDUARDO. Aseguro á usted, D. Braulio, que no he sido yo el autor de las manchas del uno ni de los otros. Acababa de llegar en compañía de Roman cuando usted entró, y no había abierto mi carpeta hasta que usted me llamó la atención sobre la maldad que me han hecho al mancharme el libro con tinta. Roman y Vicente pueden servirme de testigos.

ROMAN. En efecto, D. Braulio, yo vine junto con Eduardo y encontramos aquí á Vicente solo, sentado en su carpeta.

VICENTE. Así es, D. Braulio.

D. BRAULIO Luego ¿tú estabas solo aquí?

VICENTE. Si, señor. Me apresuré á venir temprano para concluir la copia que usted me previno ayer.

D. BRAULIO Y en vez de ponerte á hacer la copia inmediatamente, te entretuviste en ver las láminas del libro de Eduardo, ¿verdad?

VICENTE. No, D. Braulio, no ha sido así.

D. BRAULIO Y en vez de cumplir con la obligación que tenías te complaciste en derramar la tinta sobre unos papeles que tanto interesan á tu pobre maestro que siempre te ha querido bien, ¿verdad?

VICENTE. (*llorando*) ¡Oh, no señor!

D. BRAULIO ¡Silencio y reserva esas lágrimas para llorar arrepentido una falta tan fea. No te quedarás sin el correspondiente castigo, descuida. Le escribiré á tu padre, y entre tanto ponte de pié en aquel rincon.

VICENTE. D. Braulio, D. Braulio, le juro que no he sido yo.

D. BRAULIO ¡No jures! No acompañes el perjurio á la falta cometida.

VICENTE. ¡Por Dios, D. Braulio!

D. BRAULIO ¡Al rincon he dicho!

(*Obedece Vicente, llorando siempre con gran disma aflixion. Todos los muchachos se pondrán tristes.*)

ESCENA SEPTIMA

(*Dichos y Basilio que se asomará á la puerta como para averiguar lo que ha pasado; y al ver el cuadro que ofrecen D. Braulio paseándose muy agitado, Vicente llorando y los demás muy tristes, entrará diciendo lo que sigue*)

BASILIO. (*aparte*) Ya parece que reventó la mina. (*Coloca su gorra en la sombrerera.*) Buenos dias, D. Braulio.

D. BRAULIO Buenos dias, Basilio; ¿porqué has venido tan tarde?

BASILIO. Le diré, D. Braulio. Tenemos una cocinera que por más que se le apure no sale de su paso. De nada vale que mi madre le diga un dia y otro:–Bibiana,–así se llama la cocinera de casa,––Bibiana, procura juntar la candela temprano, á fin de que el almuerzo esté listo á las nueve en punto y pueda Basilito almorzar á esa hora; Bibiana no hace caso; ni junta la candela temprano, ni tiene listo el almuerzo á las nueve. ¿En qué consistirá eso, D. Braulio?

D. BRAULIO (*Aparte*) Pues no me pone el muchacho en grave aprieto. (*Alto*) Eso consiste en que tu mamá es demasiado buena, hijo mio.

BASILIO. Eso precisamente dice mi padre. Y á propósito de mi padre, D. Braulio. Me encargó él que le diera muchas memorias.

D. BRAULIO Devuélveselas de mi parte y dile que tengo deseos de hablarle.

BASILIO. (*Aparte*) ¿Deseos de hablarle....? *Malorum*. No se lo diré por cierto. (*Alto*) Me voy á mi puesto D. Braulio.

D. BRAULIO Anda y no dejes de estudiar bien tus lecciones. ¡Ah! Toma el libro de lectura que te hace falta y cuídalo mucho.

BASILIO. Muchas gracias (*Aparte*) ¡Pobre D. Braulio! Lo engaño como á un chino. (*Vase á su puesto.*)
(*D. Braulio se sienta ante su mesa, toca la campanilla, los muchachos cesan de estudiar para oirle.*

D. BRAULIO Niños, quiero que sean ustedes los jueces de Vicente. El hecho de haber derramado la tinta no significa nada, puesto que bien pudo ser un accidente inevitable; pero la circunstancia de aparecer manchado con la misma tinta el libro de Eduardo, ella acusa una intencion depravada, puesto que no puede esplicarse de otra manera la acción de sacar el libro de la carpeta y traerlo á esta mesa en donde estaba el tintero. Si á lo expuesto se agrega su obstinación en negar la falta, preciso se hará confesar que el asunto es grave.

BASILIO. (Aparte) ¡Hum, esto está tomando un cariz que no me agrada!
(*Desde este momento desaparece la ligereza de Basilio y se manifiesta algo preocupado.*)

D. BRAULIO Ahora bien, niños; como la disciplina escolar exige que me muestre inflexible con cierta clase de faltas, quiero, antes de tomar una resolución, oir las opiniones de ustedes. Tiene la palabra Eduardo.

EDUARDO. (*Poniéndose de pié*) D. Braulio, se me hace sumamente dificultoso creer en la culpabilidad de Vicente. Modelo de buen amigo, de aplicado

alumno y de excelente compañero, lo considerò incapaz de cometer la falta que las apariencias le han atribuido. Esta es mi convicción, D. Braulio; y como usted nos tiene dicho que "la verdad antes que todo" la expongo tal como la siento.

D. BRAULIO. Perfectamente, Eduardo; celebro tu modo de pensar y me guardaré mucho de llevar á mal tu noble franqueza. Tiene la palabra Roman.

ROMAN. (Se pone de pié) D. Braulio; á usted le he oido decir más de una vez que las apariencias engañan, y muy bien puede suceder que las apariencias condenen con falsedad á Vicente. ¿No pudiera haberse introducido un perro callejero aquí y hecho la maldad que estamos lamentando? Los perros son terribles, D. Braulio.

EDUARDO. (*Aparte*) Siempre con los perros á pleitos.

ROMAN. Por lo demás, yo creo, como Eduardo, que Vicente quiere y respeta mucho á usted y ama igualmente á Eduardo para haberles hecho el daño que han recibido. He dicho.

D. BRAULIO. Muy bien, Roman, muy bien; tus palabras, como las de Eduardo, revelan un corazón generoso y yo me complazco en reconocerlo. Tiene la palabra Basilio.

BASILIO. (*De pié*) D. Braulio, lo único que puedo decirle es que le agradeceré infinito que levante la penitencia á Vicente. Si, D. Braulio; ¡usted que es tan bueno! Yo le sirvo de padrino, si usted me lo permite, y le prometo estudiar mucho de aquí en adelante, ¡Sí, D. Braulio!

D. BRAULIO (*aparte*) ¡Qué lástima que este niño sea tan atolondrado! (*alto*) Yo siempre me encuentro dispuesto á perdonar, pero en este caso me veo obligado, y bien bien que lo siento, á ahogar la indulgencia que pugna por dominarme. Los antecedentes de Vicente lo ponen á cubierto, es verdad, de toda sospecha, pero es el caso que algo más que sospecha, es lo que abrigo,

puesto que él sólo se hallaba en la escuela cuando resultó el hecho, y en virtud de que no puedo admitir como hechor el perro que ha supuesto Roman. El perro no hubiera sacado el libro de la carpeta de Eduardo. (*Tocan á la puerta*) Pero ahí llaman; tenga la bondad de ver quien es, Roman. *Sale Roman á la puerta y regresa con* una carta que entrega á D. Braulio.

ROMAN. Esta carta que traen para usted. (Vuelven los niños á entregarse á sus estudios)

D. BRAULIO (*Lee la carta para sí y luego exclama*) ¡Oh qué dia tan fatal! (*Toca la campanilla*) Niños, en vez de un consejo celebraremos dos, pues esta carta me viene á denunciar otra falta de uno de ustedes, tan punible como la que nos ha ocupado. (*Todos se miran la cara D. Braulio mira airadamente á Basilio*) Oigan ustedes lo que en ella se me dice: (*Lee*)

Sr. D. Braulio San Juan:

Mi estimado amigo: Creo cumplir un deber de humanidad poniendo en su conocimiento lo que sigue:

Hará media hora que uno de sus alumnos hizo á un infeliz chino, vendedor de dulces, víctima de su maligna intención....

ROMAN. (*Aparte*) ¡Dios mio!

D. BRAULIO (*sigue leyendo*) No de otra manera debo de calificar la pesadísima gracia que ejecutó al empujar al pobre asiático haciéndole perder el equilibrio, por lo que se le cayó el tablero á tierra derramándose los dulces y rompiéndose las tazas y platos en que los llevaba. ¡Quién sabe los sacrificios que le cueste al desgraciado reunir los ocho pesos en que estimó la pérdida sufrida!

Escuso decirle que el chico emprendió la carrera después de llevar á cabo su *hazaña*; pero un amigo de usted y mio vió á un niño que se

llama Basilio, que iba á todo correr por la calle en que está la escuela y sospecha, con razón, que ese haya sido el autor de un hecho tan censurable.

Perdone el mal rato que le daré con esta noticia en gracia á la buena idea que al hacerlo me guía.

Soy su amigo,

Federico Espinosa.

BASILIO. ¡Eso es falso! ¡Yo no he empujado á ningun chino!

D. BRAULIO ¡Silencio!

BASILIO. ¡Qué no he sido yo, D. Braulio! ¡se lo juro!

D. BRAULIO ¡Silencio por última vez! He aquí la causa porqué vino tarde á la escuela, hé ahí la causa porqué no vaciló en engañar á su maestro.

BASILIO. ¡Por Dios, D. Braulio, mire que no he sido yo!

D. BRAULIO ¡Y quiera usted á niños que por hacer una travesura hunden en la desesperación á un infeliz, echándole al suelo las mercancías con que se busca la vida! Eso es atroz! ¡Eso es inícuo!

BASILIO. ¡Soy inocente, D. Braulio, completamente inocente! ¡Oh es terrible! (*prorrumpe á llorar*)

D. BRAULIO ¿Lloras ahora despues de ejecutar el mal, verdad! ¡Ah, no tengas cuidado que tus lágrimas no me impedirán hacer lo que debo. ¡Al rincón, en tanto que medito tu castigo,

BASILIO. ¡Oh Dios mio, Dios mio, qué desgraciado soy! (*se sitúa en el rincón llorando con extremado dolor.*)

ROMAN. (*Aparte*) Yo no debo consentir esto. (*Alto y poniéndose de pié*) D. Braulio, Basilio es inocente, y si hay algún culpable en lo que dice la carta; ese culpable.... (*con entereza*) ese culpable ¡soy yo!

EDUARDO. ¡Bien, querido Roman!

D. BRAULIO ¡Eh! ¿Qué significa esto?

ROMAN. Esto significa que fuí yo quien pasó por el frente de una casa que se halla al fondo de esta, yó el que fuí acometido por un perro que de esa casa salió, yó, el que, huyendo del tal perro, tropezó sin querer entiéndase bien, con el chino, y yó, por consíguiente, el que le hizo venir al suelo el tablero. rompiéndosele las tazas y platos. ¡Yo fuí; yó, que tengo miedo á los perros que me ladran, pero que no puedo consentir en que se castigue á un inocente siendo yo el culpable!

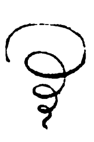
BASILIO. ¡Oh qué vergüenza la mia! (*se arroja á los piés de D. Braulio*) Y yo, D. Braulio, avergonzado y arrepentido con el noble ejemplo de Roman, confieso que fuí yo el primero que llegó á la escuela, yó el que sacó el libro de la carpeta de Eduardo, que fuí yo el que me senté en la silla de usted, que fuí yo el que derramó el tintərs sobre el libro de Eduardo. los papeles de usted, que fuí yó el que paıa evitar toda inculpación mə fuí para regıesar más tarde, á fin de alejar cualquier sospecha, y que soy yo, por último, quien pide perdón á Vicente por el mal rato que le hecho pasar, no atreviéndome á decir «¡la verdad antes que todo!»

VICENTE. (*acercándose rápidamente á Basilio y levantándolo del suelo*) ¡Ven á mis brazos, hermano mio! (*se abrazan.*)

D. BRAULIO (*llorando*) ¡Estoy llorando de felicidad!

BASILIO. (*desprendiéndose de los brazos de Vicente y arrojándose en los de Roman*) Corazón tímido, noble y generoso eres un valiente, pues sabes decir "la verdad antes que todo."

(CUADRO,—Cae el telon.)



INDICE

VERSO

PROSA

PÁGINAS.

